

# EL AUTOR DEL UNIVERSO



JOAQUÍN FERRER





**EL  
AUTOR  
DEL  
UNIVERSO**

**Joaquín Ferrer Martínez**

© EL AUTOR DEL UNIVERSO

© Joaquín FERRER MARTINEZ

ISBN papel 9781795407625

ISBN ebook 978-84-686-0664-4

Quinta edición: Junio de 2020

® Este libro no puede ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados

## AGRADECIMIENTO

Fundamentalmente a mi madre, que me enseñó lo que significa amor incondicional, honradez, humildad y respeto.

## DEDICATORIA

A mi amigo y maestro Juan Rafael Peiró. Gracias por tener fe en mí.

## **APERITIVO**

El primer principio de la termodinámica postula que “la energía ni se crea ni se destruye, solo se transforma”. Por otro lado, sabemos que el universo físico ha tenido un principio. En consecuencia, la Energía que originó esta dimensión material en la que vivimos ya existía previamente y, lógicamente, no era de naturaleza física.

Ahora, te invito a que lo vuelvas a leer y reflexiones sobre las implicaciones metafísicas de esa afirmación científica.

# INDICE:

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>9</b>
<b>PARTE I: De la Confusión a la Fe</b>	
<b><u>1.- El Laberinto</u></b>	<b>15</b>
<b><u>2.- Recobrar la Esperanza</u></b>	<b>31</b>
<b><u>3.- La Energía Mental</u></b>	<b>39</b>
<b><u>4.- Las Reglas del Juego</u></b>	<b>47</b>
<b>PARTE II: El viaje del alma</b>	
<b><u>5.- Las Razones de Dios</u></b>	<b>59</b>
<b><u>6.- El Sentido de la Vida</u></b>	<b>73</b>
<b><u>7.- La Luz Interior</u></b>	<b>83</b>
<b><u>8.- La Decisión de Despertar</u></b>	<b>97</b>
<b><u>9.- Revelaciones</u></b>	<b>109</b>
<b><u>10.- Melodías</u></b>	<b>115</b>
<b><u>11.- Apéndice: Datos científicos</u></b>	<b>127</b>
<b>Referencias bibliográficas</b>	<b>139</b>





“El sordo siempre cree que los que bailan están locos”  
(**Jorge Bucay**. *Déjame que te cuente...*)

## INTRODUCCIÓN

¿Creeríamos en Dios si no tuviéramos prejuicios adquiridos, a favor o en contra de las religiones?

Las principales herramientas a disposición del ser humano para tratar de descubrir el sentido de la vida son: la lógica, la experimentación, la inteligencia y nuestra imaginación.

A lo largo de los siglos, la humanidad no ha sido capaz de resolver los intrincados misterios de la creación de una forma clara y globalmente satisfactoria. Como consecuencia, ha tenido que recurrir básicamente a la imaginación y a la creencia o no en determinadas revelaciones.

A partir de que el ser humano tiene creencias subjetivas en vez de certezas objetivas, las elucubraciones fruto de su imaginación se disparan, las opiniones difieren, se generan divisiones y se producen múltiples y lamentables enfrentamientos ideológicos.

Sin embargo, ya en la antigua Grecia, Platón -precursor del gnosticismo- propugnaba que mediante la búsqueda intelectual y el “sentido común” se puede alcanzar el conocimiento directo de la realidad espiritual, que trae consigo una certeza aún más allá de la razón.

Los avances en todos los campos de la ciencia y el conocimiento (junto con el fácil acceso a la información) hacen que, hoy en día, después de milenios de misterios y el consiguiente oscurantismo, por fin ya sea posible investigar -usando la razón y la metodología científica- las profundas y delicadas cuestiones espirituales.

La conclusión es clara: La fe más sólida es la que se ha alimentado previamente del conocimiento y la experiencia, es decir, una fe racional basada en la lógica y el sentido común.

Tradicionalmente, la religión se ha nutrido de la imaginación de la gente. Actualmente, la razón, más que la religión, es la herramienta imprescindible para encontrar las respuestas que el ser humano anhela. Sólo cuando esas respuestas resulten convincentes, el ser humano podrá elegir con plena autonomía y consciencia su propio camino espiritual.

En la búsqueda de respuestas existenciales mediante la razón, no seguir ninguna religión no significa necesariamente rechazar la sabiduría que han aportado a la humanidad los grandes guías espirituales. De hecho, puede significar todo lo contrario, pues no hay entonces ningún inconveniente para alimentarse a la vez de Jesús, Buda y Mahoma, por ejemplo.

Evidentemente, la imaginación es vital en el proceso de elaboración del pensamiento pero, cuando se desborda más allá de los límites de lo razonable, el ser humano cae en excesos que pueden ser peligrosos, para él y para los demás.

En esta nueva era tecnológica, como consecuencia de que un gran número de gente se ha desengañado de las religiones tradicionales, se ha producido un aumento del materialismo a causa del creciente ateísmo y, por otra parte, se ha producido también el surgimiento de una pléyade de dispersos movimientos espirituales, a los que todavía les falta alcanzar un sólido consenso ideológico que les permita llegar a convertirse en una poderosa fuerza para la mejora de la conciencia colectiva.

Este libro es el resultado de una larga, metódica, sincera y vocacional investigación en búsqueda de respuestas sobre el sentido de la vida, pero respuestas válidas para toda la humanidad (de lo contrario no son las verdaderas respuestas).

Por lo tanto, me he basado, por un lado, en la recopilación y análisis de información abundante, diversa y contrastada y, por otro, en una necesaria independencia de criterio respecto a cualquier hipótesis filosófico-religiosa previa.

Con el fin de hacer ágil y ameno este libro, los abrumadores datos científicos que sustentan a la moderna metafísica los he recopilado al final de esta obra, en el *Apéndice: Datos científicos*.

Confieso que, la combinación entre mi carácter y las circunstancias de mi vida, me han dotado de una excepcional capacidad para reflexionar con profundidad, objetividad, determinación e inspiración -todo hay que decirlo-.

Afortunadamente, he tenido éxito en mi búsqueda y confío en que mis hallazgos puedan aportar luz a la curiosidad o las dudas existenciales que cada lector pueda tener.

Seguidme, por favor...



**PARTE I:**

**DE LA CONFUSIÓN A LA FE**



“O bien se tiene fe o bien se tiene miedo”

(*Las voces del desierto*. **Marlo Morgan**)

# 1

## EL LABERINTO

Como no hay efecto sin causa, quien más quien menos ha sentido alguna vez el impulso de averiguar los motivos por los que continuamente nos vemos rodeados de infelicidad, desconcierto y miseria. Y, a ser posible, nos gustaría descubrir si existe alguna razón sobrenatural que dé sentido a tanta injusticia; el papel que nos corresponde jugar a nosotros en esta vida y, si aún no tenemos dormido el corazón, también querríamos saber cómo podemos colaborar en mejorar lo mejorable.

A todos nos gustaría creer en un dios justo y todopoderoso pero, al parecer, no puede demostrarse fehacientemente su existencia aunque, igualmente, tampoco podemos rebatirla categóricamente.

La ciencia es perfectamente capaz de explicar el desarrollo evolutivo de la materia y de la vida desde sus orígenes; pero no puede hallar solución lógica para la existencia y el porqué, precisamente, de esa materia y esa vida que tan bien sabe analizar después.



El ser humano está dotado de inteligencia y esa es la herramienta básica que tenemos para conocer los misterios del universo. Sin embargo, esa inteligencia es interferida muchas veces por el orgullo, los temores o los prejuicios.

Cuando algo sobrepasa nuestra capacidad de razonamiento, tenemos tendencia a negar que pueda ser posible, salvo que se nos pueda demostrar muy palpablemente su existencia. Hoy todos convivimos con la televisión, los aviones, el teléfono móvil, etc. y no dudamos de que esos adelantos son posibles; pero no porque entendamos como funcionan sino porque lo “sabemos”. No sería razonable negarlos porque no los comprendiéramos.

.....

No es inteligente negar algo que podemos constatar sólo porque no podamos saber cómo ocurre. Sin embargo, en los temas metafísicos, muchas veces nuestro temor es más fuerte que nuestra capacidad de razonamiento objetivo. Tiene su lógica que nuestra necesidad de seguridad no quede satisfecha con simples razonamientos. Pero hemos de admitir que es una falsa lógica, basada en cuestiones psicológicas más que en la pura objetividad racional.

Sabemos perfectamente que el mundo material en el que vivimos ha tenido un origen y, posiblemente, haya de tener un final. En un momento dado, una gran explosión –el Big Bang- surgió de la nada y creó este universo. Los científicos así lo ratifican y, a pesar de que ninguno de nosotros estuvo allí para verlo, a nadie le cabe duda de que eso es así.

Ahora bien, esa creación desde “la nada” sólo puede tener dos explicaciones plausibles: o bien hay un creador o bien ha sido fruto del simple azar.

En principio, la primera opción parece la más lógica. Es inimaginable que algo pueda surgir desde la nada porque, por definición, de La Nada nunca puede surgir nada. Habría que deducir, por consiguiente, que algo diferente a la nada ha sido el responsable de esta creación y, ese algo, tiene necesariamente que tener autoexistencia desde siempre, es decir, dado que

hay una creación, tiene que haber un Creador diferente a la nada: algo con vida propia sin principio y, lógicamente, sin final.

Llegados a este punto es cuando la inmensa mayoría de la gente se queda atascada en su razonamiento. Nuestra experiencia cotidiana nos dice que todo ha de tener un principio y, a su vez, nuestro raciocinio nos indica que nada que tenga un principio puede ser el primer creador.

Entra dentro de la lógica el que lo creado no pueda comprender, en toda su dimensión, a su creador. Como también entra dentro de la lógica el que nuestro ego se resista a aceptar una explicación en la que su incapacidad para entender la naturaleza de la creación le sigue dejando una sombra de incertidumbre.

Analícemos ahora la otra hipótesis. Aunque resulte inverosímil, vamos a suponer que no es otra cosa que la casualidad lo que ha dado origen a este universo.

Este universo, además de haber sido creado, está permanentemente sustentado gracias a unas leyes inmutables sabiamente relacionadas entre sí. La ley de la gravedad, la causa y el efecto, las fuerzas centrífugas, el electromagnetismo, la estructura y propiedades de los átomos, la relatividad, la infalibilidad de las leyes matemáticas, etc. Todas estas leyes forjan entre sí un maravilloso orden cósmico, de tan extraordinaria complejidad, que la posibilidad de que todo ello haya sido fruto del azar es impensable.

La casualidad es incompatible con la impresionante coordinación con que está configurado este universo que, si sabemos contemplarlo alejando nuestro pensamiento de nosotros mismos por un momento, descubriremos llenos de admiración toda su inconmensurable grandeza.

Usando las matemáticas del cálculo de probabilidades, el matemático Michael Starbird, a partir de los resultados obtenidos mediante los complejos análisis de probabilidades en proyecciones informáticas hechas con ayuda de computadoras, demostró que la probabilidad de que exista por azar un universo como el que tenemos es cero, y la posibilidad de que exista por azar cualquier otro universo concreto también es cero (ver Apéndice). Si no hay una inteligencia divina que pone en marcha, o crea, las partes y el todo del Universo, queda absolutamente inexplicada la existencia misma del hombre.

Otros estudios realizados con metodología científica sobre la posibilidad de la existencia de un universo por azar, han llegado a la misma conclusión: absolutamente cero (Roger Penrose, Charles Eugene Guye, Émil Borel, Harold Morowitz, Carl R. Woese, Antony Flew etc.).

«No hay incompatibilidad alguna entre la ciencia y la religión... La ciencia demuestra la existencia de Dios». Derek Barton, premio Nóbel de química en 1969.

Atribuir toda la majestuosa complejidad de La Creación a la casualidad, es semejante a afirmar que un ordenador, o Internet, son fruto de la casualidad y no han necesitado unas mentes que, previamente, hayan sido capaces de elaborar la compleja tecnología que las hace surgir.

El mundo de la ciencia tiende a no ser religioso, ya que la imagen de un Dios con barba blanca dirigiendo a su antojo el universo les resulta inverosímil e infantil. La asociación de ideas entre la existencia de un Creador y la religión (la noción que se rechaza) es demasiado fuerte y conlleva tantas implicaciones emocionales que la gente no logra liberarse de prejuicios y ser objetiva (aunque sean científicos). Pero ese mismo mundo científico, acepta que el caos no puede generar orden salvo que “alguna fuerza”, premeditadamente, sepa conducirlo evolutivamente hacia él.

Todo lo dicho hasta el momento -así como lo que viene a continuación- es profundo pero, a la vez, sencillo de entender. Lo profundo no tiene porque ser, necesariamente, complicado.

.....

La física cuántica es la parte de la física que se ocupa de investigar las partículas subatómicas y su comportamiento. Y los avances científicos en ese campo son tan sorprendentes que, incluso a pesar de la voluntad de algunos científicos, no hay más remedio que relacionarlos con la filosofía y la metafísica.

He incluido en el Apéndice una breve pero clara explicación sobre los experimentos más notables de la física cuántica y sus implicaciones. Por ello, y con el fin de agilizar la explicación, aquí y ahora me limito a exponer algunas de las conclusiones que se pueden extraer de tales experimentos.

- Las partículas subatómicas más diminutas que existen son básicamente agrupaciones de ondas de energía en vez de masa sólida, es decir, justo al revés de lo que la lógica material y nuestros sentidos nos invitan a pensar.
- A la masa de dichas partículas-onda no podemos verla sino sólo detectar su sombra por el rastro que deja al someterla a un acelerador de partículas.
- Esas partículas “sólidas” (unidades de vibración con variable frecuencia y longitud) son las que, sorprendentemente, conforman el mundo físico que nos sustenta.
- Al acelerar una partícula cuántica, ésta no se desplaza de forma lineal sino que “aparece”, “desaparece” y, aunque parezca inverosímil, se ha comprobado que puede estar en dos sitios a la vez a lo largo del recorrido.
- Cuando la forma de realizar una prueba cuántica (con luz o sin luz, por ejemplo) o el modo de observarla varía, varía también el modo con el que dichas ondas eligen moverse durante su trayecto.
- Se ha comprobado que, **el acto de observar la vibración cuántica, provoca que esas ondas de energía se conviertan en partículas** e influye en su comportamiento. Dicho de otro modo, de alguna manera el observador transforma la energía en materia, a nivel cuántico.

Dado que la materia prima de todo nuestro universo son las partículas cuánticas y, habida cuenta de todo lo anteriormente expuesto y del resultado de otros experimentos aún más complicados, las conclusiones que se deducen de todo ello son las siguientes:

- La materia básica que conforma el universo no es sólida, es energía.
- La totalidad del universo está hecho de energía. La mejor forma de entender a esa energía es representándola como una vibración que, a su vez, se subdivide en ondas (ínfimas unidades independientes de vibración) que saben combinarse entre sí para formar entidades más complejas.

- Esas ondas de energía, junto con las inmutables leyes físicas que rigen en el universo: crean, configuran y mantienen el mundo en el que vivimos.

Por lo tanto, tiene que existir un Gran Observador que, con la influencia de su voluntad, haya conseguido que la Energía pudiera materializarse y evolucionar hasta transformarse en el mundo que hoy conocemos. Y es lógico deducir que ese Gran Observador sea también La Energía misma y, al mismo tiempo, el Creador de las Leyes Inmutables del universo.

Por increíble que pueda parecer, hemos de aceptar la evidencia científica de que vivimos en un mundo material en el que la materia, por si misma, no existe.

Ese sorprendente y novedoso descubrimiento, viene a coincidir con lo que, desde hace miles de años, afirman las religiones orientales. Para el budismo y el hinduismo, el mundo físico es una ilusión, a la que llaman Maya, en contraposición a lo que es real pero que nuestros sentidos físicos no son capaces de captar.

Una de las cosas que se deducen del descubrimiento científico del bosón de Higgs es que «*El vacío está lleno*». Por otra parte, la observación de la realidad física nos muestra que, por encima de la entropía del universo, en este vacío lleno (de ondas y energía) hay un orden y unas leyes del orden.

Así pues, comprobamos que existen tres tipos de realidades: la realidad material (convencional), la realidad vibracional (la cuántica) y la realidad mental (el origen: la mente universal).

.....

Todo esto es muy interesante pero, aunque admitamos que un Dios existe, lo que realmente nos preocupa es saber si nosotros tenemos trascendencia más allá de esta vida. Que sepamos a ciencia cierta, nadie ha vuelto jamás de la tumba para demostrarnos palpablemente que la vida continua después de la muerte física.

Aparentemente, ese es un demoledor argumento que no se puede rebatir, pero si profundizamos un poco en él veremos que sí se puede contrarrestar.

Supongamos que una persona llamada Daniel está habituada a ver pasar por su calle a un coche rojo pero no conoce a su propietario y, cierto día, le comentan que ese coche ha quedado destrozado en un accidente pero el conductor ha salido ileso. El dueño de aquel coche puede circular ahora conduciendo otro automóvil, o bien puede haberse comprado una moto, o haber decidido mudarse a otra ciudad. Daniel no tiene porqué saberlo. De la misma manera, cuando un cuerpo queda sin vida, efectivamente ya no se puede recuperar, pero ello no tiene porqué significar que la mente no pueda sobrevivir.

Por supuesto es sólo una bonita teoría. Ahora hace falta demostrar que el conductor, la mente, sobrevive a la destrucción de su vehículo físico y temporal.

Las experiencias contadas por diversas personas que han estado en coma, referentes a visiones reconfortantes provenientes de otra dimensión, servirían para ratificar la teoría de la supervivencia de nuestro ser más allá del plano material, si pudieran considerarse totalmente dignas de crédito. Desgraciadamente, a primera vista, cabe la posibilidad de explicarlas como un último recurso psicológico que nuestro cerebro, ante la inminencia de su muerte, activa para autoengañarse y no angustiarse ante la realidad de su inevitable extinción. Por lo tanto, aunque las personas que han vivido dichas experiencias no dudan de la veracidad de su experiencia interna, para los demás la duda permanece en el aire.

Crear en Dios por principio, sin tener argumentos sólidos para ello, es sospechoso de subjetividad interesada y, en consecuencia, dicha fe no es objetivamente digna de crédito.

Intentar explicar los misterios del universo, descartando de antemano la posibilidad de un origen divino, dice también muy poco a favor de la pretendida objetividad científica.

Intentar explicar la naturaleza del ser humano y cerrarse categóricamente a aceptar la posibilidad de una interrelación con alguna fuerza no física, es como explicar lo que es un libro y hablar solamente del material del que está hecho y de cómo fue transformado y fabricado, olvidándose de su contenido.

Mucha gente es atea por razones psicológicas. Mucha gente adopta la postura de negar la existencia de Dios por principio, como rechazo a aquella otra gente que cree en Él “a priori” y que, en vez de ser tolerantes, saber dar ejemplo y tener argumentos sólidos para razonar, históricamente han utilizado las armas de la intolerancia, el fanatismo y la hipocresía.

Paradójicamente, puede afirmarse que algunas religiones, con su actitud, consiguen convertirse en una gran fábrica de ateos.

Los tiempos de libertad favorecen el que, poco a poco, las sensaciones de agravio vayan olvidándose y, los prejuicios que dichos sentimientos generaron, diluyéndose. Es entonces cuando la objetividad puede abrirse paso nuevamente.

Quizá por ello, el desdén y el desinterés con el que tradicionalmente la clase científica acogía a cualquier teoría que implicara la existencia de una naturaleza no física, se va trasformando en una mayor apertura mental. Actitud más acorde a lo que, en realidad, corresponde al verdadero espíritu científico.

Es por ello que, finalmente, eminentes médicos de Europa y América se han decidido a investigar coordinadamente esas experiencias cercanas a la muerte, analizarlas e intentar llegar a una conclusión sobre ellas. Invito al lector a que lea los trabajos realizados con metodología científica de gente tan relevante académicamente como el neurocirujano Eben Alexander, el cardiólogo Pim van Lommel, el doctor Enrique Vila, el neuropsiquiatra y neurofisiólogo Peter Fenwick, el doctor Raymond Moody, la doctora Elisabeth Kübler-Ross, el doctor José Miguel Gaona, el psiquiatra Brian Weiss, el psicólogo Kenneth Ring y así sucesivamente; configurando una lista de casos estudiados y confirmados que aumenta cada día, a medida que los argumentos y las resistencias medico-científicas se van resquebrajando ante tanta evidencia.

Aunque sólo un pequeño porcentaje de la gente que ha estado en coma ha tenido dichas experiencias, en términos totales la cifra es ya muy considerable. El patrón común de tales experiencias es el de sentirse atraídos por una luz, atravesar un túnel y, una vez dentro de esa indescriptible luz, una maravillosa sensación de paz y felicidad les embargada y algún ser salía a su encuentro y se comunicaba con ellos (ver Apéndice).

De muchos de esos casos se ha podido hacer un seguimiento médico-científico en el mismo momento en el que se producían –especialmente en los casos de infarto-, ya que el coma se producía en la sala de un hospital mientras los médicos estaban tratando de salvar la vida del paciente. Por ello se puede afirmar que, mientras esas visiones se producían, no existía la más

mínima actividad cerebral. Asimismo, otras posibles explicaciones neurológicas o psicológicas han sido descartadas (ver Apéndice).

Ciertas personas, además de haber experimentado las sensaciones antes mencionadas en estado de coma, han ido aún más allá y han vivido la experiencia de estar fuera de su cuerpo, asociada a una claridad mental imposible de conseguir cuando están constreñidas por el cuerpo físico. Esas personas han sido capaces de ver a su propio cuerpo desde fuera de él, al igual que han visto y oído al personal sanitario, el instrumental e incluso, en algunos casos, estancias diferentes a aquella en la que su cuerpo se alojaba.

En dichos casos, esas percepciones “desde el techo” han resultado ser mucho más nítidas y agudas que cuando la mente estaba encerrada en el propio cuerpo.

Se ha podido constatar que la información proporcionada por esos pacientes, después de superar su coma, respecto a lo que habían visto y oído era verídica. Pero lo más sorprendente es que, en algunos de esos casos, dicha información hubiera sido imposible de obtener aunque esa persona hubiera estado despierta y con los ojos abiertos en la cama. Es decir que, realmente, la mente ha tenido que observar los acontecimientos que ha descrito desde otro lugar diferente al que el cuerpo tenía.

Una vez constatado todo ello, la única explicación posible es que la mente y el cerebro no son lo mismo. La mente es independiente del cerebro y, en consecuencia, el cerebro es sólo un recipiente receptor y limitador, en nuestro cuerpo físico, de esa poderosa energía mental (la conciencia).

.....

Sólo puede encontrar la Verdad aquél que busca con libertad interior.

La libertad interior es más que la posibilidad de poder hacer lo que uno quiera. Se tiene libertad interior en todos aquellos momentos en que somos capaces de olvidarnos de las preocupaciones del Ego sin renunciar a la propia autoestima como Ser.



Todos hemos vivido instantes en que, en vez de sentirnos inseguros o desasosegados, hemos logrado desapegarnos de nosotros mismos y mirar la vida desde un enfoque más racional.

Apelando a nuestra capacidad para la objetividad, todo aquél que prefiera o necesite sacar sus propias conclusiones a través de vivir personalmente alguna experiencia paranormal, puede –incluso debe- ponerse a buscar por sí mismo y lo logrará.

También hemos de tener en cuenta que para encontrar ostras con perlas hay que bucear profundamente. No es válido concluir que no existen y son sólo una quimera por no haber profundizado bastante o porque, al primer intento, descubrimos una y estaba vacía.

Aunque la mayoría de las personas que pretenden tener facultades paranormales son un fraude, lo cierto es que, sabiendo separar la paja del trigo, cada uno puede llegar a constatar sin demasiada dificultad la realidad de dichos fenómenos.

.....

Vaya por delante la aclaración de que religiosidad, magia y espiritualidad son conceptos, en principio, muy diferentes. Es más fácil ser amigo de lo que luce que verdadero amigo de la luz. Y muchas veces, tras la búsqueda de poderes extrasensoriales, hay más afán de dominio y vanidad que misticismo y humildad espiritual.

La experiencia de que un vidente nos acierte el futuro y nos diga cosas que ni por asomo hubiéramos podido imaginar, y acaben cumpliéndose de forma tal que quede descartada la posibilidad de algún condicionamiento psicológico, es muy impactante y reveladora para quien la vive. E, informándose y asegurándose bien, no debería resultar demasiado complicado dar con un auténtico vidente.

Al hecho de que nos adivinen el pasado o el presente podemos considerarlo efecto de algún extraño poder mental. Pero cuando, de manera inequívoca, llegamos a constatar que, más allá de toda lógica, nos han “leído” el futuro (algo que aún no ha pasado); tenemos entonces una demostración palpable de que, además del espacio-tiempo, nuestra relación causa-efecto está conectada con otra dimensión.

Mucho más difícil resulta encontrar a un verdadero curandero, de los que sus manos parece que queman cuando te tocan, pero también los hay.

El espiritismo, por su parte, puede resultar una experiencia tan espectacular como peligrosa y, por lo tanto, no es aconsejable que nadie intente ese camino como vía de investigación.

Cuando se intenta convocar a algún espíritu puede no suceder nada o puede producirse algún fenómeno de índole menor, que se puede justificar como una proyección de nuestro subconsciente. Pero cuando se logra contactar con éxito, ahí radica el peligro. Una vez que hemos abierto esa puerta, pueden entrar por ella algunas almas todavía confusas con su condición espiritual y que, con su ansia por apegarse a sensaciones físicas, pueden intentar utilizarnos como vehículo para sus fines y llegar a causar serios trastornos mentales a algunas personas.

Por otro lado, ese “poder mental” al que continuamente se alude para descartar, en los fenómenos paranormales, cualquier intervención sobrenatural: ¿Qué es, de dónde surge, por qué lo tenemos o lo tienen algunas personas?

Ciertos fenómenos del subconsciente (como la hipnosis y la telepatía), han podido ser constatados y, por ello, aceptados científicamente. La hipnosis, en concreto, es utilizada en psiquiatría sin ningún pudor intelectual cuando se considera oportuno. Sin embargo, para toda aquella fenomenología que tenga que ver con el subconsciente, no existe una explicación verdaderamente plausible, desde un punto de vista puramente material.

También está ya científicamente analizado el hecho de que, cuando una persona parece estar produciendo algún fenómeno paranormal, su cerebro está generando ondas (vibraciones) de diferente frecuencia a las que produce un funcionamiento normal en estado de vigilia. Es como si el cerebro tuviera la capacidad, aún poco conocida y controlada, de penetrar en una dimensión con capacidades de percepción más agudas y diferentes cuando algo lo altera: sea el miedo, la fe o algún influjo misterioso interior o exterior.

Aquí se nos presenta un típico dilema del carácter humano: creer en algo que hemos podido constatar o, como no coincide con nuestros esquemas y no le encontramos explicación, negarnos a aceptarlo.

Si no fuera porque la inseguridad de nuestro ego altera nuestra objetividad, y difícilmente somos capaces de observar las cosas separándolas de nuestro egocentrismo, las experiencias de nuestra vida cotidiana podrían ser suficientes para sentir como es el aliento espiritual quien hace palpar la vida.

Conceptos como la belleza, el arte, la música, el afán investigador, nuestro nivel de inteligencia y el poder mental. O la generosidad, la pureza, el amor, la sensibilidad, la capacidad para admirar la grandeza de la Creación... y un sinnúmero de cualidades más, están más cercanos a una naturaleza espiritual que a una lógica explicación material.

Hoy todos sabemos que la tierra es redonda, pero durante milenios se ha creído que la tierra era plana.

Durante todo ese tiempo, cada vez que un barco aparecía en el horizonte, lo primero que de él se divisaba era el mástil y las velas: como consecuencia de la curvatura del planeta. Sin embargo, no parece que nadie, en todo ese extenso periodo de tiempo, observara nada extraño en ese fenómeno que le llevara a deducir la redondez de la tierra.

La realidad estaba ahí cotidianamente, pero la concepción que se había formado el ser humano del universo le impedía tener la libertad mental suficiente para descubrirla.

.....

A la luz de lo hasta ahora mencionado, quiero dejar constancia de las opiniones que algunos de los más eminentes científicos tenían sobre Dios. No el Dios religioso convencional sino el Ser Supremo que ellos descubrieron a través de la ciencia (junto con una mente libre de prejuicios, al contrario que otros colegas suyos con menor apertura mental).

"Mi religión consiste en una humilde admiración del espíritu superior ilimitable que se revela a sí mismo en los menores detalles que somos capaces de percibir con nuestras mentes frágiles y endeblés. Esta convicción profundamente emocional de la presencia de un poder razonador superior que se revela en el universo incomprensible, forma mi idea de Dios". **Albert Einstein**.

El mismo Einstein opinaba: "Creo que la moda actual de aplicar los axiomas de la ciencia a la existencia humana, no es solo un grandísimo error, sino que tiene además algo de maligno".

**Thomas Huxley**, conocido biólogo, manifestaba lo siguiente: "Es para mí evidente que en el Universo hay una tercera realidad, la conciencia, que no es materia ni energía, sino una modificación de estas dos".

El premio Nobel de física **Niels Bohr**, afirmaba: "Es evidente que ni en la física ni en la química podemos encontrar algo que posea, siquiera un vestigio de conciencia. La conciencia tiene que ser parte de la naturaleza o, más en general, de la realidad; lo cual significa que, por entero separado de las leyes de la física y de la química según se expresan en la teoría cuántica, tenemos también que considerar la existencia de leyes de una clase por completo diferente".

**Max Planck** (Premio Nóbel de Física 1918), en el Congreso Internacional de Ciencias Físicas de Florencia, afirmó lo siguiente: "En mi carácter de Físico y como hombre que ha dedicado su vida a la ciencia auténtica, a la investigación de la Materia, me creo a salvo de la sospecha de ser un fantasioso irresponsable. Por ello, y a raíz de mis exploraciones en el campo atómico, declaro lo siguiente: No existe la materia en sí".

"Toda materia nace y permanece únicamente en virtud de una Fuerza que pone en vibración las partículas intraatómicas y las mantiene vinculadas semejando al más pequeño sistema solar del mundo. Siendo que en el Universo no existe fuerza inteligente ni fuerza eterna (abstracta) alguna (la humanidad nunca pudo inventar un "perpetuum mobile"), debemos admitir detrás de la Fuerza mencionada la presencia de un Espíritu consciente inteligente, o sea que EL FUNDAMENTO ESENCIAL DE LA MATERIA ES DICHO ESPIRITU".

"Ya que según vimos la Materia no existe sin este Espíritu, lo real, cierto y efectivo no es la Materia visible y transitoria, sino el Espíritu invisible e inmortal. Pero siendo que no puede haber espíritu en sí por pertenecer cada espíritu a un ser, debemos forzosamente admitir los seres espirituales".

“Ahora bien: como a su vez los seres espirituales no pueden ser por sí mismos, sino que deben ser creados, no vacilo en denominar a ese misterioso Creador como lo han nombrado todos los pueblos cultos de la Tierra en los pasados milenios: Dios”.

Por su parte, basándose en las deducciones científicas del **Dr. H. S. Burr**, de la Universidad de Yale: "Debemos suponer que el campo eléctrico de un organismo es más esencial que éste mismo, determinando la estructura biológica", **J. Crenshaw** opinó que esas deducciones “son de una enorme importancia para nuestros biólogos y otros científicos, porque si las mismas son correctas, significaría esto que toda materia animada, en todos sus estadios de crecimiento, es mantenida en su forma a través de un campo de fuerza eléctrico, que debe poseer una inteligencia propia, que deja el cuerpo al desintegrarse el mismo”.

Además, el doctor **Gustav Stromberg**, autor del libro "The Soul of the Universe" (El alma del Universo), nos aclara que “conviene tener en cuenta que este proceso (la creación de la materia y los cambios en la energía) es puramente mental en su carácter, porque es crecimiento y evolución de la idea de la Naturaleza formada en la Mente Universal. Con el origen del átomo, aparece la materia. La materia que las mentes poco cultivadas consideran como la substancia más real en la Naturaleza, no es más que el resultado del pensamiento creativo de la mente Universal o Espíritu”.

Finalizo este apartado, dedicado a desmitificar la idea de que los científicos son “necesariamente” ateos, recordado las palabras de **Antonio Martínez**, doctor en Medicina y Oftalmología, en la conferencia "*Lo que Darwin no sabía*" (Centro de Convenciones Mapfre de Madrid. 2008):

"Si uno estudia la complejidad del ADN, la cantidad de información contenida en cada una de nuestras células, se da cuenta de que es equivalente a la información de una biblioteca con 1.200 libros. Eso es increíblemente complejo, porque no se trata de repeticiones de secuencias. Cada frase, que sería equivalente a un gen, tiene un sentido. Si una sola letra de una frase está fuera de sitio, una sola de los 3.000 millones de letras de nuestro ADN está fuera de lugar, la persona puede nacer ciega o morir antes de nacer.

Pensar que la organización de todo esto se debe al puro azar y al transcurso del tiempo viola cualquier estudio matemático, cualquier análisis de probabilidades. Las pruebas se fundamentan en el estudio de las probabilidades. La probabilidad de que se formase una sola de las proteínas, de las miles que hay en una célula, por simple azar supera cualquier probabilidad matemática razonable."

-----

Una vez aclarado que “necesariamente” tiene que haber un Ser Creador y Autoexistente, la cuestión que se plantea a continuación es la de intentar averiguar **cuál es la intención del Creador al procurar nuestra existencia**, dotar a nuestra vida de experiencias y a nuestra mente de la capacidad necesaria para evolucionar y tener la posibilidad de perfeccionarse.

Supongamos que enfrente de nuestra casa hay una pared blanca, y un día nos encontramos con que en ella se ha pintado una gran mariposa de colores. Evidentemente, tenemos claro que “alguien” la ha tenido que pintar, lo que no tenemos tan claro son los motivos por los que ese “alguien” se ha decidido a plasmar su creatividad en la pared.

Podemos elaborar toda clase de teorías y juicios sobre esa pintada y discutirlos con los demás. Unos pueden pensar que la pared es más alegre ahora y otros pensarán que ese dibujo está ensuciando la pared. Se puede argumentar sobre la mayor o menor calidad artística del dibujo. Incluso se puede debatir sobre las motivaciones que han llevado a esa persona a pintar una mariposa y no otra cosa y cuál es el posible mensaje que quiere transmitir; pero no es razonable que, por el hecho de no conocer esas intenciones a ciencia cierta, se saque la conclusión de que el dibujo de la mariposa ha aparecido en la pared sin que nadie la haya pintado.

*Cuando una mujer decide traer un ser a la vida y convertirse en madre ¿Qué la motiva, normalmente?*

La respuesta que cada uno dé a esa pregunta, vale igualmente para las intenciones de Dios al generar la Creación.



“Creando se encuentra Dios a sí mismo”

**Rabindranath Tagore**

## 2

### **RECOBRAR LA ESPERANZA**

La fe más fiable es la que proviene del conocimiento. Los grandes guías espirituales de la humanidad no se limitaban a “creer” en Dios, “conocían” su naturaleza divina. Por lo tanto, su fe era consecuencia de su sabiduría espiritual y no de una mera intuición.

Imaginemos que un inspector de policía denuncia ante el juez a determinada persona por haber cometido un asesinato y que, por todo argumento, declara que es una corazonada personal la que le ha llevado a detenerlo. Lógicamente, un buen juez soltaría al detenido y reprendería al inspector por su actitud poco profesional.

Sin embargo, si en el mismo caso, la policía aporta como pruebas acusatorias la presencia de las huellas dactilares del detenido en el arma utilizada en el crimen, su ADN en la escena del asesinato y el arma ha sido encontrada en su poder; entonces no cabe duda de que la acusación está basada en datos realmente sólidos.



Puede haber sido una corazonada la que abrió esa vía de investigación, pero han sido los datos obtenidos los que son válidos como prueba ante la Ley.

Supongamos ahora que hacemos un crucero por el mediterráneo. Sabemos las escalas que hace y los días que dura la travesía. Podemos tener miedo a marearnos, pero no albergamos dudas respecto al itinerario a seguir. Sin embargo si, en ese mismo barco, subiéramos a un hombre primitivo que no hubiera visto nunca el mar ni supiera que existe, sería comprensible verle lleno de pavor ante la incertidumbre de una experiencia desconocida y que juzgaría peligrosa. Posiblemente, lo que más le tranquilizaría sería ver la actitud confiada de los demás pasajeros para los que, viajar en barco, es algo totalmente natural.

Siempre nos fiamos más del conocimiento que hemos adquirido por experiencia personal y, como he explicado anteriormente, cada cual tiene en sus manos la posibilidad de investigar la veracidad de aquellos fenómenos que pueden suponer una prueba contundente de la dimensión sobrenatural.

.....

Con todos los datos y razonamientos expuestos hasta ahora, podemos llegar a una serie de conclusiones que vamos a enumerar a continuación:

La Existencia existe. La Vida cambia y se transforma constantemente pero, en esencia, permanece. Fuera de la existencia sólo queda el vacío: La Nada.

Vivimos en un universo que, en un momento dado, ha sido creado. Todo lo creado necesita un creador.

El primer creador no puede surgir del vacío (ausencia de todo) ni puede haber sido creado pues, entonces, ya no sería el primer creador. Por lo tanto, el Creador ha de tener necesariamente Autoexistencia.

En este mundo material, nada ni nadie tiene autoexistencia, es decir, nada existe por sí mismo sin depender de una causa anterior que, a su vez, depende de otra causa anterior y así sucesivamente.

Cualquier cosa (física o mental) creada es una suma de componentes que, si los desmenuzamos hasta el final, llegamos a La Nada. Por ejemplo, un reloj es una suma de componentes a ninguno de los cuales se les puede llamar reloj separadamente; por lo tanto ese objeto no tiene autoexistencia sino que depende de otros elementos que, a su vez, dependen de otros elementos. Así hasta llegar a la división subatómica, en donde hemos descubierto que las partículas tampoco existen como tales sino que son sólo “unidades independientes de vibración”, pero no materia.

Lo mismo se puede aplicar a la forma de ser y pensar de cada uno. Evolucionamos en base a una suma de ideas aprendidas, experiencias adquiridas, herencia genética, influencias astrológicas quizás. En definitiva, es un hecho que hemos nacido y nos estamos forjando una conciencia: un Yo.

*Ahora reflexiona un momento: ¿quién es el que está leyendo esto?, ¿qué es esa conciencia que está detrás de tus pensamientos? Tu mente está ocupada decodificando, analizando y traduciendo. Entonces, ¿quién está leyendo en realidad? Con este ligero cambio en tu atención podrás darte cuenta de que existe dentro de ti una presencia interna, una fuerza que siempre observa las experiencias.*

Tomemos ahora como ejemplo a las matemáticas. En matemáticas no existe el número más pequeño que de origen a los demás; así como tampoco el número más grande lo podemos averiguar. Por lo tanto, aunque las leyes matemáticas son reales e infalibles, los números carecen de existencia inherente: son una invención nuestra, aunque los utilizamos convencionalmente para poder expresar y desarrollar esas leyes matemáticas que sí existen y de las que dependen. Leyes que, por otra parte, debido a su perfección y sabia y necesaria interrelación, es imposible considerarlas como fruto del azar.

Sabemos que el universo está regido por unas leyes cósmicas que sostienen y entrelazan, sabia y sutilmente, hasta el detalle más ínfimo. Todo lo cual se escapa a nuestra capacidad de comprensión pero no de admiración y aceptación. En consecuencia, habremos de aceptar que –al igual que los números en matemáticas- vivimos en un universo material creado por la vibración sin materia.

Cierta vez, un científico explicaba la formación del universo de una forma muy sencilla y didáctica. En un recipiente con agua añadió un poco de aceite y, al removerlo todo con una vara, generó un remolino que acabó por originar la expansión y distribución del aceite: de forma semejante a como ocurre con las estrellas y galaxias.

Ahora bien, en el universo real, ¿De dónde salen el agua y el aceite? ¿Quién mueve y “sigue” moviendo esa vara? ¿De dónde surge la primera vibración autoexistente? ¿Qué clase de cualidades requiere esa primera vibración? para ser capaz de ordenar y coordinar permanentemente toda la superestructura de la Creación, con unas leyes inconmensurablemente inteligentes.

Supongamos que una mujer da a luz un hijo y, a su vez, ha pintado un cuadro. Tanto el hijo como el cuadro son creaciones tuyas pero, mientras el hijo comparte su propia esencia (aún cuando se ha convertido en un ser independiente con entidad propia), el cuadro es simplemente una expresión de sus inquietudes artísticas. El cuadro no tiene inteligencia ni libre albedrío ni la capacidad de evolucionar por su cuenta, porque el cuadro es una expansión de su creadora pero no comparte la esencia de su ser, como sí lo hace su hijo que ha sido generado por separación de su propio ser.

.....

“Al principio era el Verbo”. Ese Verbo ha de tener Existencia Eterna, por supuesto, y a la vez una Suprema Inteligencia y, a la vez, su Voluntad ha de tener poder creador y, a la vez, ha de ser Amor.

En efecto, porque el verdadero Amor tiene autoexistencia –no hay nada anterior a él que lo haya podido crear- y, por lo tanto, forma parte de la esencia de Dios.

Los conceptos de Dios y Amor son indisolubles porque el Amor es imprescindible para crear, contener y sostener todas las cualidades positivas que existen.

Llegados a este punto, los más escépticos se estarán planteando dos vitales cuestiones: ¿Cómo es compatible un Dios-Amor con la existencia del sufrimiento? Y, aunque exista la vida eterna, ¿Qué me asegura que mi trascendencia individual esté garantizada?

Aunque más adelante trataremos esos asuntos, vayan por delante algunas aclaraciones:

El libre albedrío es una consecuencia del Amor. Un ser que hubiera creado un mundo sin utilizar la herramienta del Amor, muy posiblemente no se hubiera molestado en conceder a sus criaturas el don de la libertad.

Si se tiene la intención de que cada ser dotado de inteligencia y libertad tenga la opción de evolucionar por sí mismo y, mediante su propia experiencia, llegar a averiguar cuál es el camino que conduce a sentirse plenamente realizado como Ser. Es decir, si el Creador “ama” a las criaturas creadas desde su propia esencia (como la madre a su hijo y no como el pintor a su cuadro), entonces les tiene que conceder el don del libre albedrío.

El precio de ejercer nuestra libre voluntad es que podemos cometer errores y, los errores, son los que crean el sufrimiento y nos atan a él hasta que logramos librarnos de las actitudes y los esquemas mentales que los formaron. Sin embargo, negarnos el libre albedrío sería lo mismo que negarnos nuestra personalidad individual: sería convertirnos en zombis en vez de ser chispas divinas.

El mal y la imperfección, desde un punto de vista lógico, objetivo y espiritual, no es más que la consecuencia del temporal alejamiento de la Fuente del Bien.

Por otro lado, cabe observar que el nivel de inteligencia del ser humano va bastante más allá del que podría ser fruto de la evolución natural de las especies.

El ser humano es más inteligente por naturaleza que por evolución pues, por muchas dificultades que haya tenido que superar nuestra especie en el pasado, cabe replicar que la necesidad no hace a un animal inteligente si éste no tiene esa capacidad ya de por sí.

No es por casualidad que el ser humano es capaz de reconocerse a sí mismo al mirarse a un espejo y los animales no. Y es muy sintomático que el

ser humano tenga la capacidad de observar sus propios pensamientos, de hablar consigo mismo como si hablara con una segunda persona; de observarse a sí mismo, en definitiva.

Es cierto que la naturaleza ha llegado a formarse tal y como hoy la conocemos mediante la evolución: utilizando el sistema de prueba y error. Pero también es cierto que esa evolución ha sido siempre a favor de la vida. Algo la ha conducido siempre de la mano para que se mantuviera la vida dentro de ella y, tras cada tragedia, pudiera resurgir de nuevo utilizando cada desgracia anterior como trampolín para progresar a mejor.

.....

“Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el”... Vivir.

Imaginemos que vivir en el mar es la máxima aspiración de cada gota de agua: el mar es su cielo. Ahora bien, el mar no consiste en una única e inmensa gota de agua, sino en una infinidad de ellas unidas en un mismo espíritu por compartir la misma sustancia.

El destino de cada gota de agua es el mar. Asimismo, el destino de cada alma humana es el océano celestial. Cada gota –en su viaje– se evapora, se condensa, se solidifica, se contamina, se integra en la composición de cualquier ser o se encharca en algún lodazal infernal; en un proceso de sufrimiento que, paradójicamente, crea vida por donde pasa. Hasta que, finalmente, consigue ser liberada y convive feliz en el perpetuo baile de hermandad que es el mar.

Dice un chiste que los peces son ateos porque les han dicho que viven gracias a que una cosa llamada “agua” les sustenta y les da vida, pero, como no han visto nunca el agua, no creen en ella.

La materia no tiene más identidad propia que la que le da el espíritu que la anima; pero no desaparece sino que se transforma.

Por consiguiente, si el espíritu tiene identidad (esa fuerza mental de origen desconocido y cualidades incomprensibles, pero de existencia demostrada), es de suponer que tampoco desaparezca sino que evolucione, conforme a sus méritos y al plan preestablecido desde el comienzo para que la naturaleza divina se manifieste.

La búsqueda del amor es una aspiración innata de nuestra naturaleza, de hecho su carencia deshumaniza y desequilibra la personalidad. El amor está latente dentro de todos nosotros; es una chispa de la esencia divina que se nos ha implantado para poder darnos vida y personalidad. Y, como decía Platón, “el amor pide inmortalidad”.

Teniendo en cuenta todos los argumentos expuestos hasta ahora, no resulta descabellado pensar que la Creación se origina porque el Amor es creador y tiene autoexistencia. Es la única clase de vibración capaz de crear desde la nada y de manera evolutiva, sabia y ordenada.

Se podría concluir que Dios, eterno presente por ser en sí mismo causa y efecto, de la emanación de su voluntad creó las leyes espirituales y la vida material para que, de la evolución de ésta surgiera la vida espiritual autoconsciente (nosotros). Con el fin que, de la experiencia en el plano material, consigamos aprender que, para liberarnos del sufrimiento y la injusticia, antes hay que saber liberarse de la ignorancia, el egoísmo y el apego a los placeres mundanos (imperfectos por ser parciales pero atractivos por sentirlos más cercanos); gracias al anhelo y la fidelidad al amor y la pureza divinas.

Si el Amor es la respuesta, por su propia naturaleza, podemos confiar en El.



“Por medio de la experiencia esperas alcanzar la verdad de tu creencia, probártela a ti mismo, pero esa creencia condiciona tu experiencia”.

**Krishnamurti**

### **3**

## **LA ENERGIA MENTAL**

En nuestra búsqueda de la Verdad, es vital que sepamos exactamente cómo actúa nuestra mente. Y la gran capacidad que tiene nuestro ego para convencer a nuestro subconsciente de todo aquello que nuestro ego, de antemano, ha decidido creer.

Mientras ignoremos los trucos de los que se vale el ego para interferir interesadamente sobre nuestra objetividad sin que seamos conscientes de ello, estaremos a su merced y todo aquello en lo creamos firmemente puede ser una mentira que no hemos sabido descubrir.

Por el contrario, cuando hemos desenmascarado su hábil forma de engañarnos, nos liberamos de su esclavitud. La tiranía que el ego ejerce sobre nuestro modo de razonar se desvanece cuando la podemos detectar.

Cuando recuperamos el poder para discernir la diferencia entre una creencia basada en autoengaños o experiencias subjetivas, de las que están basadas preferentemente en datos que son objetivamente demostrables, entonces podemos afirmar que estamos realmente en el camino que conduce a la Verdad.



Lo único que se interpone entre nosotros y la revelación de la Verdad es nuestra falta de libertad interior.

Los resultados de un detector de mentiras no son admitidos judicialmente como prueba concluyente debido, entre otras razones, a la capacidad que tiene la mente humana de creer que algo es verdad cuando, en realidad, no lo es.

Dentro de la práctica de la hipnosis, existe el campo denominado “regresión hipnótica”. En dicho campo se trata de ordenar a la persona hipnotizada, con fines terapéuticos o no, que recuerde experiencias pasadas y vaya retrocediendo hasta la infancia y el nacimiento. A las personas más receptivas, muchas veces se les pide que recuerden alguna vida anterior.

Algunas de esas personas, que han sido influenciadas para que su subconsciente atraviese el umbral de esta vida y vaya a una supuesta vida anterior, han declarado haber sido en otra vida un personaje famoso: Napoleón, Cleopatra o cualquier otro. Lo curioso del caso es que muchas de esas personas hipnotizadas han coincidido a la hora de afirmar ser un mismo personaje. Está claro que no puede haber mil personas que afirmen ser Juana de Arco, por ejemplo, y que todas digan la verdad.

Por otro lado, está constatado que nuestro subconsciente nunca miente: no sabe mentir ni tiene sentido del humor. Cuando se logra contactar con él, con la hipnosis o de algún otro modo, lo que nos cuenta es siempre su verdad.

Por lo tanto, si nuestro subconsciente no sabe mentir pero puede creer en cosas que son falsas, ello significa que nuestro subconsciente puede ser engañado. Nuestro subconsciente es susceptible de ser sugestionado y apartado de la verdad, a condición de que él no se de cuenta que está siendo manipulado.

Por supuesto, la mayoría de las veces que nuestro subconsciente afirma algo suele ser verdad. Así pues, es importante encontrar algún método fiable que nos permita discernir cuando la verdad del subconsciente coincide con la realidad objetiva, y cuando es sólo “su” verdad subjetiva.

.....

Jesucristo dijo: “por sus frutos los conoceréis”. También sabemos que la ley de la causa y el efecto es infalible. Y sin duda tenemos inteligencia y la capacidad para ser lógicos y objetivos si nos lo proponemos. Son herramientas suficientes para que, con cierta disciplina personal, podamos comprobar si nuestras creencias o las de los demás coinciden o bien se contradicen con los datos que sabemos que son verdad.

Si Dios existe, existe para todos por igual. Si Dios nos ama, los beneficios de su amor han de alcanzar a todos por igual.

Todas aquellas ideas o creencias que dividen a los seres humanos, que provocan odios o incomprensiones, están, sin lugar a dudas, apartadas de la verdad en algún aspecto.

El racismo, el fanatismo religioso, el nacionalismo excluyente, el materialismo clasista, la vanidad ofensiva o el egoísmo que perjudica a los demás; todo ello se aparta de la verdad porque es incompatible con la noción de un Dios-Amor que desea que, voluntariamente, prefiramos lo que une a lo que nos separa y seamos, los unos para con los otros, ejemplo de amorosa fraternidad.

Ibn Arabí, un gran sabio musulmán sufí, ha dejado para la posteridad la siguiente frase: “Mi corazón se ha abierto a todas las formas. Es una dehesa para gacelas, un claustro para monjes cristianos, un templo para ídolos, la Caaba del peregrino, las tablas de la Torá y el libro del Corán. Yo practico la religión del Amor, cualesquiera que sean las direcciones en que avancen sus caravanas, la religión del Amor será mi religión y mi fe”.

¡Qué maravilla y qué belleza! ¡Qué simple y qué complicado para mucha gente de comprender! He ahí un claro ejemplo de cómo un espíritu libre de prejuicios y dogmas entiende la Naturaleza y la Voluntad de Dios.

A demasiada gente, los árboles no le dejan ver el bosque. A mucha gente se la educa para tener fe, pero a demasiada poca se la prepara para entender realmente que Dios es Amor. Y su Amor abarca a todos y, por lo tanto, es integrador y no integrista.

El agua limpia calma la sed, no importa de qué manantial se beba. El fuego siempre quema, no importa de dónde surja. Cuando elegimos ser agua estamos en armonía con la voluntad de Dios y nos sentimos espiritualmente mejor, Cuando somos de fuego, aunque nos lo neguemos, notamos que vivimos en desarmonía e íntimamente insatisfechos. Al final, ser de agua o ser de fuego es la única elección que tiene importancia trascendental en realidad.

*Cuenta una antigua leyenda sioux que, una noche, el jefe de la tribu, reunido con sus nietos al calor de la fogata, les contó lo siguiente:*

*“Una gran pelea entre dos lobos tiene lugar dentro de mí. Uno de los lobos es maldad, temor, ira, envidia, dolor, rencor, avaricia, arrogancia, culpa, resentimiento, mentira, orgullo, celos, egoísmo, egolatría. El otro lobo es bondad, alegría, paz, amor, serenidad, ternura, humildad, dulzura, benevolencia, generosidad, verdad, compasión, fe, valor, amistad, gratitud...Esta misma pelea ocurre dentro de vosotros y dentro de todos los seres de la Tierra”.*

*Los nietos se quedaron pensativos y, después de unos instantes de silencio, uno de ellos preguntó:*

*-“Abuelo, ¿y cuál de los dos lobos crees que ganará la pelea?”*

*-“Ganará, sin duda, el lobo que tú más alimentos” –fue su respuesta.*

.....

A lo largo de la historia, ha habido muchos casos de gente que afirma haber tenido visiones o revelaciones, o escuchar voces internas. Unos han sido considerados locos, otros han sido considerados santos o simplemente, personas normales.

Es muy curioso que, en tales casos, la gente cristiana haya visto a Cristo, la Virgen, el Infierno, etc. Igualmente, los hindúes han visto deidades relacionadas con sus creencias. Y lo mismo les ha sucedido también a los budistas, judíos o musulmanes.

La deducción lógica, al igual que en los casos de regresión hipnótica, es que en la mayoría de los casos sea el poder mental del subconsciente quien haya creado tales sugerencias.

A nivel más cotidiano, si sabemos observarla, esa fuerza mental está actuando continuamente. En muchas ocasiones, nuestro consciente y nuestro subconsciente quieren cosas distintas y, en tales casos, siempre acaba ganando el subconsciente.

Conozco una persona que tenía fobia a ir al cementerio y, en los casos en que por compromiso social se sentía obligada a ir, siempre le ocurría algún hecho imprevisto que se lo acababa impidiendo. Dos veces se le estropeó el coche durante el trayecto, en otra ocasión sufrió un accidente doméstico y en otra cayó repentinamente enferma. Resulta evidente que, aunque conscientemente había decidido acudir al cementerio, su subconsciente se negaba tan rotundamente que era capaz de provocar que se quemara el motor del coche o lo que hiciera falta para salirse con la suya.

Hay gente que busca la inspiración divina y decide que, a través de la Biblia o cualquier otro libro sagrado, Dios le puede orientar. Así, abre el libro al azar, señala un párrafo y ¡milagro! allí está la respuesta que buscaba. En realidad, él mismo se ha respondido. Su subconsciente ha sido capaz de ingeniárselas para darle la respuesta que la persona quería –o temía- oír. En cualquier caso le ha proporcionado la respuesta que buscaba y le ha ratificado en su fe.

También hay gente que en su día adoptó la postura de ser ateo y llegan a identificarse tanto con esa postura que, paradójicamente, en ella encuentran su fuerza interior de tal manera que, si algo les hiciera tambalear su escepticismo, podrían derrumbarse moralmente. Por ello son incapaces de hallar signos paranormales allí donde otras personas los encuentran con facilidad. Y, la ausencia de señales, les reafirma en su fe en su falta de fe.

Los ejemplos de que nuestros íntimos deseos o temores acaban manifestándose pese a nuestra voluntad “consciente”, son inagotables. Aquello en lo que la mente se concentra es lo que la alimenta y, para bien o para mal, cuando nuestro subconsciente logra convencerse de algo, ese algo acaba materializándose.

Está demostrado que, a una persona sometida a hipnosis profunda, se le puede provocar una quemadura en la mano si es tocada con la punta de un bolígrafo, siempre que se le haga creer que ese bolígrafo es un cigarrillo encendido. Tenemos la capacidad de elegir con qué clase de pensamientos vamos a alimentar al subconsciente. Y convendría darse cuenta de que el

“sentimiento” positivo, aparte de ser más deseable, suele estar más cerca de la realidad espiritual que el pensamiento negativo.

En cualquier caso, esa fuerza del subconsciente ¿de dónde surge? La explicación de que se trata de un proceso mental puramente psicológico se queda bastante corta. Estamos hablando de un poder que, cuando se activa, es capaz de alterar hechos y circunstancias externas sobre las que nuestro consciente lógico no tiene ningún control.

Vistas sus extraordinarias características, la fuente que da origen a esa misteriosa energía va más allá de las leyes que la física o la lógica nos pueden explicar. Si la fuente del poder mental no puede ser psicológica o física simplemente, habrá que deducir razonablemente que el origen ha de ser parapsicológico o metafísico. Es decir, de una dimensión diferente a la estrictamente material.

.....

Un ejemplo histórico-religioso que puede corroborar, aún más si cabe, el fenómeno del Poder Mental y su funcionamiento, nos lo proporciona la extraordinaria figura de Jesús de Nazaret.

Jesucristo nos legó frases y una forma de vivir y actuar que demuestran su dominio del poder mental: “Por eso les digo que todo lo que ustedes pidan en oración, **crean que ya lo han recibido, y lo recibirán**” (Marcos 11:24). “El que cree en mí, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores que éstas hará” (Juan 14:12). Aquí nos indica que ese poder mental no es exclusivo de él por ser un ser superior sino que reside en cada uno de nosotros y, cuando lo descubramos y entendamos sus características -cuando sintamos esa íntima convicción que él tenía-, lo podremos utilizar también.

En lo referente a su poder para realizar milagros, sus propios enemigos contemporáneos nos han dejado constancia de su veracidad. Un texto del Talmud babilónico (Sanedrín, 43) dice así: “En la vigilia de la fiesta de Pascua, Jesús fue colgado. Cuarenta días antes, el heraldo había proclamado: ha de ser conducido fuera para ser lapidado, porque ha practicado la magia, ha seducido y hecho apóstata a Israel. El que tenga algo que decir en su defensa, que venga y lo diga. No habiendo salido nadie en defensa suya, en la vigilia de pascua fue colgado”. Es decir, los mismos que lo condenaron a morir lapidado (aunque finalmente fue colgado) no dudan en afirmar de Él que practicaba la magia.

Normalmente, aunque no siempre, Cristo pedía un requisito previo para realizar sus milagrosas curaciones. No exigía ser judío o ser una persona de moral intachable; quería que el enfermo tuviera fe en que Jesús iba a poder curarlo. En cierta ocasión, en que una ansiosa multitud le rodeaba toqueteándole, Él se detuvo y preguntó: “¿quién me ha tocado?, pues una virtud ha salido de mí”. Jesús fue capaz de notar, entre tanta gente que le estaba manoseando, a una que verdaderamente le había tocado con fe y a la que, por lo tanto, Él había curado sin saber siquiera quien era.

Esa fuerza mental reside en el interior de cada uno de nosotros pero, la gran mayoría la desconoce o no sabe desarrollarla, controlarla, o utilizarla positivamente. Se queda, pues, dentro de nosotros aletargada la mayor parte del tiempo, y sólo en situaciones especiales nos da señales de su existencia: generalmente en forma de extrañas coincidencias que a veces nos dan que pensar.

Es evidente que, por encima de esa fuerza mental individual, hay un poder superior que lo controla y armoniza cósmicamente todo. Afortunada y necesariamente es así pues, de lo contrario, la confrontación mental sin control entre los deseos antagónicos de cada subconsciente individual, nos llevarían rápidamente a un caos destructor mucho mayor aún de éste en el que vivimos.

A esa energía suprema que nos ha creado y que sabiamente nos conduce, a la vez respetando y coordinando nuestras libres voluntades, le podemos llamar el Poder Mental de Dios.

Dicho de otro modo, después del Poder Mental de Dios (la voluntad divina, la fuerza del destino, etc.), nuestra fuerza mental (subconsciente) individual es la energía más poderosa que existe. Como hijos de Dios, a todos nos pertenece compartir una chispa de su esencia y sus cualidades.



“Ojo por ojo, y el mundo se quedará ciego”.

**Gandhi**

## 4

### LAS REGLAS DEL JUEGO

Si bien es cierto que esta vida es imperfecta y llena de limitaciones, que este mundo sabe a destierro para nuestras íntimas aspiraciones, hemos de reconocer que es el ser humano quien se encarga, la mayoría de las veces, de empeorarlo aún más cuando –en el ejercicio de su libertad personal- se deja vencer por su ignorancia, su debilidad o su lado egoísta. De esa manera, genera irritaciones, pasiones o temores que le impiden saborear el lado agradable de las cosas, y encontrarse en armonía con las leyes que rigen el universo.

*“Sólo cuando se haya talado el último árbol, sólo cuando se haya envenenado el último río, sólo cuando se haya pescado el último pez; solo entonces descubrirás que el dinero no es comestible”. (Profecía de los indios Cree)*



Sabemos que el amor auténtico existe, es positivo y, más aún, necesario para una auténtica calidad de vida; pero nuestra relación con el egoísmo parece ser más intensa y cotidiana. No requiere esfuerzo por nuestra parte y es, generalmente, nuestra reacción más espontánea.

Todos nosotros conocemos actitudes, cualidades o virtudes positivas que son capaces, en un momento dado, incluso de hacernos llorar de emoción.

Sabemos que cualidades como la justicia, la paz o la armonía sólo pueden venir de la mano de un amor genuino y limpio. La mayoría de la gente admira al amor, lo busca, lo disfruta o lo añora; pero ya es mucha menos la gente que lo sabe cuidar.

También sabemos que es el egoísmo el principal enemigo del amor. Él es quien lo rebaja y lo contamina hasta llegar, en mayor o menor medida, a marchitarlo.

Sin embargo, a pesar de reconocer que el amor es más positivo que el egoísmo, a pesar de que lo necesitemos o de tener buena voluntad, algo sucede en el interior del ser humano que le hace incapaz de prescindir de su lado egoísta y, por consiguiente, tiene que convivir con las tensiones que ese conflicto interno pueda crear.

El problema radica en que el egoísmo es la mejor arma que conocemos para enfrentarnos a la incertidumbre que nos provoca el vivir en un mundo material que es imperfecto y finito. El egoísmo es la mejor arma que tenemos para combatir el miedo a nuestra extinción.

Hemos comentado anteriormente que, dentro de nosotros, además de egoísmo hay una capacidad de amar sinceramente. Y que sería más conveniente, para nosotros mismos y para la humanidad en su conjunto, que esa faceta romántica y tierna que tenemos triunfara sobre nuestro “reverso tenebroso”.

Somos algo más que nuestro ego. Cuando la razón por la que buscamos el amor de los demás es principalmente egoísta, sea cual sea el resultado que obtengamos, la falsedad de nuestras intenciones no nos permite llegar a alcanzar la magia del amor verdadero. Por contra, cuando con romántica sinceridad buscamos relaciones de afecto con nuestros semejantes, sea cual sea el saldo final en cada caso, en la sinceridad y belleza de nuestra entrega siempre podremos encontrar una satisfacción y un consuelo interior que a nuestro lado egoísta le está negado.

Pensemos en la música. Imaginemos una bella melodía que nos haga vibrar. Admiramos la sensibilidad del autor, la maestría del director de

orquesta, la técnica y disciplina de los músicos, y el esfuerzo y la coordinación de todos aunque, en principio, lo que nos ha cautivado ha sido, sobre todo, esa música.

Pero qué desastre si esa bella melodía es interpretada por músicos inexpertos que la desafinan constantemente. O por músicos técnicamente virtuosos pero indisciplinados, que se empeñan en destacar unos sobre otros y, en ese forcejeo, adulteran totalmente el ritmo y la melodía. O por gente que, sencillamente, aún no tiene la suficiente capacidad para apreciar la belleza de esa música y, en vez de respetarla, se divierten degradándola; molestando y escandalizando, de paso, a las personas que ya tienen una mayor sensibilidad.

Siguiendo con esa hipótesis, es lógico concluir que si existe el ideal de la felicidad eterna, hay que cumplir ciertos requisitos para gozar de ella. De la misma manera que, si queremos formar parte de una buena orquesta, hemos de adquirir primero la necesaria sensibilidad y disciplina a base de práctica. De modo que, si llegamos a formar parte de la Orquesta Divina, no se nos preguntará cuánto tiempo, cuánto dolor o cuántas equivocaciones hemos cometido antes de adquirir esa práctica sino, simplemente, se nos apreciará por el resultado de todo ello. El mayor o menor sufrimiento dependerá únicamente de nuestra mayor o menor habilidad para avanzar por el camino correcto.

“La Verdad os hará libres”, dijo Jesucristo. Lo contrario del miedo no es el valor sino el amor. El amor es la única fuerza que hay en nuestro interior que es capaz de vencer a las trampas y temores del ego.

.....

La capacidad de crear vida es un maravilloso don divino.

Paradójicamente, esa misma vida llora cuando es creada porque nota la separación de la fuente que la alumbró y en donde se encontraba feliz aunque, seguramente, no era tan consciente de su propia identidad como lo es desde el momento de su nacimiento terrenal.

Afectivamente hablando, cada entidad creada añora la unión con la fuente de su creación. Egoístamente hablando, el ego tiene miedo a dejar de existir y, quizás por eso, busca autoafirmarse continuamente y se resiste a todo cambio que ponga en peligro su importancia y su independencia.

Pero la vanidad nunca se sacia y, por lo tanto, el desasosiego de sentirse separado nunca desaparece por ese camino.

Autoafirmarse, mediante la búsqueda de lo que nos diferencia de los demás, no da la felicidad. Desear tener la energía de la fuente creadora tampoco nos libera de la insatisfacción personal, porque desear no es amar. Querer apropiarse de algo no es amar ese algo o ese alguien. Cuando se ama de verdad, se procura comprender y complacer a lo amado y sintonizar nuestra forma de ser con la esencia de su naturaleza.

*Un cuento nos relata que una maestra puso como deberes a sus alumnos que, después del recreo, les trajeran una muestra de algo que a ellos les hiciera sentir amor. Un alumno trajo una flor, otro una mariposa, un tercero trajo un pajarito caído del nido y así sucesivamente, pero una niña no había traído nada. Preguntada por la maestra respondió:*

*- Perdona, maestra. Vi la flor y sentí su perfume; pensé en arrancarla pero preferí que soltara su aroma por más tiempo. Vi la mariposa, suave y colorida, pero parecía tan feliz que no tuve el coraje de aprisionarla. Vi también un pajarito caído, pero noté la mirada triste de su madre y preferí devolverlo al nido. ¿Cómo puedo mostrar lo que traje?*

*La maestra felicitó a la niña por ser la única que logró percibir que el amor sólo podemos llevarlo en el corazón.*

Mientras no sepamos reconocer nuestras actitudes erróneas, no podremos erradicarlas y, en consecuencia, iremos llevando un lastre que nos impedirá sentirnos realmente realizados y equilibrados.

Anhelar la unión con la vibración de la fuente creadora y, por consiguiente, trabajar para sentirla en nosotros mismos y armonizar con ella por encima de la negativa vibración del egoísmo: ese es el camino espiritual que conduce a la paz de la realización personal.

Sin embargo, los mejores ideales se contaminan fácilmente al enfrentarse con los problemas cotidianos. Pequeños detalles pueden afectar, contra nuestra voluntad, a nuestro humor y estado de ánimo. Desde un dolor de cabeza o un atasco de tráfico hasta temas más serios como el sufrimiento físico, problemas económicos, familiares, morales o complejos personales. Hay multitud de cosas en nuestra vida diaria ante cuya presión podemos involuntariamente alterarnos y reaccionar mal.

El hecho de que, aun conociendo cuál es el camino correcto y queriendo ir por él, los obstáculos con que nos obsequia la vida cotidiana nos puedan hacer tambalear, sólo demuestra que todavía nos quedan lecciones que aprender y tentaciones que superar.

A la hora de emprender el camino espiritual, es importante que sepamos medir bien en qué nivel de evolución estamos, para evitar caer en el gran error de querer llegar demasiado pronto a la meta. Ciertamente la realización espiritual es el objetivo, pero antes hemos de pasar por el proceso de purificar nuestra actual naturaleza.

Hemos de ser conscientes de que el camino es, además, un continuo aprendizaje. Con toda seguridad cometeremos errores y sufriremos por ellos. Pero tras cada tropezón, en vez de desmoralizarse, hay que levantarse otra vez. Y si algunas veces elegimos la senda equivocada, hemos de saber dar marcha atrás, retornar a la senda correcta y mantener, pese a todas las vicisitudes que podamos padecer, la determinación de seguir en ella. De esa manera, utilizando la perseverancia en lugar de la obsesión por alcanzar pronto la meta, evolucionaremos con menor sufrimiento hacia nuestra ansiada recompensa.

La vida es como un juego de cartas en el que a cada uno el azar, el karma u otras circunstancias, le concede una determinada combinación de la baraja. Normalmente juzgamos a la gente por las cartas que tiene cuando, espiritualmente hablando, el verdadero mérito reside en el provecho que sepamos sacarle a las cartas con las que nos ha tocado jugar.

.....

Egoísmo viene de ego, y la idea de “ego” reside en la mente de la persona.

La mente es una herramienta indispensable para evolucionar como individuos. Es indisociable del libre albedrío. De igual manera a como, los resultados de sus pensamientos, se traducen en un mayor o menor equilibrio interior.

Creemos. Desarrollamos una personalidad pretendidamente libre (y en realidad dirigida por las tendencias dominantes en nuestro entorno). Evolucionamos y aprendemos, pero difícilmente podemos salir del círculo vicioso -de la tela de araña- de los deseos que nunca se sacian, porque los afanes y miedos de nuestro ego no sabemos calmarlos.

Lo cierto es que cualquier mínima duda sobre nuestra trascendencia puede desembocar en desesperación: pues el ego busca ser “algo” y tener seguridad de permanencia. El ego desea escapar de la insatisfacción, de la extinción y del dolor. No obstante, cada actividad que emprende con esos fines acaba en apego a esos deseos, frustración y renovación del deseo que, incluso si toma la forma de una sublimación espiritual –en tanto en cuanto no sea una actividad del alma sino del ego-, no erradica el problema de la insatisfacción y el apego.

La presunta satisfacción que se puede obtener por abandonarse al egoísmo, tiene su origen en el sentimiento de desamparo y derrota espiritual.

Había un graffiti en una pared que ponía: “Cuando lo has perdido todo, aún te queda molestar”. Es un pensamiento psicológicamente interesante pero que parte de un silogismo falso. En realidad, si te rindes y decides “molestar” es cuando en verdad lo has perdido todo. Has perdido tu integridad y dignidad como persona. Tu conciencia lo sabe y, aunque consigas adormecerla por un tiempo, no te permitirá estar en paz contigo mismo hasta que no sepas cambiar de actitud.

El mal suele fascinar muchas veces porque entendemos perfectamente los beneficios materiales que nos puede reportar y porque, psicológicamente, la excitación de lo morboso nos atrae y nos tienta si no nos sentimos capaces de encontrar, en nuestra vida, otros alicientes que nos aseguren mayor afectividad y serenidad.

La insensibilidad de corazón se origina cuando la mente tiende a desahogar su insatisfacción descartando la dimensión espiritual o rechazando sus virtudes.

La inercia nos lleva a aceptar los valores que este mundo nos ofrece. Los apegos a esos valores nos encierran en un círculo vicioso que sólo nos proporciona más insatisfacción.

Si rechazamos esos valores, para encontrar nuestro sosiego o la justicia social, y no sabemos con qué sustituirlos, esa rebeldía tampoco nos libera de la insatisfacción.

La ignorancia conduce al miedo ante la vida y, para protegernos o huir de él, generalmente acabamos nuevamente recurriendo al orgullo, el egoísmo y todo tipo de autoengaños mentales: que van desde la religiosidad a la crueldad, pasando por la superstición, la temeridad o la obediencia a aquellos rígidos esquemas que, a cambio de no cuestionarlos, nos proporcionan un refugio de falsa autoestima.

El ansia de agitación y ruido sólo se explica por la necesidad de sofocar algo en nuestro interior. Cuando, a fuerza de experiencias y decepciones, nos cansamos de ese ruido y preferamos la serenidad, empezaremos a poder conectar con las respuestas que, durante tanto tiempo, hemos buscado.

Ciertamente es más fácil destruir que construir pero, aparte de no tener mérito, la violencia destructiva es síntoma inequívoco del fracaso personal en el enfrentamiento con la vida.

Sin las trampas de la mente, aceptando nuestras percepciones y experiencias sin los miedos y prejuicios del ego, nos sentiríamos más en armonía con la vida y con nosotros mismos. Y esa serenidad abriría las puertas a los sentimientos de humildad, paz y amor y, posiblemente, la noción de espiritualidad nos parecería más cercana.

Jugar a sentirse dioses en vez de tratar de ser unos buenos hijos de Dios, no nos libera del fuego de la insatisfacción e impide a nuestra conciencia tener paz interior.

Pero estamos tan identificados con nuestro ego que tememos perderlo. Hasta tal punto nos controla que no nos concebimos a nosotros mismos sin él.

Una nación existe, y la gente que la habita puede quererla sin necesidad de mostrarse ultranacionalista. Una persona existe, sin necesidad de ser orgullosa. Las cosas existen, sin que sea necesario poseerlas o dominarlas. La vida existe, y fluye mucho mejor emancipada del egoísmo.

Las creaciones nacidas del egoísmo, las convicciones infectadas por el miedo y los prejuicios, los apegos, los deseos inadecuados, el escepticismo autodestructivo... Ésas son las actitudes que provocan el sufrimiento en el mundo.

Afortunadamente, como ya hemos visto, todo aquello que no surja del Amor en realidad no tiene autoexistencia y, por lo tanto, no afecta a la esencia del Ser. El Mal no existe por sí mismo sino que es consecuencia de la separación o lejanía del Bien y, por consiguiente, puede ser desvanecido corrigiendo sus efectos y, sobre todo, anulando sus causas.

En resumen, el proceso que nos acerca a la maldad puede empezar a ser invertido en el mismo momento en que tomemos la firme decisión de elegir la paz interior de ser conscientemente un buen hijo de Dios.

.....

A lo largo de la historia, han surgido grandes maestros espirituales con el propósito de enderezar la conciencia humana y reorientarla hacia el Bien: hacia Dios.

Dichos maestros espirituales han aparecido en épocas y situaciones diferentes y, de acuerdo con esas circunstancias, han tenido que adaptar su mensaje a la capacidad que el pueblo tenía en ese momento para comprenderlo. Por eso, cada maestro ha hecho hincapié en unos aspectos y soslayado otros pero, aunque a primera vista no lo parezca, en el fondo los mensajes de los verdaderos guías son complementarios y coincidentes.

“Yo juro por mi mismo, dice el Eterno. Yo no quiero la muerte del impío sino que se convierta y viva”. (Ezequiel 23, 11).

Los caminos que conducen al hallazgo de la verdad son múltiples, pero la verdad es única: vivir el Amor y confiar en Él. Y no debe crear discordia el haberlo buscado desde enfoques diferentes.

Por lo tanto, convertirse en seguidor de un verdadero maestro espiritual es un buen camino para encauzar nuestra espiritualidad y fomentarla desde los usos y costumbres de una determinada religión.

Ahora bien, es primordial saber distinguir el mensaje que esos maestros nos han legado y diferenciarlo de las interpretaciones, censuras o añadidos con los que, en muchas ocasiones, han sido desvirtuados después.

*Otro cuento relata que un turista le decía a su guía: “Tiene usted motivos para sentirse orgulloso de su ciudad. Lo que más me ha impresionado es el número de templos que tiene. Seguramente la gente de aquí amaré mucho al Señor”. “Bueno...”, –replicó cínicamente el guía- tal vez amen al Señor, pero de lo que no hay duda es de que se odian a muerte entre ellos”.*

Cuando ciertos movimientos religiosos se pelean entre sí y fomentan el odio y la intransigencia hacia quien no piensa igual que ellos, indudablemente se han apartado del mensaje original de su maestro. En esos casos, la religión se convierte en fanatismo y se aparta del camino espiritual que le dio origen y razón de ser. Al mismo tiempo, su mal ejemplo desprestigia a las religiones en general y fomenta el contraproducente ateísmo.

De la misma forma que el agua de un río es más pura si se bebe desde el manantial de la que surge que en su desembocadura. A la hora de beber de una religión determinada, hemos de procurar no perder la perspectiva de la pureza del mensaje original.

Cuidado, pues, con los autodenominados discípulos o representantes de un Maestro y que, en lugar de “dar” el agua de la vida, sucumben a la tentación de querer apropiarse de ella para “venderla”.

Los grandes guías espirituales nos transmitieron su conocimiento del mundo espiritual por experiencia directa. Sus primeros discípulos nos transmitieron la fe en esos maestros también como consecuencia de su experiencia de primera mano en el trato con ellos. Posteriormente, lo que nos ha sido legado han sido sus escritos.



Pero los escritos ya no tienen el mismo poder de convicción que transmitían las personas que los escribieron. De esa manera, con el tiempo y la subsiguiente lejanía de la fuente que los originó, fácilmente se han ido contaminando por la interesada intervención del poder terrenal y con interpretaciones erróneas que, interesada o bienintencionadamente, inevitablemente van surgiendo por la interferencia del ego.

Lo natural es que el cuerpo humano flote en el agua. Sin embargo, no se aprende a nadar leyendo un libro sino mediante la experiencia directa y un instructor adecuado. Pero si notamos que quien nos debe enseñar a nadar tiene miedo al agua o una técnica deficiente, probablemente nos contagiaremos en alguna medida de sus miedos o su mala técnica y, a su vez, nosotros mismos, andando el tiempo, podemos transmitir esos errores a otra persona si no hemos aprendido a rectificarlos.

Por ignorancia espiritual o falta de auténtica humildad, muchas veces la fuerza de convicción de los proclamados representantes de Dios va acompañada por la intransigencia ideológica porque, contaminados por el orgullo de sentirse en posesión de la verdad, se pierde la referencia de la bondad de Dios y de que su Amor es respetuoso con el derecho al libre albedrío. Se malinterpreta la naturaleza de Dios y su voluntad cuando se intenta forzar a armonizar con Él mediante la pureza obligada y se soslaya que, ante todo, Dios es Amor y que el Amor es paciente y misericordioso. El Amor sana el alma y atrae por los beneficios afectivos de su magia y su belleza; puede ser firme pero no obliga.

Cuando flaquea el poder de enseñar la verdad del camino espiritual por medio de razonamientos y buenos ejemplos, interviene el ego y surge el fanatismo. Y el fanatismo se dedica a suplantar a la libertad de pensamiento y a cohibir el derecho a la búsqueda de la propia experiencia mística, cambiándola por un adoctrinamiento mental llevado a cabo a través de la presión cultural, los dogmas de fe y todo un enmarañado sistema de símbolos y ritos externos con los que reforzarlos.

En definitiva, el auténtico camino religioso es el que nos sirve para fomentar y encauzar nuestras inquietudes espirituales y, por lo tanto, su doctrina ha de ser compatible con la razón, la ética y la sensibilidad.

La virtud nace de la libertad. Lo hecho sólo por costumbre o por obligación no tiene mérito. Cuando las simbologías religiosas se vacían de su contenido espiritual, cuando pierden su significado, la religión se convierte en pensamiento congelado. Y, cuando la semilla del amor ya no da fruto, renace el antagonismo entre los hombres.

**PARTE II:**

**EL VIAJE DEL ALMA**



“Muchas cosas tengo aún que decir, mas no podéis entenderlas ahora”.

**Jesucristo**

## **5**

### **LAS RAZONES DE DIOS**

El nacimiento de Jesús de Nazaret coincidió con el inicio de la era astrológica Piscis. Cada era dura alrededor de 2.000 años y, durante aproximadamente ese periodo, una determinada interpretación de la figura y el mensaje de Cristo ha predominado en la cultura occidental, mediante el movimiento religioso católico y otras variantes y ramas del cristianismo.

Sin embargo, al comienzo de la Era de Acuario, la humanidad se halla otra vez sedienta de espiritualidad. El paternalismo religioso de la Era Piscis ya no convence a un ser humano más evolucionado: más libre pensador.

Mucha gente, desencantada de la religión tradicional y sin otras alternativas fiables, se vuelve materialista y superficial. No obstante, desde el fondo del ser humano, una nueva conciencia espiritual se va abriendo paso tímidamente pero con triunfadora determinación.

Los grandes descubrimientos tecnológicos producidos en esta Era afectan psicológicamente al ser humano, y le preparan para ver la vida con mayor perspectiva y apertura mental. Fruto de los avances médicos, cada vez es más elevado el número de personas que, en un estado de coma, se ha visto fuera del cuerpo y visto a los demás más allá de toda duda; ha vislumbrado la dimensión celestial, contactado con seres queridos, recibido mensajes y experimentado el maravilloso bienestar que allí se siente. La mayor parte de esas personas decide no compartir esa transformadora experiencia y guardársela para sí, para evitarse sufrir la burla y el descrédito con el que todavía la sociedad acoge dichas empíricas revelaciones.

Otra gente, que busca respuestas con honestidad, determinación y mente abierta, está también recibiendo revelaciones espirituales por otras vías: meditación profunda, videncia, sueños clarividentes, hipnosis, voces interiores...

Observando la proliferación de esas experiencias espirituales paranormales que acompañan a la nueva espiritualidad, se puede extraer una conclusión: ya estamos preparados para entender el verdadero sentido de la vida sin malinterpretarlo y el cielo nos lo quiere comunicar ¿Queremos escucharlo?

“No hay nada más poderoso que una idea a la que le ha llegado su tiempo” (Víctor Hugo). Todo indica que estamos llegando a la masa crítica necesaria para que se produzca, finalmente y felizmente, un cambio de conciencia global.

Sin embargo, también es cierto que “los paradigmas erróneos siguen vigentes durante siglos después de que se haya descubierto otro mejor” (Stephen R. Covey). Los primeros en afirmar que la tierra era redonda fueron criticados y perseguidos, y se requirió mucho esfuerzo para que la gente pudiera aceptar esa evidencia que hoy ya nadie pone en duda.

Mi estudio de las serias investigaciones realizadas sobre dichas experiencias paranormales, sumado al análisis del contenido de diversas supuestas revelaciones espirituales, es lo que me ha llevado a plasmar en este libro lo que podríamos llamar el denominador común que se desprende de ellas. Una parte de las afirmaciones que se vierten a continuación están basadas en hechos objetivos, otra parte está basada en las conclusiones resultantes de serias investigaciones y otra parte, la más subjetiva, está basada en supuestas revelaciones.

He incluido también estas hipótesis subjetivas porque proceden de varias fuentes diferentes y son coincidentes entre sí; además, encajan y abarcan con insultante lógica aquellos espacios que la metodología científica no puede alcanzar. Por lo tanto, parten de una base sólida para que se las pueda tener en consideración.

Para todos aquellos que no estén familiarizados con esos trabajos de investigación, les recomiendo leer a autores tales como Michael Newton, Ian Stevenson, Deepak Chopra, Wayne Dyer, Abraham Maslow, Ken Wilber o Antonio Blay entre otros.

Paso ya a exponer las afirmaciones, no como nuevos dogmas de fe sino como hipótesis, resultantes de la mezcla de experiencias, estudios y profundas reflexiones. Mi sincera intención, con este estudio atrevido, es ayudar a que sea desvelada la verdad espiritual. Cada cual juzgará la credibilidad que le merecen las hipótesis.

.....

Antes de la creación del universo físico, sólo existía Dios y Dios era Todo y lo Único que había. No existía nada más.

Solemos imaginar que antes del big-bang sólo existía un inmenso espacio silencioso, oscuro y vacío; pero eso no es así. La noción de espacio implica distancia entre dos puntos. Si no existe nada, o si Dios es todo lo que hay, entonces no existe el espacio porque no existen los dos puntos de referencia necesarios para crearlo. Igualmente, si no existe un sonido como referencia, tampoco existe el silencio y, si no existe luz, tampoco existe la oscuridad. La verdadera Nada excluye por definición incluso esos conceptos; como también la noción de un Dios que es Todo lo que Hay excluye, antes de la Creación, los conceptos de espacio, oscuridad y silencio.

Una vez que se entiende eso, ya no se trata de aceptar o negar sin comprender el que existiera “algo” antes o en medio de la Nada. Sino de entender que eso que llamamos Nada en realidad es -y ha sido siempre- una Presencia No-Manifestada que, en un momento dado, decide manifestarse y convertirse en Creador para realizarse. Por lo tanto, podemos decir que el universo, el mundo y nosotros *somos importantes* para que el Uno pueda conocerse a sí mismo.

Cuando sólo existía la Conciencia Universal, Dios llevaba dentro de Sí el CONOCIMIENTO “intelectual” de todas las cosas, pero esa “Alma Única” no estaba realizada.

Para realizarse (para sentirse realmente completo) la Conciencia Universal, al igual que cualquier ser vivo, necesita experimentar y desarrollar de forma práctica todo su potencial teórico. En el caso de Dios, el potencial a desarrollar es, ni más ni menos, su infinita capacidad de Amor (Vida, Sabiduría, Voluntad, Alegría...). Y es con ese fin por lo que “dio a luz” la dimensión material, y dotó a su creación de las leyes convenientes para su adecuado sustento y proceso evolutivo.

En el momento evolutivo apropiado, el Alma Única se dividió a sí mismo en múltiples “almas” a las que encarnó en el ser humano. Es decir, como dice la Biblia: “creó al hombre a su imagen y semejanza”. De ese modo, el alma encarnada olvidaría su naturaleza divina y, libre de ese conocimiento, es como Dios puede experimentarse verdaderamente por medio de nosotros.

Dios quiere sentir la dicha de Ser Completo por medio del triunfo del Amor Divino en su experiencia terrenal. Para eso fuimos creados. Ese es el destino que vinimos a cumplir y que no podemos eludir. Y para cumplir ese destino, como Hijos de Dios, estamos dotados de Eternidad como almas, Libre Albedrío y un Poder Mental que, la mayoría de nosotros, aún debe aprender a descubrir y utilizar con sabiduría y responsabilidad.

“Y al séptimo día descansó”. Desde ese momento, Dios permitió al ser humano tomar las riendas de su propia evolución, fueran cuales fueran las consecuencias de los actos emanados de su libre voluntad. Por lo tanto, Dios-Amor permitió la coexistencia del bien y el mal para poder experimentar, sentir y desarrollar en la práctica su capacidad de amar.

Dicho de otro modo, Dios-Padre (EL CONOCIMIENTO) creó el mundo para poder adquirir como Dios-Alma Encarnada la EXPERIENCIA “emocional” que le permitiera autorrealizarse como Dios-SABER COMPLETO (también llamado Espíritu Santo). El Ser Autoexistente (Lo que Es) desarrolla su perfección a través de su enfrentamiento con “Lo que No Es”, *pero que Él ha creado como medio para un fin.*

Esa trinidad (Conocimiento Intelectual-Experiencia Emocional-Saber Completo) no puede ser contaminada por los errores que cometamos en nuestro proceso evolutivo. El plano celestial, el mundo de lo absoluto, no puede ser dañado en forma alguna por los sucesos que ocurran en el plano físico, el mundo de lo relativo.

Es en el plano físico donde nuestros errores, nuestro alejamiento y desarmonía con nuestra verdadera naturaleza divina, tienen consecuencias negativas para nosotros. Es en la dimensión terrenal donde funciona infaliblemente la Ley de la Causa y el Efecto. Y es en la dimensión celestial donde se manifiesta completamente que Dios es Amor y por ello, cuando volvemos a nuestro hogar espiritual, no hay nada que temer.

En la parábola del Hijo Pródigo, Jesucristo nos ofrece un bello ejemplo de la inmensidad del amor de Dios hacia todos nosotros. Especialmente gráfica resulta la narración del reencuentro entre el padre y el hijo descarriado. El padre, viendo venir humillado a su hijo, no se limita a esperarlo y aceptarlo tras una reprimenda. Va más allá y, en su alegría y emoción, “sale” a su encuentro y, sin ningún reproche, le prepara una fiesta de bienvenida. Su hermano, el buen hijo, en cambio protesta porque se siente comparativamente agraviado. Más que maldad, su hermano refleja la ignorancia del virtuoso frente a los sufrimientos y desazones con que ya ha sido castigado el pecador.

También podríamos decir que Dios es como la más amorosa de las madres y que, cuando sus hijos vuelven del colegio, los acoge y cobija a todos con igual amor mientras están en casa, antes que hayan de volver a la escuela a seguir aprendiendo.

Jesucristo define el infierno como un lugar “donde ni el gusano muere ni el fuego se apaga” y, de esa definición, no se desprende en ningún momento la existencia de un castigo eterno. De hecho, el mismo Jesús también dijo: “en verdad os digo que todo el que comete pecado es siervo del pecado. El siervo no permanece en la casa para siempre”. El infierno, en realidad, es un estado mental creado por el propio ser humano, al mezclar su ignorancia espiritual con un sentimiento de culpabilidad que le deja emocionalmente hundido y estancado. Pero es un estado del que se puede, y se debe, salir.

Cada vez que un ser humano, a través de la experiencia de sus errores y sufrimientos, descubre y acepta que el Amor es el único Camino que conduce a su redención -y vive su vida en armonía con ese conocimiento- su alma se “gradúa”, se libera y se conecta con La Verdad de Su Ser: Su Espíritu Santo.



.....

A poco que razonemos, y seamos capaces de observar objetivamente la inmensidad del universo y la grandeza del propósito de Dios, comprenderemos que en el universo ha de haber otros planetas habitados (otros planos de experimentación) y, asimismo, que el periodo que puede durar una vida humana es, por lo general, claramente insuficiente para que un alma (una parte de Dios) pueda llegar a su plena realización.

En oriente está muy extendida la idea de la reencarnación. Según ese concepto, los errores cometidos en vidas anteriores crean y condicionan, junto a otros factores algo más complejos, las circunstancias con las que nos encontramos en la presente vida. De esa manera vamos evolucionando hacia la armonía con nuestro auténtico yo espiritual: con mayor o menor dificultad y sufrimiento dependiendo de las acciones fruto de nuestra libre voluntad.

Según esa teoría, cada vez que nos reencarnamos sufrimos una especie de amnesia y, como herencia de nuestra vida anterior, sólo nos queda el nivel de conciencia que hayamos logrado alcanzar. De igual manera a como está demostrado que una persona que sufre amnesia conserva sus tendencias y su carácter anterior, aún cuando él nada recuerda de su etapa pasada.

Aparentemente, esa forma de concebir el proceso evolutivo del alma, parece ser la que más separa a la religión oriental del resto de las grandes religiones. Sin embargo, ese concepto se haya también entre las creencias de diversas tribus primitivas en varios continentes y, por cierto, también en La Cábala (sabiduría ancestral y secreta del judaísmo con la que sus iniciados interpretan y descodifican la Biblia).

He aquí algún ejemplo: «Siempre que una persona fracasa en su propósito en este mundo, Dios, Bendito Sea, la arranca de raíz y la vuelve a plantar una y otra vez, repetidamente.» (Zohar, I, 186b). «Todas las almas están sujetas a la reencarnación; ¡y la gente no conoce los caminos de Dios, Bendito Sea! No saben que son traídos frente al tribunal tanto antes de entrar a este mundo como después de dejarlo, son ignorantes de las muchas reencarnaciones, y de los trabajos secretos que tienen que realizar.» (Zohar, II 99b)

La reencarnación tuvo adeptos en el cristianismo primitivo. Sin embargo, en el año 325 el Concilio de Nicea se propuso elaborar una única doctrina oficial. Constantino el Grande pensaba que nadie debía estar por encima del emperador salvo Dios y, bajo su influencia, se declaró que Jesús era hijo “único” de Dios. Se eligieron cuatro evangelios como verdaderos y, para hacerlos coincidir con el dogma creado, se retocaron las escrituras - erradicando también las referencias a la reencarnación-; de forma que puede afirmarse que la verdad completa sobre el mensaje de Cristo aún está por descubrir. No obstante, todavía puede deducirse su existencia por determinados pasajes evangélicos que se salvaron de esa censura.

A Juan el Bautista le preguntaron si él era el profeta Elías, de quien se había profetizado que volvería, y Juan contestó que no. Pero Jesucristo, preguntado respecto a Juan el Bautista dijo: “si queréis oírlo, él es Elías, que había de venir. El que tenga oídos que oiga”. Más adelante también dijo: “Elías ha venido ya, y no le reconocieron; antes hicieron con él lo que quisieron”. Esta aparente contradicción en realidad no es tal. Imaginemos que en otra encarnación hemos sido un centurión romano pero nosotros, lógicamente, no nos acordamos y, si alguien nos lo preguntara, lo negaríamos. Pero un gran vidente sí puede saberlo y afirmar algo sobre nosotros que ni nosotros mismos sabemos a nivel consciente.

Después de curar Jesús a un ciego de nacimiento, los apóstoles le preguntaron si ese ciego había pecado para que naciera ciego. Dicha pregunta lleva implícita la creencia en que el alma existe “antes” de nacer en el plano físico. “Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo” (Evangelio de San Juan 8, 13).

El tema de la reencarnación fue tratado para su aprobación en el Concilio de Constantinopla del año 553. El emperador Justiniano se oponía tajantemente a la aprobación de dicha idea y, para impedirlo, apartó del concilio a los obispos partidarios de aprobarla y al propio Papa, pues éste también era favorable a su aprobación. Finalmente, se adoptó una solución intermedia: se creó la noción del “purgatorio” y se impuso como dogma de fe.

De todas formas, lo cierto es que el concepto del purgatorio es lo suficientemente ambiguo como para no descartar de plano el concepto de reencarnación. En cualquier caso, lo importante es lo que tanto el uno como el otro tienen en común. Es decir, que nuestro proceso de purificación, de una u otra forma, continúa más allá de nuestra presente existencia.

.....

La figura de Jesucristo –y el contenido de su mensaje- ha resultado vital para elevar la vibración espiritual de la humanidad. Sin embargo, la interpretación eclesiástica de los evangelios, tan cerrada y esclava de sus dogmas y manipulaciones, ha hecho que se haya perdido la perspectiva con respecto a la clave de su mensaje salvador.

Como ya sabemos, la Ley de la Causa y el Efecto es infalible y, como consecuencia, la Ley del Karma también. El modo en que actuamos en la vida tiene consecuencias que, antes o después, nos alcanzarán para bien o para mal. *No como un castigo, sino como una consecuencia natural.*

Determinados por la Ley del Karma, nuestra evolución como almas encarnadas resulta ser más un círculo vicioso que un auténtico progreso espiritual liberador.

Pero Jesucristo nos aportó la solución para escapar del estancamiento de la Ley del Karma: el Perdón. Jesucristo nos enseña que hemos de perdonar “hasta setenta veces siete”, es decir, indefinidamente.

Su ejemplo de vida, su mensaje, el valor espiritual de su sacrificio supremo por amor a nosotros y su gloriosa resurrección. Todo ello tenía y tiene un principal objetivo: establecer una Nueva Alianza en la que, por medio del perdón, podemos superar o “burlar” la Ley del Karma.

Si sufro una agresión y perdono de corazón al agresor, tal como Jesús nos recomendó, entonces libero al agresor de su deuda y acumulo para mí méritos espirituales. También yo puedo quedar liberado de una deuda si la persona agraviada por mí decide perdonarme.

En realidad, el perdón sigue estando bajo la influencia de la Causa y el Efecto. El efecto originado por una acción queda anulado como “efecto” de que hemos perdonado a la persona que causó la acción que perdonamos.

Jesucristo, en el instante supremo de su muerte en la cruz, dijo: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Y se refería a todos nosotros, a toda la humanidad y, por ser quien era y por el buen ejemplo que había dado, su Padre –nuestro Padre- le oyó y nos perdonó. Y desde entonces, todos aquellos que son conscientes del poder del perdón y lo ponen en práctica, pueden liberarse del karma y progresar espiritualmente con mayor facilidad y rapidez.

Porque Dios es Amor y el perdón es fruto del amor. Hace falta mucho amor para poder perdonar de verdad los agravios.

“El perdón rompe la cadena de causalidad, porque quien te *perdona*, por amor, asume la consecuencia de lo que tú has hecho. Por consiguiente, el perdón siempre implica sacrificio” (Dag Hammarskjöld). Todos cometemos errores, todos necesitamos perdonar y ser perdonados.

Durante su vida pública, Jesús hizo muchos milagros, pero ninguno fue para vanagloriarse. Fue el amor lo que le movió a realizarlos, a perdonar a los pecadores y a criticar (que no a condenar) a los egoístas, intransigentes y duros de corazón. “Amad a vuestros enemigos”, “el que esté libre de pecado que tire la primera piedra”, “misericordia quiero y no sacrificio”, “el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido”. Frases como esas nos indican claramente el Camino hacia la salvación (nuestra salvación frente al propio ego), es decir, hacia la plena realización del alma.

Solamente una cosa dijo Jesucristo que no nos podía ser perdonada: el pecado contra el Espíritu Santo. Dicho de otro modo, puesto que el Espíritu Santo es el Alma Realizada de cada uno, y el propósito de Dios es que cada alma encarnada alcance dicha realización, cuando nuestras intenciones vayan en la dirección equivocada, no habrá más remedio que rectificar hasta

reincorporarse al camino correcto. Si estás en Nueva York y tienes que llegar a Montreal, *no puedes* ir hacia Miami.

En la época en que Cristo vivió, lo tradicional era ofrecer sacrificios de animales como ofrenda a Dios. Sin embargo, Jesús, en la última cena, cambia el rito y establece la Nueva Alianza. Él se ofrece como cordero de sacrificio para redimir a toda la humanidad. Al comparar el pan y el vino con su cuerpo nos da a entender que todo lo creado, en realidad, proviene de la misma fuente y está unido entre sí. Finalmente dice: “bebed y comed”, lo que, en el lenguaje metafísico, equivale a “pensar y meditar”; es decir, nos pide que reflexionemos, asimilemos y pongamos en práctica todo aquello que nos ha enseñado.

Jesucristo, con su ejemplo y enseñanzas, nos señala la mejor forma de entrar en el reino celestial. Hoy, las investigaciones sobre las experiencias cercanas a la muerte y las regresiones hipnóticas hechas bajo parámetros fiables, concluyen que todo el mundo “atisba” el plano celestial después de su muerte. Por lo tanto, hemos de entender que cuando Jesús, con un lenguaje adaptado a la doctrina de su tiempo, habla de “entrar” se está refiriendo a “sentir plenamente”. Quizás por eso nos indica también que en el Reino de su Padre existen muchas moradas.

“No juzguéis y no seréis juzgados”. “Venid a Mí y yo os aliviaré” ¿Cómo ha asimilado la Iglesia esa doctrina? La inquisición y la excomunión, por ejemplo, justamente manifiestan la actitud contraria a lo que el Mesías predicó.

Jesucristo, al parecer, también dijo a sus apóstoles que “a quien perdonareis los pecados, les serán perdonados, a quienes se los retuviereis, les serán retenidos”, pero esa frase no es un mandato sino, sencillamente, la formulación de una mejor interpretación de la causa y el efecto tras la Nueva Alianza que, por medio de Él, se estableció entre Dios Padre (y Madre) y el resto de la humanidad.

La Iglesia Católica decía que los niños que mueren sin bautizar van al limbo. Después cambió de criterio y decidió que van directamente al cielo. Entonces ¿Qué pasa con todos los niños que murieron sin bautizar antes de ese cambio de criterio? ¿Dónde están? ¿Qué es el limbo?

En su día, la Iglesia excomulgó a Lutero y, posteriormente, le levantó la excomunión ¿Quiere eso decir que Lutero se ha pasado alrededor de trescientos años en el infierno y luego ha salido de él?

¿De veras podemos creer que esas y otras decisiones, como la de que sea pecado mortal no acudir al rito de la misa cuando está marcado,

Jesucristo las hubiera tomado; o son herederos legítimos de Cristo los que las toman?

San Pablo realizó una frenética labor evangelizadora, principalmente porque estaba convencido de que “la segunda venida de Cristo” era inminente, podría ocurrir en cualquier momento y él creía que, seguramente, llegaría a verla. Es evidente que se equivocó. Incluso los mensajeros espirituales pueden malinterpretar el mensaje divino por la interferencia de una limitada perspectiva, más acorde con la mentalidad de la época que les haya tocado vivir.

Que San Pablo se equivocara con respecto a la inminencia de la segunda venida de Cristo, implica que fácilmente pudo haberse equivocado también en su interpretación de otros aspectos del mensaje evangélico. Lo más curioso del caso es que, el cristianismo actual, parece estar más basado en las creencias de San Pablo que en un estudio imparcial, y liberado de antiguos dogmatismos, de las palabras de Jesús.

Los cristianos siguen creyendo literalmente en esa segunda venida de Cristo, que descenderá con gloria desde el cielo a la tierra. Analicemos ahora el símbolo de la Era Acuario: una persona que, desde el cielo, arroja agua vivificante a la tierra. ¿No son conceptos similares? ¿Acaso no es en esta época cuando se está reinterpretando –interpretando más correctamente, en mi opinión- las enseñanzas del Mesías?

Quiero dejar claro que la comparación entre la “segunda venida de Cristo” y la Era Acuario no es una afirmación por mi parte, es sólo una lícita hipótesis de trabajo que aquí quiero manifestar, para demostrar que, respetando los principios morales sólidos y universales, se puede tener una mayor amplitud de miras con respecto a otros conceptos de ámbito estrictamente doctrinal.

La estrechez de miras de la Iglesia y de las religiones en general hace que, atrapadas en sus dogmatismos, no sepan ver el aire fresco que la nueva espiritualidad aporta a la humanidad. Que en vez de “temor de Dios” ha llegado el tiempo de vivir y sentir el “amor de Dios”.

No obstante, estas críticas no van dirigidas en modo alguno a todos aquellos religiosos y seguidores de buena fe de cualquier religión. Todo aquello que sirva para acercar al hombre a Dios es correcto. Cualquier rito, oración o costumbre que ayude al ser humano a sentirse más cerca de Dios está bien. Sólo es mi intención dejar constancia de que ahora tenemos a nuestra disposición una visión más positiva y espiritual de la que, tradicionalmente, nos servía de guía.

.....

Cabe deducir, por consiguiente, que el llamado pecado original, en realidad, no es una maldición bíblica sino que forma parte de la programación con que fue configurada el alma, dentro del ser humano, para poder experimentar y, de esa manera, cumplir el plan de Dios. Básicamente consistió en que la posibilidad, fruto del libre albedrío, de tomar una decisión equivocada con respecto a algún aspecto moral, se materializara.

“El único modo de superar una prueba es realizarla. Es inevitable”  
(anciano Cisne Negro Real).

“Sois dioses” (Evangelio de San Juan 10, 34). No es obediencia lo que, principalmente, Dios espera de nosotros. Lo que espera es que nuestra evolución se desarrolle de forma tal que acabemos reconociendo quiénes somos y nos perfeccionemos, como consecuencia del deseo del alma por dar la versión más sublime de Quien Es.

Tradicionalmente se ha creído, probablemente con bastante razón, que el ser humano no estaba preparado para ejercer su libertad sin que, de sus

errores, se desprendieran nefastas consecuencias sociales. Para evitar esas fatales consecuencias, a los líderes políticos y religiosos de la antigüedad, en vez de invertir esfuerzos en mejorar el conocimiento y educación de su pueblo, les resultaba más conveniente prohibir y dictar leyes que sus súbditos debían, necesariamente, obedecer.

En el antiguo Egipto, el gato y el escarabajo –entre otros animales- eran considerados sagrados y nadie podía matarlos. En realidad, la proliferación de esos animales, por distintos motivos, representaba un enorme beneficio para el desarrollo de la riqueza agrícola egipcia. Resultaba más fácil prohibir su muerte que explicar las motivaciones económicas que se escondían tras la declaración de animales sagrados. Como muy bien analiza Marvin Harris en su libro *Vacas, cerdos, guerras y brujas*, el mismo proceso se ha repetido una y otra vez en diferentes culturas: Las vacas sagradas de La India, la prohibición de comer cerdo por parte de los musulmanes... También, tras el exceso de represión sexual y la regulación de la moral pública, se esconde el intento paternalista de los dirigentes sociales para que un determinado modelo de estructura social se mantenga estable.

Cuando se descarta la opción de convencer al pueblo con razones, seguramente por falta de verdadera autoridad moral, queda, como opción infalible, el infundir temor.

Entonces se crean mitos y se hace creer a la gente en la existencia de un castigo eterno, en la existencia de un ser maligno opuesto a los planes de Dios y que busca nuestra perdición espiritual, porque se alimenta de la energía negativa que se desprende de nuestros pecados. De esa manera, con el temor que inspira la invención del diablo, se consigue que la gente se vuelva dócil y obediente. Pero con ese tipo de obediencia (la obediencia sin convicción) el ser humano no puede alcanzar la iluminación que el alma ha venido a buscar.

Existe la causa y el efecto pero ¿para qué querría Dios-Amor castigarnos con el infierno eterno? Es tremendamente ilógico y desproporcionado. ¿Acaso una buena madre mataría a su hijo por suspender los exámenes? Santa Teresa dice: “si el diablo pudiese amar, dejaría de ser malo”. Pero el diablo, como hijo de Dios, tiene libre elección ¿Por qué se supone que está determinado a oponerse eternamente a los planes del Creador? ¿Acaso no puede llegar algún día a arrepentirse?

El mal existe como opción y la energía negativa generada por esa opción es una realidad también. El infierno y el diablo son figuras simbólicas para representar la infelicidad y la maldad humanas, pero, cuando separamos los mitos creados para infundir temor de la lógica y la realidad, la teología que los sustenta es obsoleta y ya no nos resulta creíble.



El Árbol de la Vida nos pertenece por herencia y el Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal fue necesario probarlo para evolucionar. Pero el motivo para experimentar es aprender y progresar, por lo tanto, no hace falta estancarnos reviviendo constantemente lecciones que ya hemos aprendido. Incluso podemos aprender (saber completamente) por observación y experiencia ajena. No necesitamos tirarnos de un séptimo piso para saber lo que probablemente sucedería.

El redescubrimiento de nuestra verdadera naturaleza, y de que los placeres espirituales proporcionan mayor satisfacción que los físicos, es lo que consigue liberar al ser humano de su adicción por los placeres mundanos y las conductas inadecuadas.

El “alma anhela la experiencia suprema de sí misma que pueda imaginar” (*Conversaciones con Dios*. Neale Donald Walsch). No hace falta volver a experimentar algo cuando ya lo hemos comprendido y superado, sólo hace falta “recordarlo” y disfrutar, aplicar y cuidar el elevado sentimiento que hemos conseguido alcanzar.

“Que cada acto mío sea algo bello para Dios”.

**Teresa de Calcuta**

## **6**

### **EL SENTIDO DE LA VIDA**

Cuando afrontamos la vida pensando que Dios no existe, sentimos que nuestra existencia carece de sentido.

Desde un punto de vista estrictamente ateo, realmente carece de importancia si hemos llevado una existencia brillante o gris, heroica o vergonzosa. Después de todo, nadie es más que nadie pues, por mucho que un hombre valga, nunca tendrá un valor más alto que el de ser hombre; y a todos nos aguarda al final la misma suerte: la extinción de la muerte.

¿Qué podemos esperar de una vida vacía? ¿A qué podemos aspirar si al final nada tiene sentido?

Por el contrario, cuando hemos alcanzado la convicción personal de que Dios existe y dentro de nosotros hay un alma que tiene trascendencia, la vida se observa desde un punto de vista bien diferente.

Si la vida tiene trascendencia, necesariamente la vida tiene al menos un sentido: trascender. Y esa sola garantía es suficiente para que nuestro ego se sienta aliviado. Pero nuestra alma sabe que nuestra existencia ha de obedecer a unos designios más profundos.

Para entender verdaderamente el sentido de nuestra vida, antes hemos de intentar comprender, en la medida de nuestras posibilidades, las “intenciones” que para con nosotros tiene el Creador.

Dios -el Ser Autoexistente sin principio ni final- nos ha dotado de capacidad de amar, libre albedrío y poder mental, además de compartir con nosotros su don de la eternidad.

Por consiguiente -aunque no entendamos la existencia de Dios y sus designios nos sean inescrutables- sabiendo que Dios y el Amor se contienen el uno al otro y son inseparables, podemos estar seguros de que hay un destino preparado para nosotros y ese destino, sin duda alguna, es positivo. De nosotros depende aceptarlo y saber encontrar el camino adecuado para alcanzarlo.

Poseer esa convicción sosiega a nuestra alma pero, al mismo tiempo, le da una responsabilidad de la que se creen exentos los espíritus más escépticos: hacer un buen uso de los dones divinos concedidos.

.....

La dimensión terrenal aparece ante nosotros como la confluencia de dos fuerzas antagónicas: el Orden y el Caos. El Caos siempre está al acecho y acude sin que le llamen. El Orden, por su parte, requiere ser invocado y que nuestra voluntad se mantenga enfocada hacia él.

Si plantamos una semilla en una maceta pero no la cuidamos, más pronto que tarde se morirá. Pero si la regamos, la cuidamos y tenemos la habilidad para darle las condiciones óptimas para su desarrollo, entonces florecerá y nos enriquecerá interiormente con su belleza.

Nosotros somos como semillas que la Voluntad Divina ha creado y quiere ver florecer. Pero no somos semillas de flores sino de seres divinos y, por lo tanto, tenemos nuestro propio poder y libre voluntad para decidir en qué especie queremos convertirnos y qué aroma, tamaño y aspecto queremos desarrollar.

Tenemos tendencia a pensar que, si nosotros fuéramos Dios, hubiéramos encontrado la manera de evitar el sufrimiento en este mundo, pues aunque desde la perspectiva eterna y espiritual el sufrimiento represente sólo una ínfima etapa temporal, no deja por ello de mortificarnos enormemente mientras lo padecemos.

Pero un universo que evita el sufrimiento es también un universo que coarta la libertad y, sin libertad, no podríamos desarrollar nuestra personalidad. Por consiguiente, se nos negaría la oportunidad de llegar a conocernos a nosotros mismos y, por lo tanto, de evolucionar voluntariamente hasta sentir el sublime gozo de estar en armonía con el Creador.

Se sufre mientras se aprende. Al sufrir también se aprende. Pero cuando algo positivo se aprende bien, al final se puede gozar de lo que hemos aprendido.

No obstante, cuando el sufrimiento que padecemos en la vida se hace *insufrible*, es comprensible que ningún argumento pueda darnos el suficiente consuelo para evitar caer en sentimientos como la tristeza, la rabia o la impotencia. Hace falta alcanzar un alto grado de *desapego* para poder, mínimamente, entenderlo con más perspectiva. Entender que también necesitamos experimentar esos sentimientos y, pese a ello, mantener la determinación de no desviarnos de nuestro camino. “Porque todos han de ser salados al fuego...Tened sal en vosotros, viviendo en paz unos con otros” (Evangelio de San Marcos 9, 49-50).

*“Tenemos que dejar de hacernos preguntas sobre el significado de la vida y, en vez de ello, pensar en nosotros como seres a quienes la vida les inquiere continua e incesantemente. Nuestra contestación tiene que estar hecha no de palabras ni tampoco de meditación, sino de una conducta y una actitud rectas. En última instancia, vivir significa asumir la responsabilidad de encontrar la respuesta correcta a los problemas que ello plantea y cumplir las tareas que la vida asigna continuamente a cada individuo” (Victor Frankl, psiquiatra y superviviente de los campos de concentración nazis).*

El don del libre albedrío no se comprende si los seres humanos no han sido creados por Amor y destinados a vivir unidos en Él. Ese mismo amor requiere respeto a las decisiones individuales, aunque sean equivocadas, y exige un proceso de perfeccionamiento de nuestra personalidad para poder gozar de estar en sintonía con la Voluntad Divina.

Todo lo que se requeriría para que el mundo fuera un lugar armonioso y paradisiaco es, simplemente, que cada ser humano fuera capaz de “amar y usar sin abusar” de los dones concedidos por Dios: directamente o a través de la Naturaleza.

Pero, para que la Humanidad sea capaz de alcanzar ese nivel de compromiso ético, antes ha de ser capaz de quitarse el velo de la ignorancia espiritual que le impide descubrir su verdadera naturaleza.

.....

*Preguntaba un monje: “Todas estas montañas y estos ríos y la tierra y las estrellas... ¿de dónde vienen?”*

*Y preguntó el Maestro: “¿Y de dónde viene tu pregunta?”*

El principal obstáculo para descubrir la dimensión espiritual por nosotros mismos radica en la incapacidad de liberar a nuestro ego de miedos, prejuicios y, como consecuencia, de actitudes inadecuadas que nos incapacitan también para saber buscar en nuestro interior las respuestas.

Vivimos en un mundo que no puede colmar nuestras más elevadas ansias. Un mundo de necesidades insatisfechas, de dependencias físicas y psicológicas innegables. Un mundo que nos desequilibra y nos produce inseguridad.

El drama del ser humano es que, al ser plenamente consciente de lo que significa la muerte –a diferencia de los animales-, la dimensión terrenal no le es suficiente. En el fondo de su ser, el ser humano aspira a mucho más de lo que esta vida material puede ofrecernos.

La humanidad añora las cualidades espirituales que embellecen la vida pero no las ama lo suficiente como para consagrarse a ellas.

No todo el mundo ha alcanzado la sensibilidad suficiente para poder decir, como hizo Immanuel Kant, “hay dos cosas que nunca dejan de asombrarme, el cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral en mi interior”.

En nuestra debilidad, nos resulta más fácil aferrarnos al egoísmo, el materialismo y la vanidad que dedicarnos a cultivar en nosotros la ternura, la humildad y la fraternidad.

Por otro lado, del ejemplo y la educación que diariamente recibimos de los demás, aprendemos que tenemos más posibilidades de obtener triunfos materiales siendo egoístas y competitivos que actuando con nobleza. Cuando nos rendimos ante esa escala de valores, también nosotros damos el mismo mal ejemplo a nuestros semejantes creando, de ese modo, un círculo vicioso del que no resulta fácil salir y, al mismo tiempo, que nos deja íntimamente insatisfechos.

Cada vez que triunfa el materialismo, triunfa también el escepticismo y perdemos capacidad de inocencia e ilusión.

Así, por debilidad, ignorancia o falta de confianza en nuestra capacidad de superación y afectividad, nos dejamos tentar y contaminar por valores que atrofian nuestra sensibilidad y podemos llegar a sentirnos más atraídos por la belleza física que por la espiritual. Es como si, en una pieza musical, nos fascinara más la perfección del sonido que la magia que nos trasmite la melodía.

La gran prueba del ser humano, al enfrentarse a sus dudas existenciales y a la presión de los demás, es, pese a todo, saber ser fiel a aquellas fuentes de energía positiva que limpian y enriquecen afectivamente la vida, frente a aquellas otras que la ensucian y la envilecen.

Si no sabemos volver a vivir con sencillez, nobleza y humildad, nunca nos sentiremos interiormente satisfechos, tengamos lo que tengamos.

*El sannyasi había llegado a las afueras de la aldea y acampó bajo un árbol para pasar la noche. De pronto llegó corriendo hasta él un habitante de la aldea y le dijo: “¡La piedra! ¡La piedra! ¡Dame la piedra preciosa!”*

*-¿Qué piedra? –preguntó el sannyasi*

*-La otra noche se me apareció en sueños el señor Shiva –dijo el aldeano- y me aseguró que, si venía al anochecer a las afueras de la aldea, encontraría a un sannyasi que me daría una piedra preciosa que me haría rico para siempre.*

*El sannyasi rebuscó en su bolsa y extrajo una piedra*

*-Probablemente se refería a ésta dijo, mientras entregaba la piedra al aldeano-. La encontré en un sendero del bosque hace unos días. Por supuesto que puedes quedarte con ella.*

*El hombre se quedó mirando la piedra con asombro. ¡Era un diamante! Tal vez el mayor diamante del mundo, pues era tan grande como la mano de un hombre.*

*Tomó el diamante y se marchó. Pasó la noche dando vueltas en la cama, totalmente incapaz de dormir. Al día siguiente, al amanecer, fue a despertar al sannyasi y le dijo:*

*-No quiero el diamante. Dame la riqueza que te permite desprenderte con tanta facilidad de él.*

Sentir desapego por los valores mundanos nos ayuda a poder renunciar a ellos. Desapego no significa odio. Ni la renuncia implica necesariamente sacrificio, sino dar prioridad a nuestra búsqueda de la realización personal.

Hemos de llegar a comprender y “sentir” claramente que nuestra vida física tiene preferentemente un sentido espiritual. El objetivo es sencillamente que, con la experiencia y nuestra libre voluntad, la chispa de nuestro amor divino se fortalezca y logre triunfar sobre nuestra debilidad egoísta.

Pero la tensión de la lucha interna y la represión no es el camino adecuado para alcanzar ese objetivo.

Hemos de aprender a juzgar las cosas por el “sabor” que dejan en nuestra conciencia.

Los vicios y las adicciones son irresistibles cuando la única alternativa que podemos ofrecer ante ellos es un desasosiego o vacío interior. Por otra parte, toda tentación se combate eficazmente cuando se encuentra un aliciente de naturaleza superior.

Todo aquello que nos atrae porque excita a nuestro egoísmo o nuestros instintos, nunca logrará saciarnos: siempre necesitaremos más. La sensación

que provoca en nuestra conciencia el apego a esos placeres, es la de un desagradable y degradante fuego infernal. Porque las tentaciones, en realidad, reflejan un deseo de ser algo que no somos: que nuestro ser divino no es.

En cambio, todo aquello que es capaz de hacernos vibrar de emoción: la ternura, la nobleza, la humildad ante la belleza de la energía espiritual; nos purifica el alma y nos hace sentir en armonía con esa energía espiritual.

¡Si afrontamos la vida con la actitud de que lo que no es espiritualmente romántico no nos interesa, nuestro espíritu conocerá la alegría y gozará de paz!

Aunque hayamos perdido la inocencia, seguimos teniendo la oportunidad de recuperar la dignidad.

Si preferimos vivir en un paraíso celestial, antes ha de llevar cada uno el cielo dentro de sí.

A fin de cuentas, para merecer ser feliz hay que tener la valentía de aceptar el reto de santificar nuestra divinidad, anteponiendo la dignidad espiritual al orgullo personal, hasta conseguir impregnarnos del gozo de sentirnos amados mercedamente por Dios.

.....

El frío es la ausencia de calor. El hambre suele indicar falta de alimentación. La enfermedad, a su vez, es causada por una carencia, contaminación o descontrol de la energía física, emocional o mental positiva: a la que llamamos salud. Asimismo el sentimiento de soledad se debe, generalmente, a unas necesidades afectivas que han quedado insatisfechas.



De la misma manera, el Mal es la ausencia del Bien y, el sufrimiento, es la carencia de la suficiente felicidad.

Dicho de otro modo, cuanto más alejados estamos de Dios, más alejados estamos también de nuestra propia realización y más sufrimos.

Desde el punto de vista espiritual, nuestro enfrentamiento con las limitaciones materiales y la opción de elegir el Mal libremente -junto con la imposibilidad de escapar a la Ley de la Causa y el Efecto-, forma parte de nuestro proceso de aprendizaje colectivo e individual.

La experiencia que podemos adquirir en esta vida al enfrentarnos a sus desafíos es la mejor manera de llegar, mediante la propia convicción, a la realización personal y, finalmente, a la unión con las virtudes de Dios.

*El rabino Zusya era un sabio piadoso y respetado. Se cuenta que, cuando se encontraba en su lecho de muerte, empezó a sollozar. Los fieles que le rodeaban estaban perplejos.*

*-Rabino ¿por qué lloras? –se aventuró a decir uno de ellos- ¡Si alguien tiene reservado un lugar en el cielo, ése eres tú!*

*El sabio giró la cabeza hacia sus amados seguidores y empezó a hablar con suavidad:*

*-Si cuando esté ante el juicio divino me preguntaran: “Zusya, ¿por qué no fuiste un Moisés?”, no vacilaré en responder: “No nací Moisés”. Si me preguntan: ¿Por qué no fuiste un Elías”, hablaré con seguridad y contestaré: “Porque yo no soy Elías”. Lloro, amigos míos, porque hay una pregunta que temo que me hagan: “¿Por qué no fuiste Zusya?”.*

Son las dificultades las que nos obligan a obtener el suficiente Valor para hacerles frente. Son las desigualdades y las injusticias las que ponen a prueba nuestra capacidad de Generosidad y Comprensión. Es la inseguridad la que pone a prueba a nuestra Nobleza, pese a todo. Del cansancio frente a los errores y la falsedad nace el amor a la Verdad. Del constante sufrimiento y las tensiones surge el anhelo de Paz. Es la frustración que siente el ego cuando se convence de que, por mucho empeño que ponga, nunca alcanzará a sentirse totalmente satisfecho, lo que acaba generando la Ilusión por encontrar al verdadero Yo espiritual.

Es por ello que la imperfección, la injusticia, el placer, el dolor y el enfrentamiento con nuestro lado oscuro, son herramientas que utiliza el Creador para que podamos alcanzar el fin superior de la gozosa “reunión” con la Fuente del Amor.

.....

Simplemente cambiando el enfoque con el que miramos el mundo que nos rodea y a nosotros mismos, podemos cambiar nuestra forma de entender la vida y, como consecuencia, nuestra forma de pensar, de sentir y de actuar.

Desde el punto vista espiritual, el afán de posesión, la arrogancia ante los demás o la falta de respeto, etc., no son virtudes sino defectos. Tal vez nos puedan consolar o hacer sentir falsamente importantes por un tiempo, pero nos impiden amarnos realmente a nosotros mismos y, por lo tanto, nos impiden sentirnos internamente satisfechos.

Hay que tener claro que el egoísmo es algo muy distinto a lo que usualmente entendemos por “amarse a sí mismo”. El amor a uno mismo predispone positivamente hacia el amor a los demás, pero cuando el egoísmo manifiesta su insaciable deseo de protagonismo, crea desasosiego interno y enemistad a su alrededor.

Hemos de procurar no olvidar nunca que estamos hechos a “imagen y semejanza” de nuestro Creador. Eso significa que Dios nos ama, comprende nuestras debilidades, valora nuestra lucha y nos espera con los brazos abiertos para cuando estemos suficientemente purificados por la experiencia y el arrepentimiento.

Por lo tanto, tenemos razones de peso para estar alegres y esperanzados. El arrepentimiento no tiene porque llevarnos al abatimiento. La actitud adecuada es aceptar la responsabilidad de nuestros actos, aprender de ellos y, en vez de quedarse estancado en lamentaciones, mirar hacia delante con el propósito de mejorar.

Todo en el universo es energía y, toda esa energía, es de origen sobrenatural. Por lo tanto, si queremos agradar a Dios y sentir la autoestima que de ello se deriva, hemos de saber utilizar con agradecimiento esa energía. Pero no porque sea limitada, que no lo es, sino porque es elevada y, en vez de contaminarla, hemos de respetarla como tal.

También las emociones y los buenos sentimientos (amor, ternura, compasión, etc.) son de origen espiritual y, por lo tanto, hemos de procurar disfrutar de su belleza celestial con fidelidad a la pureza de su naturaleza divina.

Quien vive la vida con humildad sabe interpretar la Voluntad de Dios y, de esa manera, no estropea la magia de todo aquello que nos emociona.

Humildad no significa sentirse inferior o renunciar a luchar por lo que es noble. La humildad verdadera te hace amar sin egoísmos, desear lo mejor para los demás, respetar, aceptar de buen grado las circunstancias inevitables, ser agradecido, buscar la concordia y sentirse alegre por saber que Dios está contigo.

Como solía decir un entrañable ermitaño que vivió en el levante español:

“Dejad a Dios ser Dios  
y haced lo que Dios manda.  
¿Qué manda Dios?  
Amar con toda el alma”.

En resumen, para sentirnos bien con nosotros mismos y tener paz, hemos de fomentar en nosotros el fervor y el anhelo de, con nuestra actitud, estar en armonía con la santidad de la vibración espiritual.

No dejes que termine el día sin haber crecido un poco.

**Walt Withman**

## **7**

### **LA LUZ INTERIOR**

El objetivo de cada individuo es su felicidad y ese concepto es un sentimiento. El sentimiento es, a la postre, lo que de verdad tiene importancia y trascendencia para nosotros.

La energía física y la mental están al servicio de la energía emocional y, según qué clase de sentimientos predominen en nosotros, nos comportaremos de una forma u otra.

En los sentimientos inadecuados reside el fracaso del ser humano.

Pero, pese a todo, nosotros poseemos siempre el poder de elegir que camino queremos seguir. Qué clase de energía queremos absorber e irradiar.

Quien elige hacer mal uso de la energía del amor la desgasta. Y los hechos demuestran que, hoy por hoy, es demasiada la gente que prefiere anteponer los intereses y prejuicios, emanados de su egoísmo, al sentimiento de amorosa fraternidad entre los seres humanos.

Desgraciadamente, podemos examinar desapasionadamente el mundo que nos rodea y observaremos la realidad de ese fracaso. ¿Qué clase de mundo hemos creado con nuestra inteligencia? ¿Por qué los avances científicos no nos han hecho más felices? ¿Cómo hemos podido permitir que la sociedad degradara su nivel de vida afectivo? Eso es lo verdaderamente importante.

Elegir dar rienda suelta a nuestro egoísmo y nuestro orgullo es muy humano pero, esclavizados por su influjo, degradamos paulatinamente nuestra sensibilidad y, con ella, el valor de la afectividad.

Todos necesitamos sentir afectividad. Fácilmente aprendemos a exigirla pero, con demasiada frecuencia, rehusamos aceptar el compromiso que conlleva esa exigencia. Y cuando no se está dispuesto a dar aquello que se quiere recibir, incluso aunque se triunfe en el amor y en la vida, no podemos evitar que la molesta sensación de no estar en armonía con nuestra conciencia se haga patente.

*La voz de la conciencia es tan delicada que resulta fácil ahogarla, pero es también tan clara que resulta imposible confundirla” (Madame de Staël).*

El apego a los valores y placeres mundanos embota nuestra sensibilidad, y nos impide tomar conciencia y desarrollar nuestros dones espirituales. Al mismo tiempo, la suma de momentos gozosos no garantiza la felicidad si, en el fondo, permanece la sensación de desasosiego interior.

Sin la aparición del egoísmo nunca hubiera surgido la infelicidad porque el desagrado, la vanidad, la incompreensión, la insolidaridad y todas sus nefastas consecuencias no hubieran podido abrirse paso.

El ser humano ya ha demostrado que, con su desmedida ambición, es capaz de destruir el paraíso espiritual, terrenal y afectivo. Pero cada día es un nuevo comienzo que le permite demostrar, individual y colectivamente, que también es capaz de reconstruirlo; sabiendo encontrar, cada uno según sus posibilidades, la mejor forma de embellecer la vida.

.....

*“Lo único que se necesita para que triunfe el mal es que los hombres buenos no hagan nada” (Edmund Burke).*

En este mundo triunfaría la justicia el día en que, cada uno de nosotros, reaccionara de igual manera ante la injusticia ajena a como reaccionamos ante la nuestra. Así que, siendo razonables, no parece probable que esta dimensión terrenal sea el lugar idóneo para que pueda materializarse un paraíso. En este mundo se halla el camino pero no la meta.

El idealismo no está reñido con el realismo. Es lógico decepcionarse ante las adversidades o situaciones injustas, pero tampoco podemos pretender cargar el peso del mundo sobre nuestras espaldas. De nada sirve preocuparse por cosas que están fuera de nuestro ámbito de influencia y sobre las que no tenemos control. Nuestro esfuerzo ha de centrarse, en primer lugar, en impedir que la negatividad que nos rodea contamine nuestra capacidad de romanticismo espiritual y, en segundo lugar, en contribuir a mejorar aquellas situaciones que sí están dentro de nuestro ámbito de influencia.

Al fin y al cabo, todo lo que tenemos de verdad son nuestros ideales, porque los hemos forjado personalmente y son una cualidad de naturaleza inmaterial. El sentimiento de alegría y paz interior, que se desprende de saber que estamos en el buen camino hacia nuestra realización, depende únicamente de nosotros. De elegir libremente dar prioridad en nuestras vidas al sentimiento del amor.

Obtenemos paz mental cuando somos fieles a los verdaderos valores espirituales, y de ningún otro modo.

Nuestra existencia resulta más agradable cuando nos encontramos a gusto con nosotros mismos. Por el contrario, si estamos disgustados o atemorizados, proyectamos ese desasosiego al exterior y perdemos capacidad para relacionarnos positivamente con nuestro entorno.

La vida vale la pena vivirla por todos aquellos detalles de belleza, simpatía y honradez que uno siempre puede encontrar y que se saborean mejor desde una actitud de limpieza interior, libre de los impulsos negativos.

La felicidad, en definitiva, consiste en saber encontrar, en cada momento, la actitud adecuada o el aliciente necesario para alcanzar la paz de espíritu.

Y si queremos la armonía interna hemos de procurar sentirnos buenos hijos de Dios.

Porque la vida siempre tiene un aliciente espiritual que ofrecernos, si sabemos volverla a mirar con inocencia.

*Cuando el maestro de Zen alcanzó la iluminación, escribió lo siguiente para celebrarlo:*

*“¡Oh, prodigio maravilloso: Puedo cortar madera y sacar agua del pozo!”.*

.....

La sensibilidad es una cualidad del espíritu que consiste en un afán de perfeccionamiento -en los modos de actuar, sentir y conocer las cosas-, hasta que las vibraciones que de estos actos emanen sean armoniosas y dignas para las aspiraciones de nuestra conciencia.

Cuando nuestra sensibilidad eleva algo a la categoría de sagrado, le repele que se envicie y se convierta en sacrílego o profano. Como a quienes aman a los animales les repugna que se les haga sufrir, por el simple hecho de divertirse a su costa.

Ese alto grado de sensibilidad, a nivel colectivo, sólo puede desarrollarse en un ambiente que permita, mediante el uso de la libertad –sin perder de vista la responsabilidad que ella conlleva-, alcanzar la sabiduría. Para lo cual se requiere que la educación recibida nos enseñe *cómo* pensar en vez de *qué* debemos pensar. “El conocimiento se pierde, la sabiduría nunca se olvida” (Neale Donald Walsch).

Pero todas aquellas ideas o actitudes que sirven para ayudar al ser humano a conocerse y realizarse plenamente, tienen muchos y poderosos enemigos. Los grupos de presión dominantes suelen caer en la tentación de tratar de manipular la formación y la información para, de esa forma, lograr encauzar la voluntad de los demás hacia sus propios intereses. Por lo tanto, toda persona no manipulada es siempre una amenaza para quien detenta el poder. Cuando la sociedad queda atrapada en una cultura -mundana o religiosa- que interfiere en la libre experiencia personal, las personas con inquietudes espirituales se sientan desorientadas y la tarea de desarrollar esas inquietudes se vuelve complicada.

La libertad es una presa codiciada y fácil de condicionar por los grupos de presión dominantes. De esa manera, la idea de libertad, encauzada hacia unos valores interesadamente manipulados, se convierte en un espejismo de sí misma que, al fomentar la atracción por la recompensa fácil e inmediata, dificulta enormemente la capacidad de pensar por uno mismo y tener el atrevimiento de ir contra corriente.

Cuando un sistema de valores entra en crisis, por un lado aparece el descreimiento social y por otro, gracias al don de la sensibilidad, el ser humano siente la necesidad de evolucionar hasta que, antes o después, una Nueva Conciencia emerge y llega a ser mayoritariamente aceptada. Pero antes de que ese proceso triunfe, inevitablemente ha de producirse una cruenta resistencia al cambio, pues un cierto porcentaje de la gente no entiende las nuevas ideas ni se resigna a dicho cambio. Además, la naturaleza humana parece más proclive a defender sus ideas utilizando la fuerza para imponerlas. Pero el hecho mismo de querer mantener un sistema de valores apelando a la fuerza en vez de al poder de convicción (y despreciando la libertad individual) indica hasta qué punto el antiguo sistema de valores ha fracasado.

No puede existir una verdadera libertad mientras el ser humano pueda ser manipulado o mantenido en la ignorancia. Pero, hoy por hoy, existe demasiada gente educada equivocadamente para asumir, en nombre de la divinizada libertad (o en contra de ella), unos valores falsos porque están alejados de una visión completa y objetiva de la vida, y del papel que la dimensión espiritual juega en ella.

Más importante que una buena legislación es una correcta educación. Y la clave está en que, el propio ser humano, llegue a tal nivel de evolución que él mismo abandone su conformismo y demande esa mejor formación.

Una educación centrada en formar a un ser humano capaz de desarrollar una personalidad positiva y equilibrada. Una educación que, además de enseñanza de conocimientos, supiera demostrar que la solidaridad



es más beneficiosa psicológicamente que la competitividad sistemática. Una educación que, en contraposición a los desequilibrios y perjuicios personales que causa el egoísmo exagerado, hiciera hincapié en los beneficios internos de desarrollar, más allá de la simple ética, los valores que se derivan de la afectividad: la alegría interna, la justicia social y la paz fraternal.

.....

Cuando al temperamento de una persona le apetece algo que su sensibilidad no acepta, surge un conflicto interno. Una persona fácilmente irritable, por ejemplo, pero que desaprueba esa faceta de su personalidad porque reconoce que es mejor ser pacífico, se enfrenta, en mayor o menor medida, a un conflicto interior.

Pero los conflictos sólo desaparecen de verdad cuando uno logra desentrañar su causa última; no basta simplemente con querer que desaparezcan.

La conducta del ser humano está muy influenciada por los reflejos condicionados, de tal forma que nos sentimos fuertemente atraídos por todo aquello que, según cada temperamento, active en nosotros la ilusión de poder obtener aquello que anhelamos: alegría, vitalidad, sentirse importante o sentirse amado por quien uno quiere, etc.

La gente suele confundir excitación con alegría y placer cuando, en realidad, toda excitación equivale a irritación y ésta, a su vez, no es más que síntoma de malestar: que se quiere acallar con cualquier cosa que provoque euforia.

Pero toda euforia obtenida a través de la rendición al ego en vez de la obediencia a la sensibilidad, sólo puede ofrecernos breves y artificiales instantes de bienestar, dado que las sensaciones provocadas carecen de la solidez real para proporcionarnos equilibrio y paz.

El deseo o la necesidad de prolongar esas euforias a toda costa genera dependencia y conduce a un círculo vicioso en el que, el reflejo condicionado que la mente ha creado, esclaviza al individuo; que prefiere vivir en la permanente excitación que le enajena de la realidad, antes de enfrentarse con la sensación de suciedad, vacío y depresión que sobreviene cuando no está bajo la influencia de su autoengaño particular.

Mediante la autorrepresión, la férrea disciplina y una incesante lucha interna, tal vez podamos erradicar de nuestra conducta aquellos hábitos que no nos gustan, pero no lograremos triunfar realmente sobre ellos de esa manera.

Las irritaciones, frustraciones, depresiones, los escepticismos, las desesperaciones y adicciones se manifiestan en nosotros en proporción directa a la carencia de consuelo que nuestra alma sienta.

Generalmente, para encontrar consuelo frente a la incertidumbre de nuestra vida y nuestro destino, centramos nuestra búsqueda principalmente en aquellos aspectos externos a nosotros que, dependiendo de nuestro temperamento y nuestras circunstancias, consideramos que tienen la capacidad de proporcionárnoslo. La afectividad, la intelectualidad, la competitividad, las ideologías, el materialismo, el poder, el placer o la huída de la realidad son los típicos refugios a los que el ser humano suele acudir para consolarse.

Cuando esa búsqueda de consuelo y propia aceptación desemboca en caminos inadecuados, el ser humano -en su desesperación- es capaz de cometer las mayores atrocidades para tratar de acallar su sensación de orfandad espiritual.

Así pues, sabiendo esto, hemos de ser más comprensivos con nuestros errores y con los de nuestros semejantes. Hay que saber reconocer en cada ser humano a un hermano que, simplemente, se halla en una diferente fase de evolución espiritual. “Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra”. Podemos rechazar los defectos de la gente pero, al mismo tiempo, hemos de saber ser respetuosos con ella pues, aunque su conducta esté extraviada, en el fondo de cada ser humano reside un alma deseosa de que su mente encuentre el modo de liberarla.

Pero, aún más que obtener consuelo, lo que todos buscamos en el fondo es tener autoestima. La autoestima es una necesidad básica para nuestro ser porque nos proporciona el verdadero consuelo que necesitamos. El consuelo, cuando no va acompañado por la autoestima, es siempre pobre y efímero. La autoestima es, por lo tanto, la causa última que se esconde detrás de todos nuestros actos.

Y para obtener un consuelo personal que además nos dé equilibrio, alegría y paz, necesitamos un tipo de consuelo que, al mismo tiempo, nos proporcione una autoestima con base real.

La única autoestima real y sólida, sin dependencias externas que la puedan hacer tambalear, es la que proviene de sentirse en el camino que nos conduce hacia la armonía con la luz divina.

Es una autoestima que depende únicamente de nosotros: de nuestra sensibilidad y nuestra determinación positiva de ser unos buenos hijos de Dios.

.....

“Si no tengo amor, nada soy” (San Pablo). La sincera amistad, la solidaridad, la caridad, el perdón, la honestidad, el respeto, la gratitud, la humildad, la responsabilidad y un sinfín de cualidades más, mientras el hombre oiga a su corazón, existirán para bien de la humanidad.

No obstante, aunque estemos plenamente convencidos de la conveniencia de dar a nuestra vida un enfoque espiritual para mejorarla, tampoco hay que desdeñar la fuerza que los malos hábitos adquiridos pueden ejercer para resistirse al cambio. Nuestro ego puede presionarnos para que nos desmoralicemos y renunciemos a cambiar aquellos hábitos con los que se identifica, aunque no le proporcionen paz de espíritu.

Por lo tanto, obsesionarse con alcanzar la perfección sólo contribuye a crearnos tensiones innecesarias que pueden hundirnos anímicamente. Es más positivo plantearse nuestra evolución como un proceso continuo de ser mejor día a día. De la misma manera a como en el deporte del tenis se puede ganar a pesar de cometer un cierto número de involuntarios errores.

Cultivar la sensibilidad nos ayuda a vencer esa resistencia. Cultivar la sensibilidad es mucho más importante que imponer o imponernos prohibiciones y leyes y no poder evitar, sin embargo, el ser agresivos y abusivos con nosotros mismos y con cuanto nos rodea.

Desde el enfoque espiritual, no es suficiente con refugiarse en aquellos valores y normas caducos que, en vez de ayudar al hombre a encontrar la verdad, sólo pretenden protegerlo de su maldad, pero no le curan de ella.

El concepto de pudor, por ejemplo, entendido como un rechazo de lo morboso, deshonesto e indigno para nuestra alma, es innato a nuestra condición humana. Por el contrario, su relación con la noción de desnudez es sobre todo cultural. Pues es la actitud la que, principalmente, hace a una conducta obscena o no.

Si comparamos este mundo con el lugar hermoso y paradisíaco que podría ser, es fácil que nos decepcionemos y nos escandalicemos. Sin embargo, si lo concebimos como un lugar de aprendizaje y evolución (y tenemos en cuenta que solemos aprender más de los reveses que de los éxitos), lo comprenderemos mejor y nos agobiaremos menos.

Porque la experiencia y la libertad son necesarias –además de la sensibilidad, la sabiduría y el buen ejemplo–, para darnos cuenta de que no podemos sentirnos bien si nos comportamos espiritualmente mal, y viceversa. Es decir, podemos llegar a sentirnos plenamente realizados si sentimos a Dios y elegimos agradecerlo.

Cuando hayamos logrado que, de manera innata, nos nazca preferir el afecto y la espiritualidad al materialismo, el egoísmo y la vanidad, ya no necesitaremos autocontrolarnos permanentemente. Entonces sabremos hacer buen uso de nuestra intuición para, finalmente, poder vivir y gozar la vida de forma sana y con humildad. Y sabremos extraer del entorno, y de nosotros mismos, la energía positiva, la música, la armonía y la auténtica libertad que nuestra alma anhela.

.....

Se puede argumentar que la decisión de adoptar el camino espiritual, porque hemos descubierto que es lo que más nos conviene, en el fondo es también otra forma de egoísmo. Ciertamente hay una parte de verdad en ello, y hemos de admitirlo.

Ahora bien, hay muchas clases y niveles de egoísmo. No se puede valorar de igual modo a un egoísmo que no tiene reparos en ser injusto con los demás en su propio beneficio, con aquella otra actitud que, aunque comparta una base egoísta, le preocupa la injusticia y trata de beneficiar con su esfuerzo a la sociedad.

Esta última clase de egoísmo ya no es primario sino sutil, meritorio y positivo, porque se ha contagiado con la sensibilidad espiritual y, además, requiere un esfuerzo de buena voluntad el saber acallar la resistencia de nuestro lado más oscuro.

Al llegar a cierto nivel de evolución, los intereses del alma y del ego pueden confundirse y armonizar simultáneamente con la vibración espiritual. El ego se libera de sus recelos cuando se convence de la realidad de la

dimensión espiritual. De esa manera, reconoce a su espíritu como a su verdadero “yo” y puede aceptar más fácilmente ser guiado por ese yo superior: su alma.

El ego surge con el nacimiento y la subsiguiente toma de conciencia de nuestra individualidad. Nuestra misión espiritual en esta vida consiste en conseguir que nuestro lado egoísta se purifique de sus miedos, vanidades y debilidades y consienta en ser un templo de Dios. Cuando se alcanza ese nivel, “el ego y el yo” comparten la misma voluntad de armonizar la conciencia individual con la Conciencia Universal. Por lo tanto, cuando caminamos genuinamente por la senda espiritual, no importa si nuestros pensamientos o nuestros actos son de origen egoísta o espiritual. ¡El ego está domado cuando ha aprendido la lección de la humildad!

El ser humano estará en conflicto consigo mismo mientras, por un lado, busque afirmar su personalidad y, por otro, anhele la fraternidad universal y, por ignorancia o desconfianza, tenga miedo a perder su propia identidad si camina hacia la unión y la hermandad. No se da cuenta de que ese logro, en realidad, supondría la culminación del destino social de la humanidad y, a la vez, que la verdadera realización personal de cada ser humano consiste en sentirse integrado en ese proceso afirmativo del amor.

El hombre es el rey de la creación pero es responsable de sus actos ante su conciencia y ante Dios; y no haría falta aplicar con tanta frecuencia las leyes y reglas sociales si escuchara más a menudo su voz interior.

Una voz que nos dice que debemos oponernos a las injusticias, fomentar la moral que dignifica al hombre, respetar el equilibrio ecológico de la naturaleza y los designios de Dios con respecto al ser humano, aunque tengamos la capacidad de interferirlos.

Cuando la conciencia se viste de humildad, comprende que hace falta más agradecimiento por lo que tenemos y menos obsesión por lo que deseamos, o nos crean la necesidad de desear. Porque consumir no es lo mismo que ser consumista.

Cuando la conciencia es humilde se vuelve sabia, y fácilmente entiende que el auténtico poder radica en los sentimientos y no en las fuerzas de la materia. Cuando estamos tensos, por ejemplo, nos sube la adrenalina y no al revés y, aunque la ciencia pueda medir ese proceso y puntualmente alterarlo, todo aquello que nos hace vibrar y nos emociona no puede ser medido. ¿Cómo se mide la belleza de la ternura, de una música o la sensación que nos produce la fragancia de una rosa?

La conciencia humilde acepta la sabiduría de la obra de Dios en el ser humano y en la naturaleza. Se alegra del sol, asume la tormenta y siente que la fealdad sólo radica en el modo impropio de utilizar los dones con los que la vida nos obsequia.

.....

Espiritualidad, en el fondo, significa simplemente estar enamorado de la obra de Dios. Y la razón para ese enamoramiento hay que buscarla en el reconocimiento y consiguiente sentimiento de admiración hacia el mismo Dios.

Dios nos crea y nos ama mejor que la mejor de las madres sabe hacerlo.

Cuando, pese a todas las dificultades con las que la vida material nos pone a prueba, seamos capaces de comprender esa verdad profunda y sentirnos arropados por ese amor maternal y misericordioso, nuestra luz interior se despertará y, necesariamente, el enfoque que damos a nuestras vidas será más trascendental porque sabremos que, para que nuestra alma pueda rebosar de sana alegría, hemos de lograr vivir en armonía con la vibración espiritual positiva.

Así como el odio, los vicios y los deseos sin amor llevan a la destrucción. El Amor es el Poder Supremo que nos redime y nos conduce hacia la verdadera Vida.

Todo triunfador ha sentido el fracaso alguna vez y sufrido por ello. Lo que lo distingue de los demás es su reacción ante esos reveses.

Tras cada mal paso, tras cada pecado –por grave que sea-, tras cada debilidad que nos defrauda, existe una lección bien aprendida que nos brinda la posibilidad, si queremos aprovecharla, de adoptar la determinación de superar ese error de ahí en adelante.

Antes o después la vida nos pone tan duras pruebas que caemos en la tentación de pensar que Dios nos ha abandonado. Pero no debemos analizar las razones de Dios, sobre todo porque nuestra humildad frente a Él –cualidad espiritual fundamental- va a ser permanentemente puesta a prueba mientras vivamos.

La satisfacción de optar por el camino correcto, especialmente cuando antes se ha experimentado el sufrimiento de hacer lo equivocado, es tan grande que tiene el poder de debilitar la fuerza de las tentaciones.

Es de esa manera, asumiendo nuestros complejos e imperfecciones pero con la intención de pulirlos y corregirlos, como debemos afrontar la ilusionante misión de aumentar progresivamente nuestra capacidad de afectividad, humildad, comprensión y pureza para, haciendo lo correcto y procurando ser fiel al romanticismo sin rebajas, corresponder con amor al amor a Dios.

Lo que cuenta no son las tentaciones que podamos sentir sino la opción elegida, la buena voluntad y el esfuerzo realizado para ser leal a la voluntad divina.

La mejor opción es expresar nuestra naturaleza de Amor y Paz –por duras que sean las pruebas a superar-, porque es lo que mayor y más sólido consuelo nos puede proporcionar.

El amor genuino desea hacer partícipe de sus beneficios a toda la creación, y su fuerza no disminuye por mucho que se reparta entre toda la humanidad.





“La luz no ataca a la oscuridad  
sino que la desvanece con su fulgor”.  
(*Un curso de milagros*. **Helen Schucman**)

## 8

### LA DECISIÓN DE DESPERTAR

En los antiguos vedas está escrito:

Eres como el profundo deseo que te impulsa.  
Tal como es tu deseo, así es tu intención.  
Tal como es tu intención, así es tu voluntad.  
Tal como es tu voluntad, así son tus actos.  
Tal como son tus actos, así es tu destino.

Los sabios e iluminados han conocido desde la antigüedad, bajo enunciados diversos, el principio universal llamado la Ley de la Atracción: “como es arriba es abajo”, “lo semejante atrae a lo semejante”, etc. Básicamente, dichos enunciados significan que no sólo tenemos libre albedrío sino que también tenemos, como hijos de Dios, poder creador.

La Ley de la Atracción es una consecuencia de la Ley de la Causa y el Efecto, y ambas engloban a la totalidad de nuestro ser: los planos físico, mental, emocional y espiritual.

Dios quiere que sus hijos sean felices. Igualmente cada alma aspira a la felicidad de sentirse realizada y, esa misma alma, en el plano físico, también desea legítimamente ser feliz. Previamente, sin embargo, el ser humano ha de estar en armonía con su realidad espiritual y saber utilizar su poder creador.

*Un padre y su hijo estaban caminando por las montañas. De repente, el hijo se hizo daño y gritó:*

*-¡Aaaaaahhhhh!*

*Sorprendido. Oyó como la voz se repetía en algún lugar de la montaña:*

*-¡Aaaaaahhhhh!*

*Con curiosidad gritó:*

*-¿Quién eres?*

*Y la voz le respondió:*

*-¿Quién eres?*

*Se enfadó con la respuesta y gritó:*

*-¡Cobarde!*

*Y la respuesta que recibió fue:*

*-¡Cobarde!*

*Miró a su padre y preguntó:*

*-¿Qué está pasando?*

*El padre sonrió y le dijo:*

*-Hijo mío, presta atención.*

*El padre gritó a la montaña:*

*-¡Te admiro!*

*La voz respondió:*

*-¡Te admiro!*

*Otra vez gritó el hombre:*

*-¡Eres un campeón!*

*La voz respondió:*

*-¡Eres un campeón!*

*El chico se sorprendió, pero no entendió. Así es que su padre le explicó:*

*-La gente lo llama eco, pero la verdad es que es la vida.*

Dentro de nosotros coexisten el consciente y el inconsciente pero, a lo largo de nuestra vida, generalmente nuestra mente consciente es incapaz de penetrar en la subconsciente. Sueño y vigilia permanecen siempre separados. Aparentemente, únicamente en el momento de la muerte podemos, por fin conscientemente, entrar en la dimensión con la que el subconsciente está en contacto.

Nuestra mente consciente nos permite pensar y llegar a conclusiones pero no está directamente conectada con el poder creador del universo. El inconsciente, por su parte, no es racional: se limita a interpretar de forma literal lo que le transmitimos; pero es muy poderoso porque él sí está conectado con ese poder divino.

“Lo semejante atrae a lo semejante”. El inconsciente se alimenta de nuestros pensamientos, actos y emociones y, cuando establece algo como verdad, funciona como un imán al que el universo obedece y le proporciona aquello que ha elegido.

Este poder “mágico” funciona tanto si creemos en él como si no. Como hijos de Dios hemos recibido el poder y la libertad para manifestar en nuestras vidas nuestros más profundos sentimientos, no importa si son buenos o malos, si nos benefician o nos perjudican. Nosotros los hemos elegido y se cumplen según nuestra voluntad.

El pensamiento, y más aún el sentimiento, es creador. Y se hará manifiesto en nuestra realidad en la misma medida en que lo sostengamos como verdad. Podemos impedir que los pensamientos negativos se estanquen en nosotros si no los alimentamos e, inmediatamente, los cambiamos por otros más saludables.

Tanto el poder divino como el amor divino salen de la misma fuente, por lo tanto, esa única fuente también reconoce y recompensa los actos de generosidad desinteresada. Sin embargo, muchas veces nuestras creencias (culpabilidad, fatalismo, codicia, falta de fe o autoestima, etc.) nos impiden aprovechar las oportunidades con la que el destino desea premiar esas buenas acciones.

Una vez que comprendemos cómo y por qué funciona la Ley de la Atracción, lo lógico es que queramos usarla en nuestro beneficio espiritual: para liberarnos de la contaminación de nuestras creencias dañinas, curarnos, sentirnos realizados y ser más felices. Además, afortunadamente, el universo ha dispuesto sabiamente que el poder del pensamiento positivo sea mucho más fuerte que el negativo.

Mucha gente ha intentado utilizar la Ley de la Atracción para enriquecerse y, para su sorpresa, le ha sucedido todo lo contrario ¿El motivo? Falta de auténtica convicción y/o un cierto sentido de culpabilidad.

Como hemos dicho, la Ley de la Atracción es una consecuencia de la Ley de la Causa y el Efecto. Por lo tanto, lo que han recibido es el lógico efecto de haber buscado el propio beneficio de forma egoísta y codiciosa “a sabiendas”, es decir, sin agradecimiento y sin creer de verdad en la prosperidad y bondad del universo.

Pero este libro no pretende explicar técnicas para usar mejor la Ley de la Atracción sino indicar que ésta existe y cuál es su origen.

.....

Por encima del consciente y el inconsciente existe una Conciencia Superior, que es la que contiene el verdadero propósito del alma: avanzar, mediante las experiencias que previamente ha elegido tener en el plano físico, hasta alcanzar la mejor versión de sí misma que pueda imaginar. El consciente, el subconsciente y el inconsciente están supeditados a la voluntad de la Conciencia Superior, que es el alma misma observando su vida encarnada desde la perspectiva espiritual.

Nuestra Conciencia Superior establece, antes de nuestra encarnación, unas directrices sobre la vida que vamos a experimentar. No obstante, mientras estamos experimentando esa vida, aún conservamos la libertad para salirnos del guión original o reaccionar, frente a los hechos consumados, de forma diferente a lo que estaba planificado.

Pero, en realidad, nada de lo que ocurre en nuestras vidas terrenales está en contradicción con el deseo evolutivo de ningún alma. Todos somos uno con Dios y, en la dimensión de lo absoluto, la voluntad de cada singularidad es la misma que la voluntad de la totalidad, en un puzzle majestuoso y perfecto cuyo mecanismo escapa a nuestra comprensión.

Si somos una persona propensa a marearse cuando viaja en avión pero decidimos ir desde Europa a América, cuando nos mareemos en pleno vuelo, no podemos pretender bajarnos del avión o quejarnos de que no hemos sido libres para elegir marearnos a no. Podremos, no obstante, reaccionar mejor o peor al malestar que el mareo nos produzca. Finalmente, llegaremos al destino que nos hacía ilusión y disfrutaremos al ver cumplido nuestro deseo, aunque haya habido que asumir, en el proceso, sus inevitables efectos secundarios.

Cambiando el modo en que miramos una situación, podemos cambiar la perspectiva que tenemos de ella y, como consecuencia, también cambiamos nuestra reacción a esa misma situación. Si miramos a una persona con los ojos del deseo sexual, nuestras sensaciones serán muy diferentes a las que tendremos si elegimos mirarla desde la perspectiva de la ternura y belleza celestial que pueda inspirar.

“El interés principal del hombre no es encontrar el placer, o evitar el dolor, sino encontrarle un sentido a la vida, razón por la cual el hombre está dispuesto incluso a sufrir a condición de que ese sufrimiento tenga un sentido” (Victor Frankl). Incluso el sufrimiento adquiere una dimensión más soportable si lo convertimos en un sacrificio con sentido espiritual.

Nuestra libertad última consiste en que, pese a todo, siempre conservamos la libertad para elegir nuestra respuesta a cualquier estímulo, externo o interno.

En el otro extremo, tanto la alegría que procede del placer carnal como la que procede del placer sentimental o del placer del ego, son imperfectas. Proceden y dependen de circunstancias exteriores a nosotros y no llegan a proporcionarnos una sólida paz interior.

Por encima de las emociones personales que fluctúan (amor-odio, alegría-dolor, paz-insatisfacción) hay una emoción permanente y superior que nace de nuestro verdadero ser espiritual, y con la que nos conviene sintonizar: La alegría interior que nace de estar en armonía con la frecuencia del amor y, por lo tanto, nos proporciona una paz imperturbable porque está conectada emocionalmente con el alma de la creación.

La más grandiosa alegría está en sentirse realizado como ser. Ese nivel espiritual de alegría nos permite gozar de la vida por la vida misma y, al mismo tiempo, encontrar el verdadero sentido de nuestra vida (nuestro verdadero ser) al ponernos amorosamente al servicio de los demás.

Todos los seres humanos somos hermanos pues somos hijos del mismo Amor Creador. Al mismo tiempo, al igual que los hermanos en una familia, cada uno de nosotros es también una singularidad dentro de esa unión con Dios. El propósito de cada alma singular es alcanzar la experiencia suprema de sí misma que pueda concebir. Y el propósito de Dios es alentarnos a conseguirlo.

Mientras estemos dormidos a esa realidad espiritual, viviremos nuestra vida con temor e insatisfacción: sentiremos que vivimos en un infierno. La “salvación” nos llega cuando logramos comprender totalmente el sentido de la vida y su proceso.

No obstante, no se trata de condenar a nuestra naturaleza inferior, ella forma parte de nosotros en esta vida y, gracias al contacto con ella, podemos evolucionar y experimentar nuestra naturaleza superior.

Para juzgar si una cosa es buena o no para la humanidad, sólo hay que hacerse una simple pregunta: ¿Qué sucedería si todos lo hicieran?

Tanto el sexo como las demás necesidades físicas forman parte de la programación con que fuimos creados y sería antinatural negarlo. Las advertencias que las religiones hacen en contra del sexo son, en realidad, una recomendación para alcanzar el placer que se obtiene de elevar la energía espiritual, mediante la liberación de aquellos placeres imperfectos que vibran en una escala inferior. No obstante, el proceso para alcanzar el nivel de sensibilidad que nos permita desapegarnos de los placeres y valores mundanos, se puede fomentar pero no se puede imponer. Cada cual ha de llegar a ese punto por propia convicción, pues nunca se logrará evolucionar hasta ese nivel mediante la simple represión.

Como ya hemos mencionado anteriormente, Victor Frankl dice: “tenemos que dejar de hacernos preguntas sobre el significado de la vida y, en vez de ello, pensar en nosotros como seres a quienes la vida les inquiera continua e incesantemente”. ¿Qué vas a aportar tú a la vida?

Observemos y participemos en la vida que nos ha tocado vivir sin maldecirla, pero no permitamos que nuestro contacto con ella nos contamine la conciencia. Sea nuestro objetivo ser una luz en la oscuridad y contribuir a embellecer la vida dentro de nuestro ámbito de influencia.

.....

El pensamiento más elevado y el sentimiento más noble que podamos generar, proceden de nuestra Conciencia Superior conectada a Dios. En la medida en que nos apartamos de esas manifestaciones de unidad y amor, nos alejamos de la alegría y nos acercamos a la insatisfacción.

**El sentimiento es el lenguaje del alma.** El viaje hacia la autorrealización sólo se puede recorrer por el camino del corazón.

El alma desea sentir la belleza del amor divino y nutrirse de ella, para luego a su vez expresarla en su relación con los demás (por coherencia). Pero cada vez que nuestro ego rechaza su más elevado sentimiento, se separa de la alegría y abre la puerta a la frustración y la ansiedad.



El dolor emocional es inevitable mientras sigamos siendo espiritualmente inconscientes y nuestra mente, llena de ignorancia y de temor, considere que la vida no tiene sentido. El sufrimiento, mientras estamos espiritualmente dormidos, es el camino necesario para conocernos a nosotros mismos poniendo, mediante el enfrentamiento con el dolor, a prueba nuestra capacidad de amor. Pero cuando estamos espiritualmente despiertos descubrimos que el sufrimiento no es el único camino y, desde luego, no es el mejor.

El amor es nuestra esencia divina. Reencontrarnos con él y manifestarlo en el día a día es nuestro destino espiritual. Al sentir y expresar amor experimentamos verdaderamente a Dios dentro de nosotros.

Para sentirnos bien, nuestra conducta ha de ser un pacto entre nosotros y Dios, por encima de cualquier debilidad mundana o tentación egoísta. Y sabiendo que Dios es Amor, sólo podemos “sentirnos bien” al poner nuestra voluntad al servicio de la voluntad del amor.

Cuando se comprende que todos estamos unidos, que todos somos hijos del mismo Dios, es prácticamente imposible que dañar a nuestros hermanos, a nosotros mismos o a la belleza celestial “nos siente bien”. Y al sentirse bien es cuando finalmente se encuentra uno a sí mismo. Es cuando el ser humano redescubre quien es y se llena de júbilo por ello.

“Os digo que habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento” (San Lucas 15, 7).

.....

LA TRINIDAD: Conocimiento-Experiencia-Realización, no es un camino para que Dios alcance su perfección sino el efecto secundario de su naturaleza. La autorrealización no es la meta de Dios sino la consecuencia de su autoexistencia.

De igual modo, cada alma humana -cada chispa de amor desprendida de la llama del amor universal-, como consecuencia de su trascendencia está inmersa en el proceso de alcanzar la unión mística con Dios, y así experimentar el sublime gozo de sentirse amada genuinamente por su Hacedor.

Pero esa unión mística con Dios no es estática sino dinámica. Es decir, como consecuencia de compartir la misma naturaleza que Dios, el proceso de autorrealización personal en el que estamos inmersos es eterno, al igual que el autoexistente Dios.

“La mejor forma de conocerse a uno mismo no es la contemplación, sino la acción. Esforzaos por cumplir vuestro deber y pronto sabréis de que sustancia estáis hechos” (Johann W. Goethe).

Como metáfora, imaginemos que cada alma es un compositor de música cuyo máximo deseo es componer una melodía con la que, desde su singularidad, pueda expresar amor. Tras un proceso más o menos largo y arduo, finalmente compone una bella canción con la que se identifica, con la que se siente satisfecho.

¿Qué hace un compositor cuándo ha compuesto una canción? ¿Qué hace un artista cuando ha creado una obra de arte? Disfrutarla y compartirla, disfrutarla, disfrutarla...y empezar a componer otra obra de arte. La naturaleza del artista es crear y seguir creando obras de arte, porque así se lo pide su sensibilidad.

Siguiendo con la misma metáfora, podemos suponer que Gandhi hizo de su vida una maravillosa canción: cumplió con su misión espiritual, pero el asesino de Gandhi no.

Sin embargo, ambos (tanto Gandhi como el asesino de Gandhi) están en distintas moradas del cielo, porque no hay otra cosa que no sea el cielo en la dimensión espiritual. Eso es así sencillamente porque la bondad de Dios es infinita, aunque al ser humano le falta la suficiente objetividad y perspectiva para comprender la razón y la inmensidad de esa bondad.

Una madre puede sonreír tranquila cuando ve a dos niños pequeños peleándose con ira por un juguete, porque ella sabe que esa es una fase de la infancia por la que hay que pasar, y sabe también que esos niños que hoy se pelean por un juguete, el día de mañana llegarán a ser adultos responsables.

Asimismo, Dios nos comprende a todos y sabe en qué fase de evolución se halla cada uno. Dios sabe que es también víctima el agresor, porque está atrapado en un desasosiego interior y, en el fondo de su alma, está pidiendo auxilio a su Creador.

En este mundo imperfecto en que vivimos, es completamente lógico que existan leyes que traten de paliar esa imperfección y penalicen las transgresiones de las normas básicas de comportamiento social, con el fin de proteger a los miembros de una sociedad de aquellas conductas inadecuadas que puedan desestabilizarla.

En realidad, todo aquél que en su paso por la vida ha elegido un camino moralmente equivocado (egoísmo, debilidad, maldad, superficialidad, etc.), cuanto más camina por esa senda más se aleja del camino que le conduce a su salvación; más se aleja de componer con su vida la bella canción que está destinado a escribir y para la que está potencialmente capacitado. “Si haces lo que siempre has hecho, no llegarás más lejos de lo que siempre has llegado” (Anónimo).

Y cuando, como Gandhi, por fin se ha compuesto esa bella canción. Tras gozar de ese triunfo en la gloria de Dios. Antes o después el compositor se lanza a nuevos retos, a explorar nuevas facetas de su personalidad y a seguir componiendo. Tiene a su disposición, para hacer eso, toda la eternidad y la inmensidad del universo.

.....

Al morir, lo que sucede es que progresivamente recuperamos nuestra identidad completa.

Primero nos separamos del cuerpo físico y somos recibidos por la Conciencia Universal, que nos da la bienvenida y nos reconforta. Al abandonar el cuerpo físico, también abandonamos paulatinamente los pensamientos que nos identificaban con él.

En esta primera fase todavía conservamos intactos nuestros esquemas mentales y, puesto que la mente tiene poder creador y ya no está limitada físicamente, ese poder, en la dimensión espiritual, hace que se manifieste de inmediato ante nosotros todo aquello en lo que aún creemos: el paraíso, el infierno, la nada, etc.

Pero en el cielo no existe el sufrimiento físico, por lo tanto, aunque sea el infierno lo que tú te hayas creado basado en tus creencias y utilizando tu poder mental, lo podrás sufrir emocionalmente pero no físicamente. Las manifestaciones creadas por tu mente acabarás viviéndolas como un espectador, como si estuvieras viendo la película de tu vida y otro fuera el protagonista.

De esa forma, llegarás a darte cuenta de que tus creencias tampoco forman parte de tu verdadera naturaleza, y acabarás abandonando también esa mente egoica con la que aún te identificabas.

Una vez que el alma ya está liberada del cuerpo y de la mente egoica, la experiencia que genera ya no se basa en creencias mentales sino en el deseo genuino del alma: experimentar el gozo de sentir su perfección divina y el incondicional amor de Dios, es decir, alcanzar el Cielo.

Pero la Eternidad (la Vida) no es estática sino dinámica. Así pues, tras cada ciclo cumplido, el alma llega de nuevo al éxtasis de la unión mística y estática con Dios y, una vez saciada de esa grandiosa sensación, el deseo genuino del alma vuelve a ser explorar otra de las innumerables facetas de su divina singularidad. Continuar con el eterno y dinámico proceso de autorrealización.

Tanto la Ley de la Causa y el Efecto como la de la Reencarnación no han sido creadas como un castigo, sino como medios necesarios para que el alma pueda manifestar quien es, mediante la experimentación en este mundo aparentemente dual aunque emanado de la unicidad divina.

El alma, desde su hogar celestial, cuando lo considera oportuno, abandona su feliz descanso y se lanza con alegría a la aventura de experimentar nuevamente, en el plano físico, su capacidad de amar porque sabe que, como en una película romántica, al final triunfa el Amor.

El mayor o menor dramatismo de esa película depende de cómo el alma encarnada escriba, paso a paso, el guión de su propia existencia temporal. Y el mejor guión, para alcanzar con prontitud un final feliz, es aquél que hace que el protagonista tome sus decisiones dando prioridad a los principios morales universales.

“Si lo Real Es, está aquí y ahora.  
Lo real es pura consciencia, es Inteligencia.  
Si soy expresión de ella, puedo retrotraerme al origen,  
puedo descubrirlo aquí y ahora”  
(*El arte de la contemplación*. Consuelo Martín)

## 9

### **REVELACIONES**

Antes de dar por finalizada esta búsqueda de respuestas existenciales a través del razonamiento y los avances científicos, y las deducciones que de las respuestas encontradas hemos hecho, quiero volver a comentar la información *subjetiva* obtenida de ciertas obras cuyo contenido ha sido presuntamente “revelado”. Y la razón que me mueve a ello es la lógica metafísica que se halla detrás de sus relatos, junto con la coherencia de dichas obras entre sí y en relación a los razonamientos y datos que hemos visto previamente.

Si existe la dimensión espiritual, existe también la posibilidad de que pueda haber intercomunicación entre dicha dimensión y el plano material en el que estamos. Así pues, separando el trigo de entre tanta paja, entre las obras de este tipo que, a mi parecer, se les puede conceder cierta credibilidad, habida cuenta de la sabiduría y profundidad que desprenden, quiero citar las tres siguientes:

- *El libro de los espíritus*, de Allan Kardec. El nombre del autor es el seudónimo de un profesor y filósofo francés del siglo XIX (Hippolyte Léon Denizard Rivail). Una persona intelectual y racionalista que fue retada para acercarse al mundo del espiritismo, cosa que hizo con la intención inicial de desenmascarar ese fenómeno pero que por el contrario, al adentrarse en su conocimiento, pudo comprobar la veracidad de ciertos casos. A partir de esa certeza empieza a investigar -con su mente lógica- ese campo esotérico. Y al ser capaz de aceptar con humildad que dichos fenómenos existen, tiene que renunciar a su característico escepticismo académico, sin por ello caer en la superstición ni el misticismo. Evidentemente, ese cambio de postura le trajo muchas críticas y arruinó el prestigio intelectual del que gozaba pero, lejos de amilanarse por ello, siguió profundizando en el conocimiento metodológico de dicho fenómeno paranormal.

En ese libro se dan respuestas a muchas preguntas existenciales. Para obtenerlas, el investigador utilizó varias fuentes fiables (según su experiencia) y cuyos mensajes fueron coincidentes.

- *Conversaciones con Dios*, de Neale Donald Walsch. El autor asegura que, para su propia sorpresa, el diálogo que transcribe está realmente inspirado por Dios. Lo cierto es que en el libro se tratan de manera muy sabia y clarificadora temas como la vida, la muerte, el amor, el sexo, la paternidad, las tradiciones, el proceso de la creación y nuestra relación con Dios. En ese sentido, el primer mensaje que Dios da al mundo a través de Neale es: "Me han entendido mal". A partir de ahí, se describen las trampas religiosas y culturales de nuestro entorno y cómo liberarnos de ellas para vivir plenamente y con sentido la vida.

- *Un Curso de Milagros (UCDM)*, de Helen Schucman. Es un libro de trasfondo espiritual que propone una manera de pensar distinta, basada en una concepción no dualista de la realidad. El libro fue editado por primera vez en 1976. Su autora, psicóloga estadounidense de origen judío, parece haber sido agnóstica y no cristiana. A pesar de ello, supuestamente los contenidos del libro le fueron dictados por una voz interior que Schucman identificó como Jesucristo. A diferencia de los dos autores anteriores, Helen no quiso que su nombre fuera revelado como *escriba* de dicho libro hasta después de su fallecimiento en 1981; de esa manera no tuvo que enfrentarse a la polémica y el descrédito profesional que sin duda la hubiera perseguido.

Curiosamente, los revolucionarios postulados que se afirman en UCDM ya fueron expuestos por el filósofo Baruch Spinoza en el siglo XVII, fruto de su razonamiento deductivo y libre de prejuicios. Como anécdota, comentar que cuando le preguntaron a Albert Einstein si creía en Dios, él contestó: “creo en el Dios de Spinoza”.

He aquí resumida la base de los postulados de ambos (UCDM y Spinoza):

*Solo lo que Dios creó es real.*

*El Espíritu del Amor es lo único que tiene Autoexistencia.*

*El espíritu está eternamente en estado de gracia.*

*Tu realidad es únicamente espíritu.*

*Por lo tanto, estás eternamente en estado de gracia.*

*Nada real puede ser amenazado.*

*Nada irreal existe.*

*En esto radica la paz de Dios.*

Todo ello, Parménides ya lo enunció bella y claramente hace veinticinco siglos: «Sólo el Ser Es y el No Ser No Es».

Igualmente, coinciden todos en la receta para alcanzar la autorrealización que expuso el filósofo Immanuel Kant en su momento:

- 1.- Conócete a ti mismo** (al Espíritu Santo que mora en ti). «*Conócete a ti mismo y conocerás todas las cosas y a los demás.*» Templo de Delfos.
- 2.- Olvida todo lo que has hecho antes de conocerte bien a ti mismo** (lo que has hecho dominado por tu ego).
- 3.- Ahora, demuestra quien eres** (elige expresar solo el Amor que eres).

La conclusión final de todo lo dicho en este libro podría ser que, en realidad, **el miedo a la muerte es el miedo a dejar de ser yo.**

Nuestro problema fundamental es que no queremos dejar de ser un yo, nuestro yo, la consciencia que somos, el que somos. Esa consciencia limitada y que no existe sin nuestro cuerpo físico, que emerge del cuerpo físico. Queremos que nuestro yo particular y accidental exista después de la muerte física. Pero esto es el apego. Porque el apego máximo, del que surgen los demás, es el apego a nuestro yo. Es nuestro yo el que tiene deseos y son los deseos los que alimentan al yo. Ahora bien, soy yo el que quiere seguir siendo ese yo, aunque sufra, persistir. No renuncio a la idea de ser yo. Pero aquí está



el engaño, nuestro yo particular, como nuestro cuerpo físico, es una realidad relativa o aparente.

Como dice el sabio Balsekar tras la muerte repentina de un amigo: «El hombre no está preparado para renunciar al “yo” relativo y convertirse en el “Yo” absoluto. Él quiere que el “yo”, un objeto fenoménico, se convierta en el sujeto absoluto... el hombre no está preparado para aceptar la muerte como la desintegración final del objeto “yo” a fin de poder ser el sujeto “Yo”, único y eterno; quiere y espera que la muerte sea una desintegración temporal que produzca para el “yo” una alegría y felicidad perpetua y pura.»

Por eso lo que anhelamos es la eternidad de las apariencias, seguir siendo el yo aparente. Y es esto lo que las religiones nos han prometido y, con esta promesa de inmortalidad del yo fenoménico y aparente nos han dominado. Es la superstición. Lo mismo ocurre con la espiritualidad new age o posmoderna; se habla mucho del yo, se enriquece al yo, hay un superávit de yo. Pero del yo fenoménico, confundiendo lo que se llamaba Alma, con el yo particular, finito y perecedero. La muerte es total y definitiva, porque es la muerte de la consciencia particular y finita que está ligada y que no puede existir sin nuestro cuerpo finito y limitado. Esto no tiene vuelta de hoja. Pero, por otro lado, no existe la muerte del Yo absoluto; pero este Yo absoluto, nada tiene que ver con nuestra consciencia particular de ahora, de este momento, de nosotros, como seres aparentes, fenoménicos, objetuales y no reales. Productos de la dualidad.

El Yo absoluto es la trascendencia de esta dualidad, por tanto, no es consciente de la particularidad que soy yo, en tanto que yo finito, aparente, singular y mortal. Comprender esto es despertar a la realidad, es comprender que lo aparente es lo fenoménico y que mi yo particular es el fenómeno, no la realidad. Y de ese fenómeno surge mi percepción de lo singular, de todo aquello que produce apego y sufrimiento. Liberarse de todo ello es tomar consciencia del Yo absoluto, el Yo Soy, que nada tiene que ver con mi consciencia de «yo», finita, mortal y perecedera.

*“Una rana en un pozo no puede concebir el océano”.* Chuang Tzu.

Todos hemos tenido dos años y, aunque ni una sola célula de nuestro cuerpo es la misma de entonces, sabemos que somos la misma persona. Hemos ido creciendo, viviendo experiencias, evolucionado y cambiando en todos los aspectos, pero la sensación de que “nosotros seguimos siendo nosotros” permanece invariable a través de todas esas vicisitudes. Ese niño de dos años no podía imaginar en lo que nos hemos convertido; de la misma manera, nosotros no nos acordamos de las cosas que hicimos cuando teníamos esa edad... pero sabemos que éramos nosotros y que algunas de las cosas que nos sucedieron entonces posiblemente nos siguen marcando en la actualidad.

Igualmente, si nos zambullimos en una piscina nuestro cuerpo cambia de medio ambiente pero seguimos siendo nosotros. Lo que todas nuestras experiencias tienen en común es que siempre las vivimos en tiempo presente. El presente de cuando teníamos dos años, el presente de cuando dormimos, cuando buceamos o el momento actual. Podríamos decir que existimos en un “eterno presente”. Cada circunstancia que nos ocurre o nos ocurrirá, cada cambio que experimentemos, será en el presente de ese momento. Así pues, el presente es completamente continuo aunque cambiemos de estado. "Por tanto, no se preocupen por el día de mañana; porque el día de mañana se cuidará de sí mismo" (Mateo 6:34).

Al mismo tiempo, y por la misma razón, aunque seamos eternos hay que darse cuenta de que cada momento que vivimos es irrepetible y no volverá ya jamás de la misma forma, al igual que no pasa por un río dos veces la misma agua. En consecuencia, aprendamos a valorar cada instante como el momento único que es.

“La cercanía de la muerte y la muerte misma, la disolución de la forma física, es siempre una gran oportunidad para la realización espiritual. La mayoría de las veces esta oportunidad se pierde trágicamente, ya que vivimos en una cultura que ignora la muerte casi completamente... Cuando atraviesas (el portal de la muerte), ya no derivas tu identidad de la forma psicológica fabricada mentalmente. Entonces te das cuenta de que la muerte es una ilusión, del mismo modo que tu identificación con la forma es una ilusión. La muerte no es más que el final de la ilusión. Sólo es dolorosa si te sigues aferrando a ella” (*El poder del Ahora*. Eckhart Tolle).

*“La utilidad de la red está en los peces que coge. Cogidos los peces, se olvida la red. La utilidad de la trampa radica en los conejos que captura. Capturados los conejos, se olvida la trampa. La utilidad de las palabras está en las ideas que expresan. Entendidas las ideas, se olvidan las palabras”.*  
Chuang Tzu.



“Vivo sin vivir en mí,  
y tan alta vida espero  
que muero porque no muero”.

**Santa Teresa**

**10**

**MELODÍAS**

## ***Oda a la ternura***

No fui feliz cuando buscaba.  
No fui feliz cuando tenía  
ni tampoco cuando presumía.  
Ni era feliz ni me quería.

De tanto seguir las reglas de esta vida,  
iba dando puñaladas de olvido a la ternura.

No me hizo feliz el egoísmo  
y toda excitación fue gratuita.  
Buscaba ganar mi libertad  
y sólo triunfó el escepticismo.  
Buscaba mi felicidad  
y maté al romanticismo.

Hoy quiero lanzar un mensaje sublime a las conciencias.  
Hoy quiero comunicar lo que he aprendido.  
Hoy quiero manifestar que por fin he hallado  
la respuesta de todas las respuestas.

Me siento humilde, sabio, conmovido,  
arrepentido, feliz y en paz conmigo.

**Todo lo limpia,  
todo lo cura,  
todo lo embellece  
la ternura.**

## ***La lujuria***

La lujuria es un afán desesperado  
de poseer la calidez de lo creado,  
pero no da la paz.

Una búsqueda de cariño  
entre un infierno de ansiedad,  
por tener hambre de ternura  
y no saberla saciar.

Porque cada momento de alegría  
no es más que pura fantasía  
que al final nos vuelve insatisfechos  
pues, todo lo que es elevado y bello,  
desde el ego no se puede alcanzar.

Cercados por el círculo vicioso  
del mundo, demonio y los sentidos,  
creemos que sin el deseo no estamos vivos  
y hacemos de la pasión nuestro objetivo.

Del erotismo, entonces  
¿cuál es la finalidad:  
la excitación constante  
o la emoción sentimental?

Disfruta de un placer mayor  
que el de la esclavitud de los sentidos,  
descubriendo en tu alma el gozo  
de ser espejo del romanticismo.

## ***Perspectiva***

Paseaba a solas por el campo  
-a solas con mi soledad-,  
meditando sobre las sensaciones vividas  
que no saben igual si no son  
con alguien querido compartidas.

El primaveral resurgir de los almendros.  
El encanto del otoñal manto de hojas doradas  
aún a las copas de chopos aferradas.  
El alma helada en el invierno  
y el calor del hogareño fuego.  
La plenitud vital, en el verano,  
de cuerpos desnudos al sol adorando.

Una risa infantil  
alivió mis lamentos  
e, intrigado, me quedé mirando  
a tres niños jugando  
a robarse un pañuelo.

Sentí vibrar la vida  
de vida enamorada  
en su infancia delicada,  
y en el candor de su mirada angelical.

Era una familia feliz  
y espiarlos fue un consuelo  
pues pude, por un momento,  
olvidando mi amargura,  
compartir con ellos su ternura.

## ***Emoción***

El tiempo y el espacio,  
las estrellas y los astros  
fue bueno que se hicieran  
para que yo la conociera.

Nos juramos fidelidad bajo la luna  
-ilusión de espuma-,  
y la música de sus ojos  
me hizo llorar de gozo.

Aunque ella ya se ha ido.  
Aunque fue sólo un suspiro.  
Aunque dejó en mí tan gran anhelo  
que nunca jamás igualé luego.

Los cielos y la tierra,  
la rebeldía y la belleza  
fue bueno que se hiciesen  
para que yo la conociese.



## **Conciencia**

La vida es un aparente sin-sentido  
de luces y sombras construido.  
Vamos caminando a ciegas  
buscando la luz entre tinieblas.

Nos resulta más sencillo  
adorar a la materia,  
a la par que arrojamos  
de la mente sus quimeras.

Pues el orgullo siempre  
nos sale al encuentro:  
confunde la mente,  
nos adula el cuerpo,  
ahonda la herida  
de nuestro egoísmo,  
transforma creencias  
en fanatismos.

Pero cuando el apego al mundo  
no colma las ansias,  
cuando la rebeldía  
acaba en desesperanza  
y cuando el ruido cansa,  
apetece el silencio  
y el alma quiere agua  
en vez de fuego.

Es cierto que las flores se marchitan,  
pero es permanente el espíritu que les da vida.  
La energía no se destruye, se transforma.  
Y la espiritual, más elevada, evoluciona.  
Porque el sentimiento no pertenece a la materia;  
y la conciencia, más fuerte que el olvido,  
regresa al hogar tras vivir su destino.

## ***Credo Universal***

Sólo nos ha podido crear un Ser Autoexistente  
-sin principio ni final-  
quien, con su Amor Incondicional,  
nos ha regalado Libertad, Eternidad y Poder Mental.

Y Leyes Inmutables que buscan la Armonía,  
y con las que hemos de sintonizar si queremos Paz.

Porque el sentido de la vida es experimentar  
hasta aprender que, la verdadera felicidad,  
sólo se alcanza al ser fiel a la emoción  
de sentirse un Buen Hijo de Dios.

## ***Silencio***

Tengo, pero no soy, mi cuerpo.  
Tampoco soy mis cambiantes emociones o pensamientos.  
Soy el inmutable observador  
que, desde un silencio despierto,  
es testigo de todos esos eventos pasajeros

## **EL SECRETO DE UN CURSO DE MILAGROS**

Como en el cálido vientre de una madre,  
desde el inconsciente, amoroso y feliz estado en el que existo  
quise tomar consciencia de mi mismo.  
Decidí con la mente hacer burbujas,  
enamorarme de las hadas y aliarme con las brujas,  
saborear ideas inconfesables o entrar en trances transcendentales.

Así mi mente, como al ajedrez jugando,  
dio pie a la causa y el efecto  
y entrando en un ilusorio laberinto,  
desde el inmutable instante santo  
se generó el tiempo y el espacio.

Un anhelo se despertó en mi sueño  
que no podía serme concedido.  
Quería sentirme más amado  
que el resto de mis hermanos.  
Como un niño airado, me alejé enfadado  
y me puse a jugar con los dones heredados.

Desde la nueva realidad dual e imaginaria en la que estaba,  
con el entusiasmo de un adolescente,  
me puse a experimentar con el poder de los deseos de mi mente.  
Hasta que, en un momento dado,  
absorto por completo en el mundo irreal que fui creando,  
me identifiqué con las formas y sus sombras  
mientras la esencia de quien era se fue olvidando.

Sentí vacío entonces, creí en la muerte y vino el miedo.  
Con gran desgarró, la noche oscura del alma había llegado.  
Me sentí solo, separado, indefenso y desamparado.  
Culpables pensamientos ocuparon el vacío producido  
porque, autocastigado, de mi espíritu santo me había desconectado  
y, en mi nueva ignorancia espiritual, pensaba que lo había contaminado.

Buscando refugio a tanto miedo, nació el ego  
quien, con lógica errada y alocada,  
busca seguridad y supervivencia  
en todo lo que no tiene permanencia.  
Y al insistir en lo imposible surge un fuego  
que nos enferma de insatisfacción y desasosiego.

Decimos que Dios es Amor y, al mismo tiempo,  
el creador y señor de la muerte y el infierno.  
Y, desde esa visión incoherente y limitada,  
el alma busca el cielo pero el ego teme su llegada  
y se aferra a dogmas, deseos y autoengaños  
que le permitan mantener su ilusoria identidad a salvo.

Cada hermano eres tú mismo  
explorando un sinfín de posibilidades,  
como en un juego de espejos y espejismos.  
Puesto que venimos del Uno, estamos unidos  
y, cuando condenas a alguien,  
reafirmas tu culpabilidad ante ti mismo  
y sigues atrapado en la rueda del destino.

Como el niño que llora al creerse abandonado,  
así el gozo de lo que somos se transforma en pesadilla  
y, la personalidad que desde ese llanto hemos forjado,  
ahora se niega a darle la bienvenida  
al reconocimiento de su propia maravilla.

Llegar a entender que la vida material es sueño  
no nos libra de los brazos de Morfeo;  
como mucho, mejora la calidad del juego.

El hijo pródigo solo puede regresar al Hogar, despierto:  
Viviendo sin juzgar y buscando la paz de la vacuidad preñada  
-el Silencio Creativo que el ego ignorante teme  
por confundir la Fuente de Todo con la nada-.  
La ilusión material y la duda, la verdad no las trasciende  
mientras se escuche más a lo que se cree que a lo que la conciencia siente.

## **DE TODAS MANERAS**

Las personas son irrazonables, ilógicas y centradas en sí mismas,  
AMALAS DE TODAS MANERAS.

Si haces el bien, te acusarán de tener motivos egoístas,  
HAZ EL BIEN DE TODAS MANERAS.

Si tienes éxito, ganarás falsos amigos y verdaderos enemigos,  
TEN EXITO DE TODAS MANERAS.

El bien que hagas se olvidará mañana,  
HAZ EL BIEN DE TODAS MANERAS.

La honestidad y la franqueza te hacen vulnerable,  
SE HONESTO Y FRANCO DE TODAS MANERAS.

Lo que te tomó años en construir puede ser destruido en una noche,  
CONSTRUYE DE TODAS MANERAS.

Si has encontrado serenidad y felicidad, vas a despertar celos y envidias;  
SE FELIZ DE TODAS MANERAS.

La gente de verdad necesita ayuda pero te podrían atacar si lo haces,  
AYUDALES DE TODAS MANERAS.

Dale al mundo lo mejor que tienes y te patearán en los dientes,  
DALE AL MUNDO LO MEJOR QUE TIENES DE TODAS MANERAS.

***Dr. Kent M. Keith***

# ORACIÓN DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Señor, haz de mí un instrumento de tu paz:

donde haya odio, ponga yo amor;  
donde haya mal, ponga yo perdón;  
donde haya discordia, ponga yo armonía;  
donde haya error, ponga yo verdad;  
donde haya duda, ponga yo fe;  
donde haya desesperación, ponga yo esperanza;  
donde haya sombras, ponga yo luz;  
donde haya tristeza, ponga yo alegría.

Señor, que no me empeñe tanto  
en ser consolado como en consolar,  
en ser comprendido como en comprender;  
en ser amado como en amar.

Porque es dando como que se recibe;  
es perdonando como se es perdonado;  
es muriendo como uno despierta a la vida eterna.

*Francisco de Asís*



“Sólo estás a un pensamiento  
de cambiar tu vida”.  
**Wayne Dyer**

## **APÉNDICE: DATOS CIENTÍFICOS**

De un tiempo a esta parte, los avances científicos están siendo muy sorprendentes. De hecho, su rapidez y espectacularidad va más allá de las meras aplicaciones tecnológicas. Algunos de esos descubrimientos están resultando relevantes también porque nos obligan a cambiar los esquemas mentales “materialistas” con los que entendíamos y catalogábamos nuestra realidad cotidiana. Es decir, que sus implicaciones abarcan también los campos de la filosofía y la metafísica; llevándonos a reformularnos las básicas preguntas existenciales sobre la realidad de una Conciencia Universal y sobre la trascendencia y sentido de la vida.

### **LA EXISTENCIA DEL UNIVERSO**

Los “fríos” datos que se exponen a continuación son tan inimaginables que exceden incluso a la capacidad de fabulación del mejor guionista de películas de ciencia-ficción. ¡Allá vamos!

Existen al menos cien mil millones de galaxias en el universo conocido (la teoría de cuerdas considera la posibilidad de que coexistan múltiples dimensiones y universos paralelos). Hay entre doscientos y cuatrocientos mil millones de estrellas en nuestra galaxia, la Vía Láctea. Igualmente, hay un promedio por galaxia de no menos de cien mil millones de estrellas. También se calcula que debe existir al menos un planeta de características similares a la tierra en cada galaxia. En realidad, los cálculos científico-matemáticos apuntan a no menos de 400.000 millones de planetas similares a la tierra en todo el universo.

Dicho sea de paso, con esos datos en la mano, el escepticismo con respecto a la posibilidad de la existencia de vida más allá de la mota de polvo que es nuestro planeta parece algo ridículo, y consecuencia más bien de la ignorancia o estrechez mental.



¿Y cómo empezó todo?

Como ya es sabido, el Universo se generó como consecuencia de una gran explosión, llamada Big Bang, con la que una enorme condensación de Energía previamente existente se transformó en materia. Los científicos especializados han datado la antigüedad del universo en 13.700 millones de años, con una incertidumbre de 200 millones de años.

Esa explicación concuerda con la Teoría de la Relatividad, de Einstein. La fórmula de dicha teoría afirma (y se ha comprobado) que la Energía es igual a la masa por el cuadrado de la velocidad de la luz. Y, puesto que la velocidad de la luz es un patrón constante, la masa y la energía son intercambiables. Así pues, la materia surgió de la transformación de la energía.

Aunque la transformación de energía en masa es algo que nosotros normalmente no observamos, de hecho ocurre. Así por ejemplo, en el acelerador de partículas del CERN, en Suiza, se aceleraron electrones a tal velocidad que aumentaron cuarenta mil veces de masa.

Inmediatamente después del Big Bang, el universo comenzó a organizarse automáticamente en estructuras, obedeciendo a las leyes creadas en los primeros instantes. En tres minutos se produjo el noventa y ocho por ciento de la materia que existe o alguna vez existirá. De hecho, se calcula que cada uno de nosotros posee por lo menos un millón de átomos que anteriormente perteneció a cualquier persona que vivió mucho tiempo atrás. Eso significa que no es descabellado pensar que nuestro cuerpo contenga átomos que estuvieron en el cuerpo de Buda, Cristo o Confucio, por ejemplo.

Una vez generado el universo, tanto su mantenimiento como la creación de la vida sería imposible si las siguientes cuatro fuerzas no estuvieran ajustadas y equilibradas con inimaginable precisión y exactitud:

- La Interacción nuclear débil: permite que el Sol se consuma a un ritmo constante.
- La Gravedad: es responsable de que los objetos se queden en el suelo.
- La Interacción nuclear fuerte: mantiene unido el núcleo del átomo.
- El Electromagnetismo: es la fuerza que interviene en los rayos.

A la sinergia que se forma con la combinación de esas y otras fuerzas y leyes de la naturaleza se la denomina “las constantes de la naturaleza”, porque tienen el mismo valor y rigen en todo el universo. Y una vez conocidas dichas constantes surge una pregunta ¿qué hubiera pasado si las condiciones iniciales, después del Big Bang, hubieran sido diferentes? Pues que *si la*

*interrelación entre esas fuerzas variara en apenas un milímetro, la existencia del universo no hubiera sido posible.*

Si la energía que se liberó en el Big Bang fuera apenas una trillonésima parte más débil, la materia volvería hacia atrás y se aplastaría en un gigantesco agujero negro. Si fuese mínimamente más fuerte, la materia se dispersaría tan deprisa que las galaxias no hubieran llegado a formarse. Para que el universo se expanda de manera regular, tal y como lo hace, esa energía ha tenido que tener una precisión de  $10^{120}$ . Es decir, un 10 seguido de ciento veinte ceros. Eso sin contar con la necesaria afinación e interacción nanométrica entre todas las demás leyes que regulan el funcionamiento de la materia.

La posibilidad de que todos esos fenómenos concurren al unísono se ha equiparado gráficamente con la probabilidad de que alguien lance una flecha al azar al espacio, que ésta atravesase el cosmos y alcance un blanco con un milímetro de diámetro en la galaxia más próxima. Lo bien cierto es que el Big Bang liberó estrictamente la energía necesaria para el universo pudiera organizarse, junto con la exacta combinación entre las leyes y fuerzas que también se originaron en ese mismo instante.

Más aún, para que pudiera surgir la vida en el universo, se requiere una increíble afinación en la homogeneidad de la densidad de la materia. La existencia de las estrellas, con una estructura adecuada para generar vida, depende de un delicado equilibrio en la irradiación del calor en su interior. La mayor parte de las estrellas, incluido el sol, se sitúa dentro de la estrecha franja de equilibrio necesario para originar esas condiciones favorables para la vida. Lo extraordinario del caso es que los valores más allá de esos reducidos márgenes son mucho más probables, pero no llegaron a darse.

Es decir, para que el universo pudiera generar vida, el valor de las constantes de la naturaleza no podría ser otro que el que es; lo cual supone una inexplicable excepcionalidad porque las probabilidades de que fueran al menos un poco diferentes son tremendamente abrumadoras.

Es mucho más probable que nos toque la lotería que el hecho de que la afinación de la expansión del universo fuera exactamente la que el desarrollo de la vida necesitaba. Nuevamente es más probable que nos toque la lotería que el hecho de que la afinación de la temperatura primordial fuese exactamente la necesaria. Igualmente ocurre con la afinación de la homogeneidad de la materia; con la ligerísima ventaja de la materia sobre la antimateria (lo que permitió la existencia de la primera); con la exacta afinación de los valores de las fuerzas fuerte, electrodébil y de la gravedad; con la precisa afinación de la conversión de hidrógeno en helio y con el

delicado proceso de formación del carbono, etc. ¡Son demasiadas loterías ganadas a la vez para no pensar que hay trampa!

A la suma de todas esas “casualidades” se le llama *ajuste fino* o principio antrópico. Eso quiere decir que el universo está concebido a propósito para crear vida. Por lo tanto, “no fue sólo la vida la que se adaptó al universo. El propio universo se preparó para la vida. En cierto modo, es como si el universo siempre hubiese sabido que vendríamos con él” (*La fórmula de Dios*. José Rodrigues Dos Santos).

## LA CREACIÓN DE LA VIDA POR AZAR

Las teorías que se inclinan por el azar, advierten que se ha de contar con ingentes cantidades de tiempo para que al azar “le dé tiempo” de combinar todos los elementos que darían lugar al Universo. Claro que antes tendrían que existir “los elementos” combinables y que todavía no formarían un mundo. ¿Cómo surgirían esos elementos previos? También por azar, diría la teoría aludida. ¿Y el tiempo, en cuyo curso quedarían tales elementos combinados? También por azar. Todo por azar, elementos iniciales, tiempo necesario, mundo y hombre.

A principios del siglo XX el astrónomo Arthur Eddington propuso, para ilustrar la teoría del azar, un ejemplo: si cien mil chimpancés se pasaran tecleando aleatoriamente una máquina de escribir durante un tiempo muy amplio, acabarían escribiendo las obras del Museo Británico. Pero ocurre que en la actualidad, los matemáticos cuentan con potentes ordenadores capaces de analizar y evaluar el ámbito de lo probable. Es interesante lo que dice el matemático **Michael Starbird**, un experto en teoría de las probabilidades: supongamos que hay mil millones de chimpancés tecleando al azar una vez por segundo una combinación de 18 letras durante 13.700 millones de años — desde el inicio del Universo—: ¿Qué probabilidad habría para que en el momento actual surgiera por causalidad la primera frase del Quijote “En un lugar de la Mancha”? Sería una entre mil millones. Algo enormemente improbable. ¡Cuánta menos probabilidad habrá para que surja por azar la complejidad maravillosa del organismo humano!

Es matemáticamente incomprensible una evolución ciega, por azar, suponiendo solamente la combinación de elementos y mutaciones aleatorias. Tendríamos que contar con una cantidad cien mil veces mayor del tiempo ya transcurrido para el surgimiento de media página del Quijote, tecleada por mil millones de chimpancés. Pero ese tiempo no ha existido.

A la vista de los nuevos descubrimientos científico-matemáticos, el filósofo y matemático **Antony Flew**, inicialmente ateo, en el año 2004 acabó diciendo que los resultados obtenidos mediante los complejos análisis de probabilidades en proyecciones informáticas, hechas con ayuda de computadoras, permiten deducir con evidencia que si no hay una inteligencia divina que pone en marcha, o crea, las partes y el todo del Universo, queda absolutamente inexplicada la existencia misma del hombre. Su libro se titula *There Is a God*. En él no se plantea el problema de la inmortalidad. Pero en lo relativo a la existencia misma del mundo por creación, sus datos son elocuentes.

El profesor Flew explica que el argumento decisivo para él fue la cantidad y la complejidad de información contenida en una molécula de ADN, y que esa intrincada información y composición del ADN ya no podía ser defendida estadísticamente como fruto del azar.

Volviendo a la teoría de los infinitos monos, supongamos que un mono inmortal ha sido adiestrado para escribir a máquina. Como no es inteligente, la mayor parte del tiempo escribirá cosas sin ningún sentido. Sin embargo, según el cálculo de probabilidades, después de un período de tiempo suficientemente largo, el mono acabará por escribir, por puro azar, una novela, por ejemplo “*Don Quijote de la Mancha*“. Pero se plantean dos graves dificultades:

- En primer lugar, **la bajísima frecuencia de aciertos**. Por cada éxito (o texto inteligible) habría una multitud inmensa de fracasos (o textos ininteligibles).
- En segundo lugar, **el larguísimo tiempo requerido**. Sólo para escribir la primera frase del Quijote nuestro pobre mono necesitaría muchísimos siglos de intentos fallidos; y para escribir toda la obra precisaría un tiempo inconcebiblemente prolongado.

Ahora bien, si la evolución biológica funcionara de este modo, debería producir una inmensa cantidad de “basura biológica” equivalente a la “basura literaria” que produciría el mono en cuestión. Por cada ser vivo normal debería haber billones de monstruos: aves sin cabeza, mamíferos de tres o cinco patas, peces con plumas, etc. Pero en realidad no es así.

Habría que suponer que la selección natural guiada por el azar actúa con una eficiencia infinita, eliminando perfectamente todo rastro de esa ingente cantidad de “basura”. Esa suposición es muy difícil de hacer ya que, por definición, la selección natural es un mecanismo muy lento, que requiere a menudo el paso de muchas generaciones para desempeñar su rol destructivo.

Además, si la evolución biológica estuviera dirigida sólo por el azar, habría llevado trillones de años alcanzar un solo resultado coherente (una nueva especie viable), puesto que habría que “escribir” aleatoriamente una sucesión de millones de mutaciones aleatorias magníficamente coordinadas entre sí. Pero el tiempo disponible está acotado, ya que el universo tiene sólo 13.700 millones de años de existencia (y 4.000 millones años la vida en la tierra).

Recordemos la primera frase de la gran novela de Miguel de Cervantes, “*Don Quijote de la Mancha*”: “*En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.*”

Esta frase consta de 177 caracteres, contando los espacios en blanco. Considerando únicamente las 27 letras simples del idioma español, más el espacio en blanco, el punto y la coma (y sin considerar, por ejemplo, las tildes), tenemos un conjunto de 30 caracteres.

El número de textos distintos que es posible formar combinando al azar 177 de esos caracteres es 30 elevado a la 177. Dado que  $\log 30 = 1,477$  (aproximadamente),  $30 \text{ a la } 177 = 10 \text{ a la } 261$  (aproximadamente).

Podemos hacernos una idea de la enormidad de este número si tomamos en cuenta que la cantidad total estimada de partículas subatómicas (protones, neutrones y electrones) del Universo es del orden de 10 elevado a la 80, o sea un uno seguido de ochenta ceros.

Ésa es la poderosísima razón que hace que cualquier ser humano, al ver un texto como el citado, adquiera de forma intuitiva e inmediata una certeza total de que dicho texto es el producto de un agente inteligente, no de ningún proceso puramente aleatorio, como el del “mono literato”.

-----

Pasemos ahora del ámbito de la información literaria al ámbito de la información biológica. Ésta está contenida fundamentalmente en las moléculas de ADN (Ácido Desoxirribo-Nucleico). El ADN almacena información –las instrucciones para ensamblar proteínas, que constituyen el principal componente de las células- bajo la forma de un código de cuatro caracteres: A, G, C y T, que corresponden respectivamente a la adenina, la guanina, la citosina y la timina, cuatro sustancias llamadas apropiadamente “bases”. El genoma de un virus puede estar compuesto, por ejemplo, por unas 20.000 bases. La cantidad total de permutaciones posibles de 20.000 bases es 4 elevado a la 20.000. Dado que  $\log 4 = 0,60206$ , resulta que 4 a la 20.000 = 10 a la 12.041. Este número es tan enorme que la probabilidad de que esta información biológica (tan genial como la información contenida en una obra maestra literaria) sea únicamente producto de mutaciones genéticas aleatorias es nula.

Si, finalmente, consideramos que el genoma humano está compuesto por unos tres mil millones de bases, por lo cual la cantidad total de permutaciones posibles es 4 a la 3.000.000.000 = 10 a la 1.806.180.000 (aproximadamente), obtenemos que la posibilidad de que el azar sea la única causa del origen del genoma humano es realmente abismal, inconcebiblemente mayor que la requerida para creer en el “milagro de los monos literatos”.

En otro orden de cosas, si en lugar de investigar científicamente la complejidad del ADN, analizamos una simple molécula de proteína, podemos constatar hechos como los siguientes: la estructura de una molécula de proteína es mucho más compleja que la obtención en un orden secuencial de 100 cartas. Se ha estimado que la probabilidad matemática de que los átomos de la molécula de proteína de replicación más simple se unan por azar en orden, es de 1 en  $10^{450}$ . Los astrofísicos han estimado que no hay más de  $10^{80}$  partículas infinitesimales en el universo, y que la edad del universo no es superior a  $10^{18}$  segundos (30 mil millones de años -de hecho, no es superior a 14 mil millones de años-). Si cada partícula puede participar en un billón ( $10^{12}$ ) de eventos diferentes por cada segundo, entonces el mayor número de eventos que podrían haber sucedido en todo el universo a lo largo de toda su historia es de  $10^{80} \times 10^{18} \times 10^{12}$ , ó  $10^{110}$ . Por lo tanto, cualquier evento con una probabilidad menor a 1 en  $10^{110}$  no puede haber ocurrido. Así, la probabilidad de que la vida haya ocurrido por casualidad es cero.

Una célula viva es aún mucho más compleja que una simple molécula de proteína replicante. La probabilidad de que una sola célula viva se haya formado espontáneamente, es de 1 en  $10^{40.000}$ . Resulta didáctico exponer el modo en que distintos autores han representado gráficamente la probabilidad

de que, incluso la célula viva más simple, se haya formado por el tiempo y el azar.

Dicha posibilidad es menor que la probabilidad de que:

1. Al agitar durante mil millones de años una gigantesca caja llena de alambre, metal, plástico, etc., se forme una computadora.
2. Un tornado pase a través de un depósito de chatarra y forme un gran avión comercial.
3. 1050 hombres ciegos, resuelvan a la vez un cubo de Rubik.
4. Una explosión en una imprenta produzca un diccionario completo.

Habida cuenta de ello ¿Cómo podrían las fuerzas aleatorias producir, no ya un ser humano, sino algo tan complejo como una célula con su ADN?

El código del ADN es tan extenso que si se mecanografiara cada secuencia como una letra del alfabeto, se necesitaría toda una biblioteca para que contuviera los libros que se llenarían para describir la célula más sencilla. Se precisaría de muchos miles de volúmenes para poder contener todas las letras de la especificación de los seres humanos. Y a pesar de todo eso, todo el código genético del ser humano se halla incluido en cada célula del cuerpo humano (billones de ellas).

Con anterioridad al descubrimiento de la complejidad de código del ADN y los demás datos mencionados, “el azar” era la tabla de salvación, el dios, de los científicos tradicionales porque servía para explicarlo todo. **Ese dios ha muerto porque no hay ni de lejos suficiente tiempo para que el azar pueda explicar al universo.**

En resumen, a la luz de los últimos descubrimientos científicos (la física cuántica y el bosón de Higgs, por ejemplo) y los actuales resultados estadísticos obtenidos en el cálculo de probabilidades matemáticas, se hace evidente que la teoría de que el universo haya sido creado por azar ha quedado obsoleta y hay que descartarla, porque resulta ilógica, impensable y, además, imposible matemáticamente.

## FÍSICA CUÁNTICA

La física cuántica, también conocida como mecánica ondulatoria, es la rama de la física que estudia el comportamiento de las partículas elementales cuando sus dimensiones son tan pequeñas que empieza a notarse la imposibilidad de conocer con exactitud la posición de una partícula, o su energía, o conocer simultáneamente su posición y velocidad, sin afectar a la propia partícula (según el principio de incertidumbre de Heisenberg).

Surgió a lo largo de la primera mitad del siglo XX en respuesta a los problemas que no podían ser resueltos por medio de la física clásica.

Los dos pilares de la física cuántica son:

- Las partículas intercambian energía en múltiplos enteros de una cantidad mínima posible, denominado quantum (cuanto) de energía.
- La posición de las partículas viene definida por una función que describe la probabilidad (ya que no la certeza) de que dicha partícula se halle en tal posición en ese instante

Según la Física Clásica, la energía radiada por un cuerpo negro -objeto que absorbe toda la energía que incide sobre él- era infinita, lo que era un desastre. Esto lo resolvió Max Plank mediante la cuantización de la energía, es decir, el cuerpo negro tomaba valores discretos de energía cuyos paquetes mínimos denominó "quantum". Este cálculo era, además, consistente con la ley de Wien, la cual postula que todo cuerpo negro irradia con una longitud de onda (energía) que depende de su temperatura.

La dualidad onda corpúsculo -también llamada onda partícula- resolvió una aparente paradoja, demostrando que la luz y la materia pueden, a la vez, poseer propiedades de partícula y propiedades ondulatorias. Actualmente se considera que la dualidad onda-partícula es un "concepto de la mecánica cuántica según el cual no hay diferencias fundamentales entre partículas y ondas: las partículas pueden comportarse como ondas y viceversa".

Heisenberg señaló que mediante un procedimiento experimental se puede determinar la velocidad de la partícula y, mediante otro procedimiento, su localización instantánea (su posición momentánea, en su acepción física); pero nunca simultáneamente ambas mediciones.

Como consecuencia de este principio, podemos saber, por ejemplo, que en cierto instante un electrón partió de una fuente, y podemos también saber que muy poco después incide en una placa fotográfica, dejando una marca. Pero lo que nunca podemos saber es como llegó desde la fuente a la placa, por eso



carece de sentido decir que la partícula siguió una trayectoria o recorrido hecho de puntos continuamente conectados entre sí en el espacio.

El hecho es que una partícula parece poseer cierto grado de incertidumbre acerca del lugar donde se encuentra, puesto que dicha partícula parece estar insegura de qué es ella misma, ya que en ciertas ocasiones presenta las características de una partícula y en otras las características de una onda.

Las conclusiones de la física o mecánica cuántica quedan validadas como consecuencia de la comprobación científica de los experimentos que sostiene dicha teoría. Sin los resultados de las investigaciones en mecánica cuántica, hoy no tendríamos ordenadores ni las modernas telecomunicaciones ni todos aquellos aparatos que funcionan con rayo láser.

El físico Thomas Young consiguió probar que la luz poseía ciertas propiedades que sólo era posible asociar con una onda, realizando el experimento conocido como de doble ranura.

Young colocó una pequeña fuente luminosa que proyectaba su luz a través de dos delgadas ranuras practicadas en un trozo de material opaco. Esta luz luego de pasar por las ranuras se proyectaba en una pantalla. Young comprobó que en lugar de haber dos franjas de luz en la pantalla, como debería ocurrir si la luz fueran partículas que viajan en línea recta, había una serie de franjas brillantes y oscuras de diferentes intensidades, acorde con el resultado previsto para un movimiento ondulatorio.

Pero ¿qué pasa si sólo enviamos un fotón? Una onda, podemos pensar que está compuesta de millones de fotones, pero ¿y un solo fotón? Lo lógico sería que pasara por una rendija o por la otra, pero lo cierto es que se comporta como una onda y ¡pasa por las dos ranuras a la vez! (lo que se conoce como *superposición*). Sin embargo, cada vez que ponemos algún tipo de detector que observe ese fenómeno, el fotón altera su comportamiento (influido por el acto de la observación) y pasa solamente por una rendija, comportándose como una partícula.

Otra característica sorprendente de la física cuántica es el *entrelazamiento*. Éste se produce cuando se consigue preparar (enlazar) dos partículas en un solo estado cuántico, de forma que cuando se observa que una gira hacia arriba la otra siempre girará hacia abajo. Una vez conseguido el entrelazamiento, se vuelven a separar las dos partículas. Esas fuertes correlaciones hacen que las medidas realizadas sobre un sistema influyan instantáneamente en otros sistemas que están enlazados con él. Es decir, se crea una vinculación entre dos o más partículas que, a pesar de que puedan

estar muy alejadas entre sí a pocos kilómetros o varios años luz, cualquier cosa que ocurra a una de ellas causa “instantáneamente” un cambio en la otra (el entrelazamiento no se disipa al aumentar la distancia).

Las últimas teorías sobre el universo, derivadas de las investigaciones cuánticas, sostienen que el mundo material, en realidad, no está constituido por materia ni tampoco por energía sino por información. En cualquier caso, lo cierto es que al menos el noventa y nueve por ciento de un átomo está compuesto por “vacío que vibra” y, por consiguiente, el noventa y nueve por ciento de toda la materia que vemos es espacio vacío, en contra de lo que nos hacen creer nuestros sentidos.

## **EXPERIENCIAS CERCANAS A LA MUERTE**

Finalmente, expongo la relación prototípica de los sucesos que han sido experimentados por las personas que han vivido ECMs, de conformidad con relatos médicos y cuadros clínicos comprobados.

1. Invasión de una sensación de calma o paz interior.
2. Abandono del cuerpo, perspectiva desencarnada.
3. Sensaciones visuales y auditivas de lo que sucede a su alrededor.
4. Revisión de su vida.
5. Túnel de luz.
6. Luz grande y consoladora.
7. Familiaridad en la luz e incomparable sensación de paz y bienestar.
8. Hallazgo de seres conocidos ya fallecidos.
9. Algo que impulsa al testigo a volver al mundo de los vivos.
10. Regreso desganado y sufrimiento...

En principio, existen hipótesis médico-científicas para explicar esos fenómenos sin tener que acudir a una interpretación sobrenatural.

En primer lugar, está la teoría de que se trata de alucinaciones producidas por un cerebro que trata de aferrarse a la vida. Una teoría similar afirma que en nuestro cerebro hay instalado un primitivo programa, creado por el tallo cerebral, con el fin de evitar el dolor terminal y el sufrimiento. También se especula con que esas experiencias sean la consecuencia de recuerdos

distorsionados procedentes de las zonas profundas del sistema límbico, la parte del cerebro que alimenta las percepciones emocionales.

Hipotéticamente, cabe la posibilidad de que esa fenomenología sea debida a un efecto secundario de alguna de las numerosas medicaciones que toma el paciente. Otra posibilidad sería la llamada “fenómeno del reinicio”, la cual compara a nuestro cerebro con un ordenador y supone que, ante un fallo completo del sistema, el cerebro intenta salvar lo que puede y compendia los restos de información inconexa que le queda.

La fenomenología de algunas ECM puede explicarse acudiendo a esas explicaciones científicas pero ¿qué pasa con aquellas otras experiencias que van más allá (se escapan) de lo que esas explicaciones académicas pueden abarcar? La primera reacción de la clase médica suele ser simplemente no creerlas o, en el mejor de los casos, catalogar el caso como un “misterio” y no entretenerse más en elucubraciones que les pueden llevar a donde ellos no quieren ir: admitir la posibilidad real de la existencia de la dimensión espiritual.

Las experiencias cercanas a la muerte pueden considerarse subjetivas –igual que un mareo o un dolor de cabeza-, ya que sólo quien ha pasado por esa experiencia conoce su veracidad, intensidad y sabe lo que se siente.

Lo cierto es que la mayoría de la fenomenología descrita por los relatos de las ECM no encaja dentro de las explicaciones científicas mencionadas anteriormente. Para empezar, esas teorías implican que, de algún modo, una parte del cerebro tiene que estar aún activo, pero eso no es así y el encefalograma lo demuestra. Pero, sobre todo, aquellos relatos comprobados en los que el paciente se ha visto a sí mismo desde fuera del cuerpo y ha visto cosas que han sucedido a su alrededor, y que no hubiera podido saber ni siquiera estando consciente, son una prueba irrefutable de que su conciencia estaba viviendo de forma independiente a su envoltura corporal y, por lo tanto, la mente no es lo mismo que el cerebro que la contiene.

Tangencialmente a las ECM, también hay niños que refieren memorias aparentes de una vida previa. Muchos de esos casos han sido investigados con espíritu científico, pudiéndose comprobar la veracidad de bastantes de esos relatos. Como investigador pionero en este campo, destaca la figura de Ian Stevenson, bioquímico, doctor y psiquiatra canadiense.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- |  |                       |                           |
|--|-----------------------|---------------------------|
| El Kybalion  |                       |                           |
| La prueba del cielo                                    | Eben Alexander        | (Planeta. 2013)           |
| Tratado de la unidad                                   | Ibn Arabí             | (Sirio. 1987)             |
| La historia de Dios                                    | Karen Armstrong       | (Paidós. 2006)            |
| Déjame que te cuente                                   | Jorge Bucay           | (RBA. 2009)               |
| El Tao de la física                                    | Fritjof Capra         | (Sirio. 2006)             |
| Sincrodestino  | Deepak Chopra         | (Punto de lectura. 2008)  |
| La bruja de Portobello                                 | Paulo Coelho          | (Planeta. 2010)           |
| Compasión y no violencia                               | Dalai Lama            | (Kairós. 2005)            |
| Conversaciones con Dios                                | Neale Donald Walsch   | (Grijalbo. 2007)          |
| En casa con Dios                                       | Neale Donald Walsch   | (Kier. 2008)              |
| Tus zonas sagradas                                     | Wayne W. Dyer         | (Grijalbo. 1996)          |
| El canto del pájaro                                    | Anthony de Mello      | (Sal Terrae. 1982)        |
| Gandhi   | Louis Fischer         | (Vergara. 2005)           |
| La Cábala Mística                                      | Dion Fortune          | (Kier. 1989)              |
| Usted puede sanar su vida                              | Louise L. Hay         | (Urano. 2002)             |
| Krishnamurti   | Stuart Holroyd        | (Temas de Hoy. 1993)      |
| El libro de los espíritus                              | Allan Kardec          | (Hojas de luz. 2009)      |
| La obtención de la verdad                              | J. Krishnamurti       | (Obelisco. 1992)          |
| La vida liberada                                       | J. Krishnamurti       | (Obelisco. 1992)          |
| La alegría sin objeto                                  | Jean Klein            | (Luis Carcamo. 1980)      |
| La muerte: un amanecer                                 | Elisabeth Kübler-Ross | (Luciérnaga. 2006)        |
| La rueda de la vida                                    | Elisabeth Kübler-Ross | (Vergara. 2006)           |
| Platón   | Álvaro Vallejo        | (Montesinos, 1996)        |
| Pregúntale a Platón                                    | Lou Marinoff          | (Ediciones B. 2004)       |
| La vida es...  | Marian Te Wechel      | (Trafford. 2007)          |
| Teresa de Jesús  | Catheleen Melwick     | (Maeva. 2002)             |
| Vida después de la vida                                | Raymond Moody         | (Edaf. 1999)              |
| Las voces del desierto                                 | Marlo Morgan          | (Vergara. 1998)           |
| La vida entre vidas                                    | Michael Newton        | (Robinbook. 1995)         |
| La fórmula de Dios                                     | José Rodríguez        | (Roca editorial. 2008)    |
| El espejismo de la ciencia                             | Rupert Sheldrake      | (Kairós. 2013)            |
| La vida viene a cuento                                 | Jaume Soler           | (RBA. 2008)               |
| Ven, se mi luz   | Teresa de Calcuta     | (Planeta. 2008)           |
| El camino espiritual                                   | Rabindranath Tagore   | (Longseller. 2004)        |
| Filosofía de la India                                  | Fernando Tola         | (Kairós. 2008)            |
| El poder del Ahora                                     | Eckhart Tolle         | (Gaia. 2001)              |
| Tao Te King  | Lao Tse               | (Edad. 2002)              |
| Quantum consciousness                                  | Stephen Wolinsky      | (Bramble. 1993)           |
| Muchas vidas, muchos maestros                          | Brian Weiss           | (Vergara. 2004)           |
| El increíble poder de las emociones                    | Esther y Jerry Hicks  | (Urano. 2008)             |
| El hombre en busca de sentido                          | Víctor Frankl         | (Herder. 2005)            |
| 56 cuentos para buscar a Dios                          | J. Peradejordi        | (Obelisco. 2004)          |
| Vacas, cerdos, guerras y brujas                        | Marvin Harris         | (Alianza Editorial. 1996) |
| El único libro de astrología que necesitará            | Joanna Martine        | (Taylor Trade. 2004)      |
| Los 7 hábitos de la gente altamente efectiva           | Stephen Covey         | (Paidós. 2005)            |
| El corazón de las enseñanzas de Buda                   | Thich Nhat Hanh       | (Oniro. 2000)             |
| Autobiografía de un místico espiritualmente incorrecto | Osho                  | (Kairós. 2011)            |

## **SOBRE EL AUTOR**



Maestro. Terapeuta en psicodescodificación, psicólogo transpersonal e hipnoterapeuta. Mis profundas inquietudes espirituales (más que religiosas) me han llevado, desde joven, a investigar y experimentar las principales culturas y sus diferentes formas de interpretar y vivir la espiritualidad. A lo largo de ese laborioso proceso, he sido simpatizante de varios movimientos espirituales y esotéricos (Reiki, Método Silva y Rosacruces, entre otros. Por ejemplo, en su día fui cofundador del centro budista de mi ciudad valenciana natal: Gandía).

No obstante, mi afán por conocer la verdad sobre la espiritualidad me ha impedido acomodarme en un “refugio religioso” y me ha llevado a seguir profundizando con determinación en esa investigación.

Finalmente, y después de una ardua búsqueda, la sincronicidad del universo me ha permitido encontrar (y experimentar en cierta medida) las respuestas que buscaba.

Por todo ello, ahora mi motivación es divulgar las respuestas que he hallado. A través de mis colaboraciones en distintos medios y asociaciones, procuro hacer mi pequeña contribución para que se vaya generando un cambio positivo y necesario de conciencia en la humanidad.